SAN ATANASIO DE ALEJANDRIA

VIDA DE SAN ANTONIO

Padre de los monjes

Introducción, traducción y notas
por los monjes de la isla Liquiña

Serie
Los Santos Padres
N.º 10

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-1368-1991
I.S.B.N.: 84-7770-191-1
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

INTRODUCCION

1. San Atanasio de Alejandría

El autor de la "Vida de San Antonio" es el insigne patriarca de Alejandría San Atanasio. Nació alrdedor del año 295. En el año 325, siendo diácono, acompañó al patriarca Alejandro, su predecesor, al Concilio de Nicea, donde fue condenada la herejía arriana. Fue consagrado obispo de Alejandría el 8 de junio de 328. Toda su vida pastoral se vio envuelta por la controversia y las luchas desencadenadas por el arrianismo, constituyéndose él en uno de los baluartes de la verdadera fe proclamada por el Concilio de Nicea. Cinco veces tuvo que sufrir el destierro de su sede, bajo los emperadores Constantino, Constancio, Juliano y Valente. Entre 335 y 337 estuvo en Tréveris; entre 339 y 346, en Roma; los últimos tres destierros los pasó en el desierto de Egipto: 356-362, 362-363, 365-366. Vuelto finalmente a Alejandría, muere en 373. Según su propio testimonio, algunos de sus maestros murieron durante las persecuciones; en consecuencia, eran cristianos. En todo caso, su ámbito era la Iglesia. Sin vacilar se entrega a su servicio y a su defensa. Al parecer, es más copto que griego. Habla y escribe copto. Conoce a su pueblo, pues proviene de él. Y su comunidad lo va a apoyar siempre, a través de todas las turbulencias de su agitada vida. De los 45 años de su actividad episcopal, pasó casi 20 en el destierro. Esto explica que la mayor parte de sus obras hayan surgido de la contienda antiarriana. No pretende escribir literalmente, sino sólo enseñar y convencer. Fuera de una obra en dos partes *(Contra los paganos* y *Sobre la encarnación del*

Verbo), escrita en sus tiempos de diácono del patriarca Alejandro, la mayoría de sus obras teológicas se dedican a rebatir el arrianismo y defender la fe nicena, y en ellas predomina el tono polémico, llegando a la ironía y el sarcasmo (*Tres sermones contra los arrianos, Apología contra los arrianos, Apología al emperador Constantino, Apología sobre su fuga, Historia de los arrianos para los monjes).* Pero San Atanasio fue también pastor de almas. Desgraciadamente se han perdido muchas de sus obras, especialmente sus comentarios a la Sagrada Escritura. Entre sus escritos sobresalen sus cartas pastorales pascuales y un tratado sobre la virginidad.

2. San Atanasio y el monacato

San Atanasio no fue monje, pero se halla en lugar muy principal en los orígenes del movimiento monacal. Su vida, como la de todos los Padres de la Iglesia del siglo IV, fue sumamente ascética. Aunque sus estudios, según el testimonio de San Gregorio de Nacianzo, no fueron especialmente amplios, poseía un gran dominio de la Sagrada Escritura. Desde muy temprano parece haber estado en relación con los monjes, en particular con San Antonio. Dos discípulos de éste lo acompañaron a su destierro a Roma en 339, y entre los monjes buscó y encontró colaboradores durante su lucha antiarriana, confiando a algunos de ellos sedes episcopales. Todas estas relaciones de amistad y mutua comprensión —los monjes apoyaron ampliamente la causa de San Atanasio, y éste defendió y propagó el naciente ideal en Oriente y Occidente—, se hicieron más sólidas y profundas durante los tres últimos destierros del obispo, en la Tebaida y entre los monjes pacomianos. Frente a las reticencias de muchos obispos, San Atanasio supo comprender el valor del movimiento monacal, lo estimuló, influyó grandemente en él a través de su contacto personal y sus escritos, propagó sus ideales y lo estableció definitivamente como movimiento de Iglesia. Es indudable que, aparte de la ayuda de Dios y su propia convicción, y la adhesión inquebrantable de su pueblo de Alejandría, San Atanasio encontró en el apoyo entusiasta del monacato copto un gran consuelo en su lucha y destierros. Aquí destaca de modo especial la amistad de San Antonio: según el historiador Sozomeno, escribió al emperador Constantino

en favor de su amigo, y no vaciló en presentarse en la misma ciudad de Alejandría. Es indudable también que, fuera del influjo doctrinal, la presencia de San Atanasio fue decisiva en la orientación esencialmente escriturística y evangélica del movimiento monacal. Y, entre todas sus obras, es su *"Vida de San Antonio"* la que constituye su aporte más significativo al desarrollo del espíritu monacal.

3. La "Vida de San Antonio"

San Atanasio escribió la *"Vida"* según unos con ocasión de su primer destierro en el desierto, en la Tebaida, encontrándose entre los monjes, 356-362; según otros, la habría escrito a su vuelta definitia a Alejandría, después de 366. Actualmente ya nadie discute que haya sido San Atanasio quien efectivamente escribió la *"Vida"*. Lo que sí se discute entre los entendidos es el carácter de esta biografía, es decir, cuál es su género literario, la veracidad histórica de su contenido, lo propio del pensamiento de San Antonio. Parece haber acuerdo en aceptar que lo sustancial de los datos contenidos en la *"Vida"* corresponde ajustadamente a la verdad histórica. San Antonio no es, pues, una figura mítica, pura creación de San Atanasio, como tampoco lo son las diversas circunstancias y etapas de su vida. Sin embargo, hay que conceder que las diversas anécdotas, individualmente consideradas, no poseen todas la misma calidad. La mayor dificultad estriba en la presentación de la doctrina espiritual de San Antonio y en algunos aspectos de su lucha contra los demonios; es evidente que si en lo esencial San Atanasio es fiel a la figura de su héroe, no es menos cierto que expone sus propias reflexiones sobre el tema. No creemos que se pueda ir tan lejos como afirmar que la *"Vida"* es un tratado de espiritualidad; ella es, efectivamente, una biografía, que pretende credibilidad histórica (5-7), pero que tiene, además de esta finalidad confesa, también otras, abiertamente declarada: dar a los monjes un modelo digno de imitación (4; 93, 1.9; 94, 1). Es posible que San Atanasio haya tomado en cuenta el género biográfico de la antigüedad y que incluso haya conocido determinadas biografías de autores paganos que pudieran haberle servido de modelo. De todos modos, desea demostrar que el copto iletrado que fue San Antonio superó ampliamente todos aquellos

héroes u hombres divinos, no por sus propias fuerzas, sino por la gracia de Dios (5, 10; 7, 1; 58, 3; 78, 1.2; 84, 1; 94, 1). Dificultad aparte presentan los dos largos discursos de los caps. 16-43 (sobre el combate espiritual) y 72-80 (contra los arrianos). Se sabe que los historiadores antiguos solían poner en boca de sus héroes discursos o sermones en los que exponían sus propios puntos de vista o sintetizaban libremente las opiniones atribuidas a sus biografiados. Es probable que San Atanasio recurrió también a este procedimiento. Con todo, especialmente en el primero de los discursos, habrá que reconocer que se trata del resultado de un influjo recíproco; dadas las íntimas relaciones entre San Atanasio y el mundo monacal del desierto, especialmente San Antonio, los discursos espirituales reflejan la sabiduría experimental de los monjes, pero igualmente las reflexiones y sabiduría pastoral del patriarca alejandrino. Ahora bien, la coherencia espiritual de los caps. 16-43, que constituye una cuarta parte de toda la *"Vida"*, es la que justamente presenta el rasgo que suele chocar al lector no iniciado: el mundo espeluznante de los demonios. Este discurso ha sido caracterizado a veces como verdadera suma de demonología. Tal vez no sea posible dar una explicación absolutamente satisfactoria de este fenómeno. Como todo documento antiguo, incluido el Nuevo Testamento, también la *"Vida"* da más lugar de lo probable al mundo de lo maravilloso y, por ende, de lo demoníaco. Muchos serán los factores que han influido: incapacidad para discernir causas naturales; la convicción de que dioses e ídolos paganos eran en realidad demonios, que se enfurecían contra los cristianos por sentir amenazado su domino sobre el mundo; creencias populares; influjos de movimientos ocultistas. No dando mucha atención, sin eliminarlas, sin embargo, a las representaciones demasiado realistas del mundo espiritual, queda lo esencial de una gran sabiduría hecha de profunda observación y experiencia vivida, unida al carisma del discernimiento y de la dirección espiritual. Finalmente, San Atanasio presenta en la *"Vida"*como tesis fundamental, que la Santidad o perfección cristiana, animada por el Espíritu y reflejada en las figuras bíblicas (especialmente S. Juan Bautista, Nuestro Señor Jesucristo, los Apóstoles) y en los mártires de la Iglesia, continuaba estando al alcance de todos. Podía cambiar, sin duda, el cuadro externo —ahora lo era el monacato tal como lo vivió San Antonio—, pero la plenitud de

vida del Espíritu seguía siendo la misma. En este sentido, la *"Vida"* continúa siendo un documento no sólo monacal, sino simplemente cristiano, de perenne actualidad. Esto explica también la inmensa popularidad que la *"Vida"* ha tenido en todos los tiempos, la cantidad de traducciones, desde las que, muy poco después de la aparición del original griego, se hicieron al latín y al sirio, y constituye la razón más profunda de esta versión castellana.

4. San Antonio

Para conocer la vida de San Antonio se tiene como texto fundamental la obra de San Atanasio. Aparte de ella, se suelen citar otras fuentes, pero que no dan las mismas garantías de autenticidad. Con más o menos seguridad se le atribuyen algunas cartas, dictadas por él en todo caso, ya que no sabía griego. Menor seguridad reviste la atribución que de algunos apotegmas se le hace tradicionalmente. Fuera de duda están, sin embargo, las noticias que trae la carta que, con ocasión de la muerte de San Antonio, escribió el amigo de éste, San Serapión, Obispo de Thmuis (ob. entre 339 y 353), como igualmente la mención del historiador Sozomeno (¿†439?) y el elogio de San Gregorio de Nacianzo (†389/390). Valen también las menciones en la literatura pacomiana, aunque a veces adornadas con un rasgo más bien legendario. Las fechas de la vida de San Antonio son inseguras. La más cierta es la de su muerte, el año 356. Según la *"Vida"* (89, 3), tenía en esa fecha ciento cinco años de edad. Aunque semejante edad, no común ciertamente, no es del todo improbable en la vida de un hombre, puede, sin embargo, estar pasada en algunos años. Según esto, San Antonio habría nacido entre 250 y 260. Como lugar de origen se suele dar la aldea de Coma (Kiman-el-Arus), en el Egipto medio, cerca de la antigua Heracleópolis. Sus padres eran campesinos acomodados. Además de Antonio, tenían una hija. A la muerte de sus padres, el joven, de unos 18 a 20 años, vendió la propiedad, por amor al Evangelio, distribuyó el dinero entre los pobres, reservando sólo algo para su hermana, menor que él. Posteriormente, distribuyó también eso, consagrando a su hermana al estado de virgen cristiana. El se retiró a hacer vida solitaria cerca de su aldea natal, según la costumbre de la época. Es la etapa de su formación monacal, de su apasionada

dedicación a la Escritura y la oración; es también el período de sus primeros encuentros con el demonio. Después de un cierto tiempo, buscando una confrontación más directa con el demonio, se va a vivir a un cementerio abandonado, encerrándose en un mausoleo. Allí sufre los ataques violentísimos de los demonios, pero sin dejarse amilanar, persevera en su propósito. Así llega a los 35 años. Entonces emprende la separación decisiva: se va al desierto. La "*Vida*" señala este paso como algo totalmente insólito en esa época (11, 1). San Antonio cruza el Nilo y se interna en la montaña, donde ocupa un fortín abandonado. Allí pasó casi veinte años (14, 1), no dejándose ver por nadie, entregado absolutamente solo a la práctica de la vida ascética. Presionado por los que querían imitar su vida, San Antonio abandona su soledad y se convierte en padre y maestro de monjes. Cuenta cincuenta y cinco años, y junto al don de la paternidad espiritual, Dios le concede diversos otros carismas. En torno suyo se forma una pequeña colonia de ascetas (44). En esta etapa se cuenta también el descenso de San Antonio y de sus discípulos a Alejandría, con ocasión de la persecución de Maximino Daia (311), para alentar a los mártires de Cristo o tener la gracia de sufrir ellos mismos el martirio. Vuelto a su soledad, la encontró demasiado poblada para sus deseos. Entonces, huyendo de la celebridad, San Antonio llega a lo que la "*Vida*" llama "Montaña interior" (la "Montaña exterior", o Pispir (Deir-el-Mnemonn) había sido hasta entonces su residencia, y en donde permanece la colonia de sus discípulos), o Monte Colzim, cerca del Mar Rojo. A pesar de todo, de vez en cuando visita él a los hermanos o ellos van donde él. La "*Vida*" ubica en este tiempo la mayoría de los prodigios que le atribuye. A ruego de los obispos y cristianos, emprende por segunda vez el camino a Alejandría, para prestar su apoyo a la verdadera fe en la lucha contra el arrianismo. Los últimos años de su vida los pasó en compañía de dos discípulos. Vaticina su muerte, hace legado de sus pobres ropas y ruega a sus acompañantes que no revelen a nadie el lugar de su sepultura. Gratificado con una última visión de Dios y sus santos, murió apaciblemente.

Aunque la "*Vida*" dice explícitamente que San Antonio no fue el primer anacoreta (3, 3-5; 4, 1-5), sosteniendo, por otra parte, que sí fue el primero en retirarse al desierto de Egipto (11, 1), y aunque, además, sea muy difícil señalar orígenes e iniciadores

precisos en un movimiento humano tan complejo como el monacal, con todo, la figura de San Antonio sobresale en forma tan extraordinaria, que con razón se le considera padre de la vida monacal y, especialmente, como modelo perfecto de la vida solitaria. Su fama ya en vida, acrecentada después de su muerte sobre todo a través de las páginas de la "*Vida*", es enteramente justa. Al celebrar su fiesta, de acuerdo a muy antiguas tradiciones, el 17 de enero, los cristianos reconocemos el poder de Dios entre los hombres, la fuerza de su sabiduría al dejarnos un ejemplo en hombre tan humilde, el don de su Espíritu multiforme con la discreción y el aliento fraternal del gran anciano.

5. El desierto

El desierto constituye en la revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento un tema de atracción particular. Sabemos que Israel tuvo en el desierto las experiencias más inmediatas de la presencia, del amor, de la misericordia de Dios, y que en él tuvo que luchar por la pureza de su entrega, por la fidelidad a su Dios. Para una tradición, el desierto pasó incluso a ser símbolo de la relación más pura, de la frescura del primer amor entre Dios e Israel. Pero en la medida en que Israel se hizo sedentario, fue variando su comprensión del desierto, y no vio en él sino algo terrible, lleno de amenazas y fieras, en donde nadie puede vivir. Asimismo, la meditación de su propia historia le hizo perder la visión idílica de su peregrinación por el desierto, y se dio cuenta de que esa época estuvo llena de pecado, de ofensa a Dios, a tal punto de que en algún momento el desierto llegó hasta a ser símbolo del juicio condenatorio de Dios. Ya se vislumbra en esto la oscilación en la consideración del desierto como habitación privilegiada de Dios y como lugar de su ausencia, horrible, lleno de peligros y tentaciones. El Nuevo Testamento es igualmente deudor de esta doble visión. Es en el desierto donde comienza con San Juan Bautista el anuncio del Reino de Dios, y adonde huye la Iglesia perseguida del Apocalipsis (12, 5-6). Es también la montaña solitaria lugar preferido por Jesús para su oración íntima. Pero el desierto es, además, morada del demonio, símbolo de lo oscuro y sin vida. Jesús es tentado en el desierto y, según su propia

enseñanza, ese es el lugar propio de los demonios. Sea cual fuere el origen de esta doble imagen del desierto, lo esencial es que participa de la paradoja de todo lo que conforma la relación de Dios con el hombre. No hay lugar, ni tiempo, ni cosa, ni persona que goce de la unidad que sólo es propia de Dios. Todo está marcado con el signo de la ambigüedad. Todo puede ser señal de la presencia de Dios, todo puede ser también tentación para olvidarlo. El desierto aparece entonces no bajo la simplista concepción de una huida o evasión del mundo, sino como aquella realidad de nuestro mundo en la que, más que en ninguna otra, se está con indefensa desnudez antes la única decisión que importa: por Dios o contra El. El desierto recuerda al hombre su pobreza y soledad esenciales, sin las cuales no se puede comprender ni la riqueza de la creación de Dios ni la gracia que significa la comunidad y el servicio a los hombres. Es esta doble visión la que caracteriza también la "*Vida*". San Antonio va al desierto, va progresivamente en busca de mayor soledad, para poderse enfrentar a todas las incitaciones que pretenden envolverlo en su complejidad, estorbándole el camino a la recuperación de su unidad. Es el lugar de su lucha contra el demonio. Pero a medida que avanza su progreso espiritual, el desierto se convierte para él en el lugar privilegiado de su encuentro personal y místico con Dios. Esta es la finalidad verdadera y última de toda austeridad, de toda vida ascética. Sería insensato creer que San Antonio o los monjes agotan su vida en la búsqueda del demonio. Buscan primeramente a Dios, pero saben muy bien que ese camino pasa a través de todas las ilusiones demoníacas. Las privaciones de todo tipo, la lectura y meditación de la Palabra de Dios, la oración constante, son las armas para recorrer el camino sin miedo a los peligros. Pero su última meta es restaurar la imagen del hombre tal cual fue creado por Dios: dueño, y no esclavo, del mundo, al servicio del único Señor del universo, y señalar el estado último y definitivo, en que todo es uno, en que todo es Sí y Amén.

6. Texto de la "Vida"

La "*Vida de San Antonio*" fue escrita por San Atanasio en griego. Del texto griego se conocen 165 manuscritos. Más de la

mitad de ellos se conservan en la forma que recibieron en la compilación de Simeón Metafrasto, el hagiógrafo griego, a fines del siglo X. Este texto ha tenido hasta ahora sólo dos ediciones originales. La edición príncipe fue hecha por David Hoeschel en 1611, por este texto conoció la *"Vida"* todo el siglo XVII. En 1698, los benedictinos de la Congr. de San Mauro J. Loppin y B. de Montfaucon publicaron la primera edición crítica de las obras de San Atanasio. Es la edición benedictina la que todavía figura en la Patrología griega de Migne. t. 26, col. 837-976. De hecho, ambas ediciones, salvo algunas variantes, siguen utilizando el texto metafrástico. Sería necesaria una edición crítica del texto griego. Del texto original hay dos versiones latinas y varias orientales. La versión latina más conocida es la debida al presbítero Evagrio de Antioquía, que en el año 388 llegó a ser obispo de su ciudad; Evagrio era amigo de San Jerónimo, y dedicó su traducción a Inocencio, amigo común de ambos, muerto en 374. Esta versión es, pues, del tiempo mismo de San Atanasio, y debió ser hecha poco después de la publicación del original, lo que demuestra su amplia difusión y popularidad. Dom André Wilmart dio a conocer en 1914 la existencia de otra versión latina distinta, conservada en un códice del Capítulo de la Basílica de San Pedro, y publicó algunas partes. Gérard Garitte la editó íntegramente en 1939. Se supone hoy día generalmente que esta versión es incluso anterior a la de Evagrio, pero ha sido la de éste la que ha sido constantemente copiada e impresa. Aparece efectivamente en la edición benedictina mencionada anteriormente, al pie del texto griego, y es también la que ha publicado Migne, tanto en la Patrología griega como en el vol. 73, col. 125-168, de la Patrología latina. Existen también versiones coptas, árabes, etíopes, sirias, armenias y georgianas, algunas ya editadas, otras todavía inéditas.

7. Nuestra versión

Como ya se explicó en el prólogo al lector, el manuscrito original de esta traducción castellana fue preparado sobre el texto latino de Evagrio de Antioquía. Dada la penuria de material patrístico en nuestra región, nos fue posible utilizar el volumen de la Patrología griega por muy poco tiempo. De todos modos, revi-

samos todo el manuscrito según ese texto. Las variantes de Evagrio que nos parecieron más importantes, las hemos consignado en las notas con la sigla: E. Nos fueron de mucha utilidad las versiones de René Draguet, Robert T, Meyer y Jean Bremond, señaladas más adelante en la bibliografía. Desde ya agradecemos todas las observaciones de los eruditos amigos sobre errores de traducción o sugestiones para su mejor formulación. Es este también el lugar para agradecer de todo corazón al P. Elmar Boos o.f.m. Cap., del Convento de San Francisco de Valdivia, por su generosidad al obtener para nuestra biblioteca el "Patristic Greek Lexikon", de G. W. H. Lampe.

8. Lagunas

Estamos muy conscientes de nuestras insuficiencias y lagunas. En particular nos habría gustado incluir la traducción de las cartas y apotegmas atribuidos a San Antonio. Igualmente quisiéramos haber podido incluir en esta "Introducción" una reseña de las traducciones castellanas de la *"Vida"* y, sobre todo, una exposición de los motivos más salientes de su doctrina espiritual. Pero, aparte de que esta "Introducción" se habría extendido más de lo que ya lo ha sido, declaramos nuestra incompetencia en este punto, mayor aún que en los otros que nos hemos atrevido a tocar.

9. Bibliografía

Damos la lista de las obras que más nos han servido tanto para la redacción de esta "Introducción", como para la preparación de la traducción y las notas.

MIGNE, *Patrología griega,* t. 26 (PG).
MIGNE, *Patrología latina,* t. 73 (PL).
COLOMBAS, GARCIA M., *El monacato primitivo,* T.I. BAC 351, Madrid, 1974, 376 p.
BREMOND, JEAN, *Los Padres del Yermo.* Prólogo de Henri Bremond. Aguilar, Madrid, s.a., 510 p.
DRAGUET, RENE, *Les Pères du Désert.* Plon, París, 1949, 1x + 33 p.
LAMPE, G. W. H., *Patristic Greek Lexikon.* Clarendon, Oxford, xlvii + 1.568 p.

LORIE, L. TH. A., *Spiritual Terminology in the Latin Translations of the Vita Antonii*. (Latinitas Christianorum Primaeva XI). Dekker & van de Vegt, Nimega, 1955, xv + 180 p.
MEYER, ROBERT T., *The Life of Saint Anthony* (Ancient Christian Writers, n. 10). The Newman Press, Westminster, Maryl., 1950, 154 p.
Studia Anselmiana 38: *Antonius Magnus Eremita*. Cura BASILII STEIDLE OSB. Herder, Roma, 1956, viii + 306 p.

PROLOGO

ATANASIO, OBISPO, A LOS HERMANOS (1) EN EL EXTRANJERO (2)

[1]Excelente es la rivalidad en la que ustedes han entrado con los monjes (3) de Egipto, decididos como están a igualarlos o incluso a sobrepasarlos en su práctica de la vida ascética (4). [2]De hecho, ya hay celdas monacales (5) en su tierra y el nombre de "monje" se ha establecido por sí mismo. Este propósito de ustedes es, en verdad, digno de alabanza, ¡y logren sus oraciones que Dios lo cumpla!

[3]Ustedes me pidieron un relato sobre la vida de San Antonio: quisieran saber cómo llegó a la vida ascética, qué fue antes de ello, cómo fue su muerte, y si lo que se dice de él es verdad. Piensan modelar sus vidas según el celo de su vida. [4]Me alegro mucho de aceptar su petición, pues también yo saco real provecho y ayuda del solo recuerdo de Antonio, y presiento que también ustedes, después de haber oído la historа, no sólo van a admirar al hombre, sino querrán emular su resolución en cuanto les sea posible. Realmente, para monjes la vida de Antonio es modelo ideal de vida ascética.

[5]Así, no desconfíen de los relatos que han recibido de otros acerca de él, sino que estén seguros de que, al contrario, han oído muy poco todavía. En verdad, poco les han contado, cuando hay tanto que decir. Incluso yo mismo, con todo lo que les cuente por carta, les voy a transmitir sólo algunos de los recuerdos que tengo de él. Ustedes, por su parte, no dejen de preguntar a todos los via-

jeros que lleguen desde acá. Así, tal vez, con lo que cada uno cuente de lo que sepa, se tendrá un relato que aproximadamente le haga justicia.

[6]Bien, cuando recibí su carta quise mandar a buscar algunos monjes, en especial los que estuvieron unidos con él más estrechamente. Así yo habría aprendido detalles adicionales y podría haber enviado un relato más completo. Pero el tiempo de navegación ya pasó y el hombre del correo se está poniendo impaciente. Por eso me apresuro a escribir lo que yo mismo sé —porque lo vi con frecuencia—, y lo que pude aprender del que fue su compañero por un largo período y vertía agua en sus manos (6). [7]Del comienzo al fin he considerado escrupulosamente la verdad: no quiero que nadie rehúse creer porque lo que haya oído le parezca excesivo, ni que mire en menos a hombre tan santo porque lo que haya sabido no le parezca suficiente.

NACIMIENTO Y JUVENTUD DE ANTONIO

1. [1]Antonio fue egipcio de nacimiento. Sus padres eran de buen linaje y acomodados. Como eran cristianos, también él mismo creció como cristiano. Como niño vivió con sus padres, no conociendo sino su familia y su casa; cuando creció y se hizo muchacho y avanzó en edad, no quiso ir a la escuela (7), deseando evitar la compañía de otros niños; su único deseo era, como dice la Escritura acerca de Jacob (Gn 25, 27), llevar una simple vida de hogar. [2]Por supuesto iba a la iglesia con sus padres, y ahí no mostraba el desinterés de un niño ni el desprecio de los jóvenes por tales cosas. Al contrario, obedeciendo a sus padres, ponía atención a las lecturas y guardaba cuidadosamente en su corazón el provecho que extraía de ellas. [3]Además, sin abusar de las fáciles condiciones en que vivía como niño, nunca importunó a sus padres pidiendo comida rica o caprichosa, ni tenía placer alguno en cosas semejantes. Estaba satisfecho con lo que se le ponía delante y no pedía más (8).

LA VOCACION DE ANTONIO Y SUS PRIMEROS PASOS EN LA VIDA ASCETICA

2. [1]Después de la muerte de sus padres quedó solo con su única hermana, mucho más joven. Tenía entonces unos dieciocho a veinte años, y tomó cuidado de la casa y de su hermana. [2]Menos de seis meses después de la muerte de sus padres, iba, como de costumbre, de camino hacia la iglesia. Mientras caminaba, iba meditando y reflexionaba cómo los apóstoles dejaron todo y siguieron al Salvador (Mt 4, 20; 19, 27); cómo, según se refiere en los Hechos (4, 35-37), la gente vendía lo que tenía y lo ponía a los pies de los apóstoles para su distribución entre los necesitados; y qué grande es la esperanza prometida en los cielos a los que obran así (Ef 1, 18; Col 1, 5). [3]Pensando estas cosas, entró a la iglesia. Sucedió que en ese momento se estaba leyendo el Evangelio, y escuchó el pasaje en que el Señor dice al joven rico: "Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dáselo a los pobres; luego ven, sígueme, y tendrás un tesoro en el cielo" (Mt 19, 21). [4]Como si Dios le hubiera puesto el recuerdo de los santos y como si la lectura hubiera sido dirigida especialmente a él (9), Antonio salió inmediatamente de la iglesia y dio la propiedad que tenía de sus antepasadas: trescientas "aruras" (10), tierra muy fértil y muy hermosa. No quiso que ni él ni su hermana tuvieran ya nada que ver con ella. [5]Vendió todo lo demás, los bienes muebles que poseía, y entregó a los pobres la considerable suma recibida, dejando sólo un poco para su hermana (11).

3. [1]Pero de nuevo, otra vez que entró en la iglesia, escuchó aquella palabra del Señor en el Evangelio: "No se preocupen del mañana" (Mt 6, 34). No pudo soportar mayor espera, sino que fue y distribuyó a los pobres también esto último (12). [2]Colocó a su hermana donde vírgenes conocidas y de confianza, entregándosela para que fuera educada (13).[3]Entonces él mismo dedicó todo su tiempo a la vida ascética, atento a sí mismo y viviendo una vida de negación de sí mismo, cerca de su propia casa. [4]No existían aún tantas celdas monacales en Egipto, y ningún monje conocía siquiera el lejano desierto. Todo el que quería enfrentarse consigo mismo sirviendo a Cristo, practicaba la vida ascética solo, no lejos de su aldea. [5]Por aquel tiempo había en la aldea vecina un anciano que desde su juventud llevaba la vida ascética en la soledad. Cuando Antonio lo vio, "tuvo celo por el bien" (Gl 4, 18), y se

estableció inmediatamente en la vecindad de la ciudad. [6]Desde entonces, cuando oía que en alguna parte había un alma esforzada, se iba, como sabia abeja, a buscarla y no volvía sin haberla visto; sólo después de haber recibido, por decirlo así, provisiones para su jornada de virtud, regresaba.

[7]Ahí, pues, pasó el tiempo de su iniciación y afirmó su determinación de no volver a la casa de sus padres ni de pensar en sus parientes, sino de dedicar todas sus inclinaciones y energías a la práctica continua de la vida ascética. [8]Hacía trabajo manual, pues había oído que "el que no quiere trabajar, tampoco tiene derecho a comer" (2 Tes 3, 10). De sus entradas algo guardaba para su manutención y el resto lo daba a lo pobres. [9]Oraba constantemente (14), habiendo aprendido que debemos orar en privado (Mt 6, 6) sin cesar (Lc 18, 1; 21, 36; 1 Tes 5, 17). [10]Además, estaba tan atento a la lectura de la Escritura, que nada se le escapaba: retenía todo (15), y así su memoria le servía en lugar de libros.

4. [1]Así vivía Antonio y era amado por todos. El, a su vez, se sometía con toda sinceridad a los hombres piadosos que visitaba, y se esforzaba en aprender aquello en que cada uno lo aventajaba en celo y práctica ascética. [2]Observaba la bondad de uno, la seriedad de otro en la oración; estudiaba la apacible quietud de uno y la afabilidad de otro; fijaba su atención en las vigilias observadas por uno y en los estudios de otro; admiraba a uno por su paciencia, a otro por ayunar y dormir en el suelo; miraba atentamente la humildad de uno y la abstinencia paciente de otro; [3]y en unos y otros notaba especialmente la devoción a Cristo y el amor que se tenían mutuamente (16).

[4]Habiéndose así saciado, volvía a su propio lugar de vida ascética. Entonces hacía suyo lo que había obtenido de cada uno y dedicaba todas sus energías a realizar en sí mismo las virtudes de todos (17). [5]No tenía disputas con nadie de su edad, pero tampoco quería ser inferior a ellos en lo mejor; y aun esto lo hacía de tal modo que nadie se sentía ofendido, sino que todos se alegraban por él. [6]Y así todos los aldeanos y los monjes con quienes estaba unido, vieron qué clase de hombre era y lo llamaban "el amigo de Dios" (18), amándolo como hijo o hermano.

PRIMEROS COMBATES CON LOS DEMONIOS

5. [1]Pero el demonio, que odia y envidia lo bueno, no podía ver tal resolución en un hombre joven, sino que se puso a emplear sus viejas tácticas también contra él (19). [2]Primero trató de hacerlo desertar de la vida ascética recordándole su propiedad, el cuidado de su hermana, los apegos de su parentela, el amor al dinero, el amor a la gloria, los innumerables placeres de la mesa y todas las demás cosas agradables de la vida. Finalmente le hizo presente la austeridad y todo lo que va junto con esta virtud, sugiriéndole que el cuerpo es débil y el tiempo es largo. En resumen, despertó en su mente toda una nube de argumentos, tratando de hacerlo abandonar su firme propósito.

[4]El enemigo vio, sin embargo, que era impotente ante la determinación de Antonio, y que más bien era él quien estaba siendo vencido por la firmeza del hombre, derrotado por su sólida fe y su constante oración. [5]Puso entonces toda su confianza en las armas que están "en los músculos de su vientre" (Job 40, 16). Jactándose de ellas, pues son su artimaña preferida contra los jóvenes, atacó al joven molestándolo de noche y hostigándolo de día, de tal modo que hasta los que veían a Antonio podían darse cuenta de la lucha que se libraba entre los dos. [6]El enemigo quería sugerirle pensamientos sucios, pero él los disipaba con sus oraciones; trataba de incitarlo al placer, pero Antonio, sintiendo vergüenza, ceñía su cuerpo con su fe, sus oraciones y su ayuno. [7]El perverso demonio entonces se atrevió a disfrazarse de mujer y hacerse pasar por ella en todas las formas posibles durante la noche, sólo para engañar a Antonio. [8]Pero él llenó sus pensamientos de Cristo, reflexionó sobre la nobleza del alma creada por El, y sobre su espiritualidad, y así apagó el carbón ardiente de la tentación. Y cuando de nuevo el enemigo le sugirió el encanto seductor del placer, Antonio, enfadado, con razón, y apesadumbrado, mantuvo sus propósitos con la amenaza del fuego y el tormento de los gusanos (cp. Judit 16, 21; Sir 7, X; Is 66, 24; Mc 9, 48) (20). Sosteniendo esto en alto como escudo, pasó a través de todo sin ser doblegado.

[10]Toda esa experiencia hizo avergonzarse al enemigo. En verdad, él, que había pensado ser como Dios, hizo el loco ante la resistencia de un hombre. El, que en su engreimiento desdeñaba carne y sangre, fue ahora derrotado por un hombre de carne en

su carne. Verdaderamente el Señor trabajaba con este hombre, El que por nosotros tomó carne y dio a su cuerpo la victoria sobre el demonio. Así, todos los que combaten seriamente pueden decir: "No yo, sino la gracia de Dios conmigo" (1 Cor 15, 10).

6. [1]Finalmente, cuando el dragón no pudo conquistar a Antonio tampoco por estos últimos medios sino que se vio arrojado de su corazón, rechinando sus dientes, como dice la Escritura (Mc 9, 17), cambió su persona, por decirlo así. [2]Tal como es en su corazón, así se le apareció: como un muchacho negro (21) y como inclinándose ante él, ya no lo acosó con pensamientos —pues el impostor había sido echado fuera—, sino que usando voz humana le dijo: "A muchos he engañado y a muchos he vencido; pero ahora que te he atacado a ti y a tus esfuerzos como lo hice con tantos otros, me he demostrado demasiado débil".

[3]"¿Quién eres tú que me hablas así?", preguntó Antonio.

El otro se apresuró a replicar con voz gimiente: "Soy el amante de la fornicación. Mi misión es acechar a la juventud y seducirla; me llaman el espíritu de la fornicación. ¡A cuántos no he engañado, que estaban decididos a cuidar de sus sentidos! ¡A cuántas personas castas no he seducido con mis lisonjas! Yo soy aquel por cuya causa el profeta reprocha a los caídos: "Ustedes fueron engañados por el espíritu de fornicación" (Os 4, 12). Sí, yo fui quien los hizo caer. Yo soy el que tanto te molesté y que tan a menudo fui vencido por ti". [4]Antonio entonces dio gracias al Señor y armándose de valor contra él, dijo: "Entonces eres enteramente despreciable; eres negro en tu alma y tan débil como un niño. En adelante ya no me causas ninguna preocupación, porque 'el Señor está conmigo y me auxilia, veré la derrota de mis adversarios' (Ps 117, 7)".

Oyendo esto, el negro desapareció inmediatamente, inclinándose a tales palabras y temiendo acercarse al hombre.

ANTONIO AUMENTA SU AUSTERIDAD

7. [1]Esta fue la primera victoria de Antonio sobre el demonio; más bien, digamos que este singular éxito en Antonio fue el del Salvador, que "condenó el pecado en la carne, a fin de que la justificación de la ley se cumpliera en nosotros, que vivimos no

según la carne sino según el espíritu" (Rm 8, 3-4). [2]Pero Antonio no se descuidó ni se creyó garantido por sí mismo por el mero hecho de que el demonio hubiera sido echado a sus pies; tampoco el enemigo, aunque vencido en el combate, dejó de estar al acecho de él. Andaba dando vueltas alrededor, como un león (1 Pe 5, 8), buscando una ocasión en su contra. [3]Pero Antonio, habiendo aprendido en las Escrituras que los engaños del maligno son diversos (Ef 6, 11), practicó seriamente la vida ascética, teniendo en cuenta que aun si no podía seducir su corazón con el placer del cuerpo, trataría ciertamente de engañarlo por algún otro método; porque el amor del demonio es el pecado. [4]Resolvió, por eso, acostumbrarse a un modo más austero de vida. Mortificó su cuerpo más y más, y lo puso bajo sujeción, no fuera que habiendo vencido en una ocasión, perdiera en otra (1 Cor 9, 27). Muchos se maravillaban de sus austeridades, pero él mismo las soportaba con facilidad. [5]El celo que había penetrado su alma por tanto tiempo, se transformó por la costumbre en segunda naturaleza, de modo que aun la menor inspiración recibida de otros lo hacía responder con gran entusiasmo. [6]Por ejemplo, observaba las vigilias nocturnas con tal determinación que a menudo pasaba toda la noche sin dormir, y eso no sólo una sino muchas veces, para admiración de todos. [7]Así también comía sólo una vez al día, después de la caída del sol; a veces cada dos días, y con frecuencia tomaba su alimento sólo cada cuatro días. Su alimentación consistía en pan y sal; como bebida tomaba sólo agua. No necesitamos siquiera mencionar carne o vino, porque tales cosas tampoco se encuentran entre los demás ascetas. [8]Se contentaba con dormir sobre una estera, aunque lo hacía regularmente sobre el suelo desnudo. [9]Despreciaba el uso de ungüentos para el cutis, diciendo que los jóvenes debían practicar la vida ascética con seriedad y no andar buscando cosas que ablandan el cuerpo; debían más bien acostumbrarse a trabajar duro, tomando en cuenta las palabras del apóstol: "Cuanto más débil soy, más fuerte me siento" (2 Cor 12, 10). Decía que las energías del alma aumentan cuanto más débiles son los deseos del cuerpo.

[10]Estaba además absolutamente convencido de lo siguiente: pensaba que apreciaría su progreso en la virtud y su consecuente apartamiento del mundo no por el tiempo pasado en ello sino por su apego y dedicación. [11]Conforme a esto, no se preocupaba del

paso del tiempo sino que día a día, como si recién estuviera comenzando la vida ascética, hacía los mayores esfuerzos hacia la perfección. Gustaba repetirse a sí mismo las palabras de San Pablo: "Olvidarme de lo que queda atrás y esforzarme por alcanzar lo que está delante" (Fil 3, 13), recordando también la voz del profeta Elías: "Vive el Señor, en cuya presencia estoy este día" (1 Re 17, 1; 18, 15). [12]Observaba que al decir "*este día*", no estaba contando el tiempo que había pasado, sino que, como comenzando de nuevo, trabajaba duro caa día para hacer de sí mismo alguien que pudiera aparecer delante de Dios: puro de corazón y dispuesto a seguir Su voluntad. [13]Y acostumbraba decir que la vida llevada por el gran Elías debía ser para el asceta como un espejo en el cual poder mirar siempre la propia vida.

ANTONIO SE RECLUYE EN LOS SEPULCROS. MAS LUCHAS CON LOS DEMONIOS

8. [1]Así Antonio se dominó a sí mismo. Entonces decidió mudarse a los sepulcros (22) que se hallaban a cierta distancia de la aldea. Pidió a uno de sus familiares que le llevaran pan a largos intervalos. Entró entonces en una de las tumbas, el mencionado hombre cerró la puerta tras él, y así quedó dentro solo. [3]Esto era más de lo que el enemigo podía soportar, pues en verdad temía que ahora fuera a llenar también el desierto con la vida ascética. Así llegó una noche con gran número de demonios y lo azotó tan implacablemente que quedó botado en el suelo, sin habla por el dolor. Afirmaba que el dolor era tan fuerte que los golpes no podían haber sido infligidos por ningún hombre como para causar semejante tormento. [3]Por la Providencia de Dios, porque el Señor no abandona a los que esperan en El, su pariente llegó al día siguiente trayéndole pan. Cuando abrió la puerta y lo vio tirado en el suelo como muerto, lo levantó y lo llevó hasta la iglesia de la aldea y lo depositó sobre el suelo. Muchos de sus parientes y de la gente de la aldea se sentaron en torno a Antonio como para velar un cadáver. [4]Pero hacia la medianoche Antonio recobró el conocimiento y despertó. Cuando vio que todos estaban dormidos y que sólo su amigo estaba despierto, le hizo señas de que se acercara y le pidió que lo levantara y lo llevara de nuevo a los sepulcros, sin despertar a nadie.

9. [1]El hombre lo llevó de vuelta, la puerta fue trancada como antes y de nuevo quedó solo dentro. Por los golpes recibidos estaba demasiado débil como para mantenerse en pie; entonces oraba tendido en el suelo. [2]Terminada su oración, gritó: "Aquí estoy yo, Antonio, que no me he acobardado con tus golpes, y aunque más me des, nada me separará del amor a Cristo" (Rm 8, 35). Entonces comenzó a cantar: "Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla" (Ps 26, 3).

[3]Tales eran los pensamientos y palabras del asceta, pero el que odia el bien, el enemigo, asombrado de que después de todos los golpes todavía tuviera valor de volver, llamó a sus perros (23), y arrebatado de rabia dijo: "Ustedes ven que no hemos podido detener a este tipo ni con el espíritu de fornicación ni con los golpes; al contrario, llega hasta desafiarnos. Vamos a proceder contra él de otro modo".

[4]La función del malhechor no es difícil para el demonio. Esa noche, por eso, hicieron tal estrépito que el lugar parecía sacudido por un terremoto. Era como si los demonios se abrieran paso por las cuatro paredes del recinto, reventando a través de ellas en forma de bestias y reptiles. [5]De repente todo el lugar se llenó de imágenes fantasmagóricas de leones, osos, leopardos, toros, serpientes, áspides, escorpiones y lobos; cada uno se movía según el ejemplar que había asumido. El león rugía, listo para saltar sobre él; el toro ya casi lo atravesaba con sus cuernos; la serpiente se retorcía sin alcanzarlo completamente; el lobo lo acometía de frente (24); y el griterío armado simultáneamente por todas estas apariciones era espantoso, y la furia que mostraban era feroz.

[6]Antonio, remecido y punzado por ellos, sentía aumentar el dolor en su cuerpo; sin embargo, yacía sin miedo y con su espíritu vigilante. Gemía, es verdad, por el dolor que atormentaba su cuerpo, pero su mente era dueña de la situación, y, como para burlarse de ellos, decía: [7]"Si tuvieran poder sobre mí, habría bastado que viniera uno de ustedes; pero el Señor les quitó su fuerza, y por eso están tratando de hacerme perder el juicio con su número; es señal de su debilidad que tengan que imitar a las bestias". [8]De nuevo tuvo la valentía de decirles: "Si es que pueden, si es que han recibido poder sobre mí, no se demoren, ¡vengan al ataque! Y si nada pueden, ¿para qué esforzarse tanto sin ningún fin? Porque la fe en nuestro Señor es sello para nosotros y muro de

salvación". Así, después de haber intentado muchas argucias, rechinaron sus dientes contra él, porque eran ellos los que se estaban volviendo locos y no él.

10. [1]De nuevo el Señor no se olvidó de Antonio en su lucha, sino que vino a ayudarlo. Pues cuando miró hacia arriba, vio como si el techo se abriera y un rayo de luz bajara hacia él. Los demonios se habían ido de repente, el dolor de su cuerpo cesó y el edificio estaba restaurado como antes. [2]Antonio, notando que la ayuda había llegado, respiró más libremente y se sintió aliviado de sus dolores. Y preguntó a la visión: "¿Dónde estabas tú? ¿Por qué no apareciste al comienzo para detener mis dolores?"

[3]Y una voz le habló: "Antonio, yo estaba aquí, pero esperaba verte en acción. Y ahora, porque has aguantado sin rendirte, seré siempre tu ayuda y te haré famoso en todas partes".

[4]Oyendo esto, se levantó y oró; y fue tan fortalecido que sintió su cuerpo más vigoroso que antes. Tenía por aquel tiempo unos treinta y cinco años de edad.

ANTONIO BUSCA EL DESIERTO Y HABITA EN PISPIR

11. [1]Al día siguiente se fue, inspirado por un celo aún mayor por el servicio de Dios. Fue al encuentro del anciano ya antes mencionado (3, 5) y le rogó que se fuera a vivir con él al desierto. El otro declinó la invitación a causa de su edad y porque tal modo de vivir no era todavía costumbre. Entonces se fue solo a la montaña. [2]¡Pero ahí estaba de nuevo el enemigo! Viendo su seriedad y queriendo frustrarla, proyectó la imagen ilusoria de un gran disco de plata sobre el camino. Pero Antonio, penetrando el ardid del que odia el bien, se detuvo y, mirando el disco, desenmascaró al demonio en él, diciendo: "¿Un disco en el desierto? ¿De dónde sale esto? Esta no es una carretera frecuentada, y no hay huellas de que haya pasado gente por este camino. Es de gran tamaño y no puede haber caído inadvertidamente. En verdad, aunque se hubiera perdido, el dueño habría vuelto y lo habría buscado, y seguramente lo habría encontrado porque es una región desierta. Esto es engaño del demonio. ¡No vas a frustrar mi resolución con estas cosas, demonio! ¡Tu dinero perezca junto contigo!" (cp Hech. 8, 20). Y al decir esto Antonio, el disco desapareció como humo.

12. [1]Luego, mientras caminaba, vio de nuevo, no ya otra ilusión, sino oro verdadero, desparramado a lo largo del camino. [2]Pues bien, ya sea que el mismo enemigo le llamó la atención, o si fue un buen espíritu el que atrajo al luchador y le demostró al demonio que no se preocupaba ni siquiera de las riquezas auténticas, él mismo no lo indicó, y por eso no sabemos nada sino que realmente era oro lo que allí había. [3]En cuanto a Antonio, quedó sorprendido por la cantidad que había, pero atravesó por él como si hubiera sido fuego y siguió su camino sin volverse atrás. Al contrario, se puso a correr tan rápido que al poco perdió de vista el lugar y quedó oculto de él.

[4]Así, afirmándose más y más en su propósito, se apresuró hacia la montaña (25). En la parte distante del río encontró un fortín desierto que con el correr del tiempo estaba plagado de reptiles. Allí se estableció para vivir. Los reptiles, como si alguien los hubiera echado, se fueron de repente. [5]Bloqueó la entrada, y después de enterrar pan para seis meses —así lo hacen los tebanos y a menudo los panes se mantienen frescos por todo un año—, y teniendo agua a mano, desapareció como en un santuario. [6]Quedó allí solo, no saliendo nunca y no viendo pasar a nadie. Por mucho tiempo perseveró en esta práctica ascética; sólo dos veces al año recibía pan, que le dejaban caer por el techo.

13. [1]Sus amigos que venían a verlo, pasaban a menudo días y noches fuera, puesto que no quería dejarlos entrar. Oían que sonaba dentro como multitud frenética, haciendo ruidos, armando tumulto, gimiendo lastimeramente y chillando: "¡Andate de nuestro dominio! ¿Qué tienes que hacer en el desierto? Tú no puedes soportar nuestra persecución". [2]Al principio, los que estaban fuera creían que había hombres peleando con él y que habrían entrado por medio de escalas, pero cuando atisbaron por un hoyo y no vieron a nadie, se dieron cuenta de que eran los demonios los que estaban en el asunto, y, llenos de miedo, llamaron a Antonio. [3]El estaba más inquieto por ellos que preocupado por los demonios. Acercándose a la puerta les aconsejó que se fueran y no tuvieran miedo. Les dijo: "Sólo contra los miedosos los demonios conjuran fantasmas. Ustedes ahora, hagan la señal de la cruz y vuélvanse a su casa sin temor, y déjenlos que se enloquezcan ellos mismos".

[4]Entonces se fueron, fortalecidos con la señal de la cruz, mien-

tras él se quedaba sin sufrir ningún daño de los demonios. Pero tampoco se fastidiaba de la contienda, porque la ayuda que recibía de lo alto por medio de visiones y la debilidad de sus enemigos, le daban gran alivio en sus penalidades y ánimo para un mayor entusiasmo. [5]Sus amigos venían una y otra vez esperando, por supuesto, encontrarlo muerto, pero lo escuchaban cantar: "Se levanta Dios y se dispersan sus enemigos, huyen de su presencia los que lo odian. Como el humo se disipa, se disipan ellos; como se derrite la cera ante el fuego, así perecen los impíos ante Dios" (Ps 67, 2). Y también: "Todos los pueblos me rodeaban, en el nombre del Señor los rechacé" (Ps 117, 10).

ANTONIO ABANDONA SU SOLEDAD Y SE CONVIERTE EN PADRE ESPIRITUAL

14. [1]Así pasó casi veinte años practicando solo la vida ascética, no saliendo nunca y siendo raramente visto por otros. Después de esto, como había muchos que ansiaban y aspiraban imitar su santa vida (26), y algunos de sus amigos vinieron y forzaron la puerta echándola abajo, Antonio salió como de un santuario, como un iniciado en los sagrados misterios y lleno del Espíritu de Dios (27). [2]Fue la primera vez que se mostró fuera del fortín a los que vinieron hacia él. Cuando lo vieron, estaban asombrados al comprobar que su cuerpo guardaba su antigua apariencia: no estaba ni obeso por la falta de ejercicio ni macilento por sus ayunos y luchas con los demonios: era el mismo hombre que habían conocido antes de su retiro.

[3]El estado de su alma era puro, pues no estaba ni encogido por la aflicción, ni disipado por la alegría, ni penetrado por la diversión o el desaliento. No se desconcertó cuando vio la multitud ni se enorgulleció al ver a tantos que lo recibían. Se tenía completamente bajo control, como hombre guiado por la razón y con gran equilibrio de carácter.

[4]Por él el Señor sanó a muchos de los presentes que tenían enfermedades corporales y liberó a otros de espíritus impuros. [5]Concedió también a Antonio el encanto en el hablar; y así confortó a muchos en sus penas y reconcilió a otros que se peleaban. [6]Exhortó a todos a no preferir nada en este mundo al amor de Cristo.

Y cuando en su discurso los exhortó a recordar los bienes venideros y la bondad mostrada a nosotros por Dios, "que no perdonó a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros" (Rm 8, 32), indujo a muchos a abrazar la vida monástica. [7]Y así aparecieron celdas monacales en la montaña y el desierto se pobló de monjes que abandonaban los suyos y se inscribían para ser ciudadanos del cielo (cp. Heb 3, 20; 12, 23).

15. [1]Una vez tuvo necesidad de cruzar el canal de Arsinoe —la ocasión fue una visita a los hermanos—; el canal estaba lleno de cocodrilos. Simplemente oró, se metió con todos sus compañeros, y pasó al otro lado sin ser tocado. [2]De vuelta a su celda, se aplicó con todo celo a sus santos y vigorosos ejercicios. [3]Por medio de constantes conferencias encendía el ardor de los que ya eran monjes e incitaba a muchos otros al amor de la vida ascética; y pronto en la medida en que su mensaje arrastraba hombres tras él, el número de celdas monacales se multiplicaba y para todos era como padre y guía.

CONFERENCIA DE ANTONIO A LOS MONJES SOBRE EL DISCERNIMIENTO DE ESPIRITUS Y EXHORTACION A LA VIRTUD (16-43)

16. [1]Un día en que él salió, vinieron todos los monjes y le pidieron una conferencia. El les habló en lengua copta como sigue:

[2]"Las Escrituras bastan realmente para nuestra instrucción. Sin embargo, es bueno para nosotros alentarnos unos a otros en la fe y usar de la palabra para estimularnos. Sean, por eso, como niños y tráiganle a su padre lo que sepan y díganselo, tal como yo, siendo el más antiguo, comparto con ustedes mi conocimiento y mi experiencia.

[3]"Para comenzar, tengamos todos el mismo celo, para no renunciar a lo que hemos comenzado, para no perder el ánimo, para no decir: 'Hemos pasado demasiado tiempo en esta vida ascética'. No, comenzando de nuevo cada día, aumentemos nuestro celo. [4]Toda la vida del hombre es muy breve comparada con el tiempo por venir, de modo que todo nuestro tiempo es nada comparado con la vida eterna (28). [5]En el mundo, todo se vende; y cada cosa se comercia según su valor por algo equivalente;

pero la promesa de la vida eterna puede comprarse con muy poco. La Escritura dice: 'Aunque uno viva setenta años y el más robusto hasta ochenta, la mayor parte son fatiga inútil' (Ps 89, 10). Si, pues, vivimos todos nuestros ochenta años, o incluso cien, en la práctica de la vida ascética, no vamos a reinar el mismo período de cien años, sino que en vez de los cien reinaremos para siempre. [6]Y aunque nuestro esfuerzo es en la tierra, no recibiremos nuestra herencia en la tierra sino lo que se nos ha prometido en el cielo. Más aún, vamos a abandonar nuestro cuerpo corruptible y a recibirlo incorruptible (cp. I Cor 15, 42).

17. [1]"Así, hijitos, no nos cansemos ni pensemos que estamos afanándonos mucho tiempo o que estamos haciendo algo grande. Pues 'los sufrimientos de la vida presente no pueden compararse con la gloria venidera que nos será revelada' (Rm 8, 18). [2]No miremos tampoco hacia atrás, hacia el mundo, y creamos que hemos renunciado a grandes cosas. Pues incluso todo el mundo es muy trivial comparado con el cielo. Y aunque fuéramos dueños de toda la tierra y renunciáramos a toda la tierra, nada sería esto comparado con el reino de los cielos. [3]Tal como una persona despreciaría una moneda de cobre para ganar cien monedas de oro, así el que es dueño de toda la tierra y renuncia a ella, da realmente poco y recibe cien veces más (cp. Mt 19, 29). [4]Si, pues, ni siquiera toda la tierra equivale en valor al cielo, ciertamente el que entrega una poca tierra no debe jactarse ni apenarse; lo que abandona es prácticamente nada, aunque sea un hogar o una suma considerable de dinero de lo que se separa.

[5]"Debemos además tener en cuenta que si no dejamos estas cosas por amor a la virtud, después tendremos que abandonarlas de todos modos y a menudo también, como nos recuerda el Eclesiastés (2, 18; 4, 8; 6, 2), a personas a las que no hubiéramos querido dejarlas. [6]Entonces, ¿por qué no hacer de la necesidad virtud y entregarla de modo que podamos heredar un reino por añadidura? Por eso, ninguno de nosotros tenga ni siquiera el deseo de poseer riquezas. ¿De qué nos sirve poseer lo que no podemos llevar con nosotros? [7]¿Por qué no poseer más bien aquellas cosas que podemos llevar con nosotros: prudencia, justicia, templanza, fortaleza, entendimiento, caridad, amor a los pobres, fe en Cristo, humildad, hospitalidad? (29). Una vez que las poseamos, hallaremos que ellas van delante de nosotros (30), preparándonos la bienvenida en la tierra de los mansos (cp. Lc 16, 9; Mt 5, 4).

PERSEVERANCIA Y VIGILANCIA

18. [1]"Con estos pensamientos cada uno debe convencerse que no hay que descuidarse sino considerar que se es servidor del Señor y atado al servicio de su Maestro. Pero un sirviente no se va a atrever a decir: 'Ya que trabajé ayer, no voy a trabajar hoy'. [2]Tampoco se va a poner a calcular el tiempo que ya ha servido y a descansar durante los días que le quedan por delante; no, día tras día, como está escrito en el Evangelio (Lc 12, 35-38; 17, 7-10; Mt 24, 45), muestra la misma buena voluntad para que pueda agradar a su patrón y no causar ninguna molestia. [3]Perseveremos, pues, en la práctica diaria de la vida ascética, sabiendo que si somos negligentes un solo día, El no nos va a perdonar en consideración al tiempo anterior, sino que se va a enojar con nosotros por nuestro descuido. Así lo hemos escuchado en Ezequiel (Ez 18, 24-26; 33, 12 s.); lo mismo Judas, que en una sola noche destruyó el trabajo de todo su pasado.

19. [1]"Por eso, hijos, perseveremos en la práctica del ascetismo y no nos desalentemos. También en esto tenemos al Señor que nos ayuda, según dice la Escritura: 'Dios coopera para el bien' (Rm 8, 28) con todo el que escoge el bien. Y en cuanto a que no debemos descuidarnos, es bueno meditar lo que dice el apóstol: 'Muero cada día' (I Cor 15, 31). [2]Realmente si también nosotros viviéramos como si en cada nuevo día fuéramos a morir, no pecaríamos. En cuanto a la cita, su sentido es este: cuando nos despertamos cada día, deberíamos pensar que no vamos a vivir hasta la tarde; y de nuevo, cuando nos vamos a dormir, deberíamos pensar que no vamos a despertar. Nuestra vida es insegura por naturaleza y nos es medida diariamente por la Providencia. [3]Si con esta disposición vivimos nuestra vida diaria, no cometeremos pecado, no codiciaremos nada, no tendremos inquina a nadie, no acumularemos tesoros en la tierra; sino que como quien cada día espera morirse, seremos pobres y perdonaremos todo a todos. [4]Desear mujeres u otros placeres sucios, tampoco tendremos semejantes deseos sino que les volveremos las espaldas como a algo transitorio, combatiendo siempre y teniendo ante nuestros ojos el día del juicio. [5]El mayor temor al juicio y el desasosiego por los tormentos, disipan invariablemente la fascinación del placer y fortalecen el ánimo vacilante.

OBJETO DE LA VIRTUD

20. [1]“Ahora que hemos hecho un comienzo y estamos en la senda de la virtud, alarguemos nuestros pasos aún más para alcanzar lo que tenemos delante (cp. Fil 3, 13). [2]No miremos atrás, como lo hizo la mujer de Lot (Gn 19, 26), sobre todo porque el Señor ha dicho: ‘Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de los cielos’ (Lc 9, 62). Y este mirar hacia atrás no es otra cosa sino arrepentirse de lo comenzado y acordarse de nuevo de lo mundano.

[3]Cuando oigan hablar de la virtud, no se asusten ni la traten como palabra extraña. Realmente no está lejos de nosotros ni su lugar está fuera de nosotros; no, ella está dentro de nosotros, y su cumplimiento es fácil sólo con que tengamos voluntad (cp. Dt 30, 11 ss.). [4]Los griegos parten de camino y cruzan el mar para estudiar las letras; pero nosotros no tenemos necesidad de ponernos en camino por el reino de los cielos ni de cruzar el mar para alcanzar la virtud. El Señor nos lo dijo de antemano: ‘El reino de los cielos está dentro de vosotros’ (Lc 17, 21). [5]La virtud, por eso, necesita sólo nuestra voluntad, ya que está dentro de nosotros y brota de nosotros. La virtud existe cuando el alma se mantiene en su estado natural. Es mantenida en su estado natural cuando queda como vino al ser. Y vino al ser limpia y perfectamente íntegra (cp. Ecl 7, 30). [6]Por eso Josué, el hijo de Nun, exhortó al pueblo con estas palabras: ‘Mantengan íntegros sus corazones ante el Señor, el Dios de Israel’ (Jos 24, 23); y Juan: ‘Enderecen sus caminos’ (Mt 3, 3). El alma es derecha cuando la mente se mantiene en el estado en que fue creada. Pero cuando se desvía y se pervierte de su condición natural, eso se llama vicio del alma.

‘La tarea no es difícil: si quedamos como fuimos creados, estamos en el estado de virtud; pero si entregamos nuestra mente a cosas bajas, somos considerados perversos. Si este trabajo tuviera que ser realizado desde fuera, sería en verdad difícil; pero dado que está dentro de nosotros, cuidémonos de pensamientos sucios [8]Y habiendo recibido el alma como algo confiado a nosotros, guardémosla para el Señor, para que El pueda reconocer su obra como la misma que hizo (31).

21. [1]“Luchemos, pues, para que la ira no sea nuestro dueño ni la concupiscencia nos esclavice. Pues está escrito que ‘la ira del

hombre no hace lo que agrada a Dios' (Stgo 1, 20). Y la concupiscencia 'cuando ha concebido, da a luz el pecado; y de este pecado, cuando está desarrollado, nace la muerte' (Sant. 1, 15). [2]Viviendo esta vida, mantengámonos cuidadosamente en guardia y, como está escrito, 'guardemos nuestro corazón con toda vigilancia' (Prov. 4, 23). [3]Tenemos enemigos poderosos y fuertes: son los demonios malvados; y contra ellos 'es nuestra lucha', como dice el apóstol, 'no contra gente de carne y hueso, sino contra fuerzas espirituales de maldad en las regiones celestiales, es decir, los que tienen mando, autoridad y dominio sobre este mundo oscuro' (Ef 6, 12). [4]Grande es su número en el aire a nuestro alrededor (32), y no están lejos de nosotros. Pero la diferencia entre ellos es considerable. Nos llevaría mucho tiempo dar una explicación de su naturaleza y distinciones, y tal disquisición es para otros más competentes que yo; lo único urgente y necesario para nosotros ahora es conocer sólo sus villanías contra nosotros.

ARTIFICIOS DE LOS DEMONIOS

22. [1]En primer lugar, démonos cuenta de esto: los demonios no fueron creados como demonios, tal como entendemos este término, porque Dios no hizo nada malo. También ellos fueron creados limpios, pero se desviaron de la sabiduría celestial. Desde entonces andan vagando por la tierra. [2]Por una parte engañaron a los griegos con vanas fantasías (33), y, envidiosos de nosotros los cristianos, no han omitido nada para impedirnos entrar al cielo: no quieren que subamos al lugar de donde ellos cayeron. [3]Por eso se necesita mucha oración y disciplina ascética para que uno pueda recibir del Espíritu Santo el don de discernimiento de espíritus y ser capaz de conocerlos: cuál de ellos es menos malo, cuál de ellos más; qué interés especial persigue cada uno y cómo han de ser rechazados y echados fuera. Pues sus astucias y maquinaciones son numerosas. [4]Bien sabían esto el santo apóstol y sus discípulos cuando decían: 'conocemos muy bien sus mañas' (2 Cor 2, 11). Y nosotros, enseñados por nuestras experiencias, deberíamos guiar a otros a apartarse de ellos. Por eso yo, habiendo hecho en parte esta experiencia, les hablo a ustedes como a mis hijos.

23. [1]"Cuando ellos ven que los cristianos en general, pero en particular los monjes, trabajan con cuidado y hacen progresos, primero los asaltan y tientan colocándoles continuamente obstáculos en su camino (Ps 139, 6). Estos obstáculos son los malos pensamientos. Pero no debemos asustarnos de sus asechanzas, pues se las desbarata prontamente con la oración, el ayuno y la confianza en el Señor. [2]Sin embargo, aunque desbaratados, no cesan sino que vuelven al ataque con toda maldad y astucia. [3]Cuando no pueden engañar el corazón con placeres abiertamente impuros, cambian su táctica y van de nuevo al ataque. Entonces urden y fingen apariciones para espantar el corazón, transformándose e imitando mujeres, bestias, reptiles, cuerpos de gran tamaño y hordas de guerreros. Pero ni aun así debe aplastarnos el miedo a semejantes fantasmas, ya que no son nada sino pura vanidad, especialmente si uno se fortalece con la señal de la cruz.

[4]"En verdad, son atrevidos y extraordinariamente desvergonzados. Si en este punto también se los derrota, avanzan una vez más con nueva estrategia. Pretenden profetizar y predecir futuros acontecimientos. Aparecen más altos que el techo, fornidos y corpulentos. Su propósito es, si es posible, arrebatar con tales apariciones a los que no han podido engañar con pensamientos. [5]Y si hallan que aun así el alma permanece fuerte en su fe y sostenida por la esperanza, hacen intervenir a su jefe.

24. [1]"Este aparece a menudo de esta manera como, por ejemplo, se lo reveló el Señor a Job: 'Sus ojos son como los párpados del alba. De su boca salen antorchas encendidas, chispas de fuego saltan fuera. De sus narices sale humo, como de olla o caldero que hierve. Su aliento enciende los carbones y de su boca sale llama' (Job 41, 18-21). [2]Cuando el jefe de los demonios aparece de esta manera, el bribón trata de aterrorizarnos, como dije antes, con su hablar bravucón, tal como fue desenmascarado por el Señor cuando dijo a Job: 'Tiene toda arma por hojarasca, y del blandir de la jabalina se burla; hace hervir como una olla el mar profundo, y lo revuelve como una olla de ungüento' (Job 41, 29, 31); también dice el profeta: 'Dijo el enemigo: Los perseguiré y alcanzaré' (Ex 15, 9); y en otra parte: 'Y halló mi mano como nido las riquezas de los pueblos, y como se recogen los huevos abandonados, así me apoderé yo de toda la tierra' (Is 10, 14).

[3]"Esta es, en resumen, la jactancia de que alardean, estas son las peroratas que hacen para engañar al que teme a Dios. Con toda confianza no necesitamos temer sus apariciones ni poner atención a sus palabras. Es sólo un embustero y no hay verdad en nada de lo que dice. [4]Cuando habla semejantes tonterías y lo hace con tanta jactancia, no se da cuenta de cómo es arrastrado con un garfio como dragón por el Salvador (cp. Job 41, 1-2), con un cabestro como animal de carga, con sus narices con anillo como esclavo fugitivo, y con sus labios atravesados por una abrazadera de hierro. Ha sido, pues, atrapado como gorrión para nuestra diversión. Tanto él como sus compañeros fueron tratados así para ser pisoteados como escorpiones y culebras (cp. Lc 10, 19) por nosotros los cristianos; y prueba de ello es el hecho de que seguimos existiendo a pesar de él. [5]En verdad, noten que él, que proclamó que iba a secar el mar y apoderarse de todo el mundo, no puede impedir nuestras prácticas ascéticas ni que yo hable contra él. Por eso, no demos atención a lo que pueda decir, porque es un mentiroso redomado, ni temamos sus apariciones, porque también son mentiras. [6]Ciertamente no es verdadera luz la que aparece en ellos, más bien es mero comienzo y parecido del fuego preparado para ellos mismos; y con lo mismo que serán quemados tratan de aterrorizar a los hombres. [7]Aparecen, es verdad, pero desaparecen de nuevo en el mismo momento, sin dañar a ningún creyente, mientras se llevan consigo esa apariencia del fuego que los espera. Por eso, no hay ninguna razón para tenerles miedo, pues por la gracia de Cristo todas sus tácticas terminan en nada.

25. [1]"Pero son traicioneros y están preparados para soportar cualquier cambio o transformación. A menudo, por ejemplo, pretenden incluso cantar salmos, sin aparecer, y citan textos de la Escritura. [2]También algunas veces, cuando estamos leyendo, repiten de repente como eco lo que hemos leído. [3]Cuando vamos a dormir, nos despiertan para orar, y esto lo hacen continuamente, dejándonos dormir apenas. [4]Otras veces se disfrazan de monjes y simulan piadosas conversaciones, teniendo como meta engañar con su apariencia y arrastrar entonces a sus víctimas adonde quieren. [5]Pero no debemos prestarles atención, aunque nos despierten para orar, aunque nos aconsejen no comer del todo, aunque pretendan acusarnos de cosas que antes aprobaban. [6]Hacen esto no por amor a la piedad o a la verdad, sino para inducir al

inocente a la desesperación, presentar la vida ascética como sin valor y hacer que los hombres tomen fastidio por la vida solitaria como algo tosco y demasiado pesado, y hacer caer a los que llevan tal vida.

26. [1]"Por eso el profeta enviado por el Señor llamó a tales infelices con estos términos: '¡Ay del que da a beber a su prójimo un mal trago!' (Hab. 2, 15). Tales tácticas y argumentos son desastrosos para el camino que conduce a la virtud. [2]Nuestro Señor mismo, aunque incluso los demonios hablaban la verdad —pues decían verdaderamente: 'Tú eres el Hijo de Dios' (Lc 4, 41)—, sin embargo los hizo callar y les prohibió hablar. No quiso que desparramaran su propia maldad junto con la verdad, y tampoco deseaba que nosotros les hiciéramos caso aunque aparentemente hablaban verdad. [3]Por eso, pues, es inconveniente que nosotros, que poseemos las Escrituras y la libertad del Salvador, seamos enseñados por el demonio, por él, que no quedó en su puesto (cp. Judas 6), sino que constantemente ha cambiado su parecer. [4]Por eso también le prohíbe usar citas de la Escritura, al decir: 'Dios dice al pecador: ¿Por qué recitas mis preceptos y tienes siempre en tu boca mi Alianza?' (Ps 49, 16). [5]Ciertamente ellos hacen de todo: hablan, gritan, engañan, confunden, y todo para engañar al simple. Arman también tremendos estrépitos, lanzan risas tontas y silbidos. Si nadie les hace caso, lloran y se lamentan como derrotados.

27. [1]"El Señor, por eso, porque es Dios, hizo callar a los demonios. En cuanto a nosotros, hemos aprendido nuestras lecciones de los santos, hacemos como ellos hicieron e imitamos su valor. Pues cuando ellos veían tales cosas, acostumbraban decir: 'Cuando el pecador se levantó contra mí, guardé silencio resignado, no hablé con ligereza' (Ps 38, 2); y en otra parte: 'Pero yo como un sordo no oigo, como un mudo no abro la boca; soy como uno que no oye' (Ps. 37, 14 s.). [2]Así también nosotros no los escuchemos, mirándolos como a extraños, no prestándoles atención, aunque nos despierten para la oración o nos hablen de ayunos. [3]Sigamos atentos más bien a la práctica de la vida ascética como es nuestro propósito, y no nos dejemos engañar por los que practican la traición en todo lo que hacen. No debemos tenerles miedo aunque aparezcan para atacarnos y amenazarnos con la muerte. En realidad, son débiles y no pueden hacer más que amenazar.

IMPOTENCIA DE LOS DEMONIOS

28. [1]"Bien, hasta ahora he hablado de este tema sólo al pasar. Pero ahora no debo dejar de tratarlo con mayores detalles; recordarles esto puede redundar sólo en su mayor seguridad.

[2]"Desde que el Señor habitó con nosotros, el enemigo cayó y sus poderes declinaron. Por eso no puede nada; sin embargo, aunque caído, no puede quedarse quieto sino que como tirano que no puede hacer otra cosa, se va en amenazas, aunque ellas sean puras palabras. Cada uno acuérdese de esto y podrá despreciar a los demonios. [3]Si estuvieran confinados a cuerpos como los nuestros, deberían decir entonces: 'A la gente que se esconde, no la vamos a encontrar; pero si los encontramos, los vamos a dañar'. Y en ese caso podríamos escapar de ellos escondiéndonos y trancando las puertas. Pero éste no es el caso, y pueden entrar a pesar de puertas trancadas; vemos que están presentes en todas partes en el aire, ellos y su jefe, el demonio, y sabemos que su voluntad es mala y que están inclinados a dañar, y que, como dice el Salvador, 'el demonio ha sido homicida desde el principio' (Jn 8, 44); entonces, si a pesar de todo vivimos, y vivimos nuestras vidas desafiándolo, es claro que no tiene ningún poder. [4]Como veis, el lugar no les impide su conspiración; tampoco nos ven amables hacia ellos como para que nos perdonen, ni son tampoco amantes del bien como para cambiar sus caminos. No, al contrario, ellos son malos y nada hay que deseen más ansiosamente que hacer daño a los amantes de la virtud y a los adoradores de Dios. Por la simple razón de que son impotentes para hacer algo, nada hacen excepto amenazar. Si pudieran, estad seguros de que no esperarían sino que realizarían sus más fuertes deseos: el mal, y eso contra nosotros. [5]Noten, por ejemplo, cómo ahora estamos reunidos aquí hablando contra ellos, y ellos saben además que en la medida en que hacemos progresos, ellos se debilitan. En verdad, si estuviera en su poder, no dejarían vivo a ningún cristiano, porque el servicio de Dios es abominación para el pecador (Sir 1, 25). Y puesto que no pueden nada, se hacen daño más bien a sí mismos, ya que no pueden llevar a cabo sus amenazas.

[6]"Además, también esto otro debería ser tomado en cuenta para acabar con el miedo a ellos: si tuvieran algún poder, no vendrían en manada, ni recurrirían a apariciones, ni usarían el artifi-

cio de transformarse. Bastaría que viniera uno solo e hiciera lo que fuera capaz de hacer o a lo que tuviera inclinación. Lo más importante de todo es que el que realmente tiene poder no se esfuerza en matar con fantasmas ni trata de aterrorizar con hordas, sino que sin más trámite usa su poder como quiere. [7]Pero actualmente los demonios, impotentes como son, hacen piruetas como si estuvieran sobre un escenario, cambiando sus formas en espantajos infantiles, con manadas ilusorias y muecas, con todo lo cual su debilidad se hace todavía más despreciable. [8]Estemos seguros: el ángel verdadero enviado por el Señor contra los asirios no tuvo necesidad de multitudes, ni de ilusiones visibles, ni de soplidos resonantes, ni de sonajeras; no, él ejerció su poder tranquilamente, y de una vez mató ciento ochenta y cinco mil de ellos (cp. 2 Re 19, 35). Pero los demonios, impotentes criaturas como son, tratan de aterrorizar, ¡y eso con meros fantasmas!

29. [1]"Si alguien, al examinar la historia de Job, dijera: '¿Por qué, entonces, siguió el demonio haciendo cosas contra él? Lo despojó de sus posesiones, mató a sus hijos y lo hirió con graves úlceras' (cp. Job 1, 13 ss.; 2, 7), que esa persona se dé cuenta de que no se trata de que el demonio tuviera poder para hacer eso, sino que Dios le entregó a Job para que lo tentara (cp. Job 1, 12). Por supuesto, no tenía poder para hacerlo; lo pidió y actuó sólo después de haberlo recibido. [2]Aquí tenemos otra razón para despreciar al enemigo, pues aunque tal era su deseo, no fue capaz de vencer a un hombre justo. Si el poder hubiera sido suyo, no habría necesitado pedirlo, y el hecho de que lo pidiera no una sino dos veces, muestra su debilidad e incapacidad. No es extraño que no tuviera poder contra Job, cuando le fue imposible destruir ni siquiera sus ganados a menos que Dios accediera a ello. [3]Pero no tiene poder ni siquiera contra los cerdos, como está escrito en el Evangelio: 'Y los espíritus malos rogaron al Señor. Déjanos entrar en esos cerdos' (Mt 8, 31). Pero si no tienen poder ni siquiera sobre los cerdos, mucho menos lo tienen sobre los hombres hechos a imagen de Dios.

30. [1]"Por eso, se debe temer sólo a Dios y despreciar esos seres, sin tenerles miedo en absoluto. Y cuanto más se dedican a tales cosas, tanto más dediquémonos nosotros a la vida ascética para contraatacarlos, pues una vida recta y la fe en Dios son una gran arma contra ellos. [2]Temen a los ascetas por su ayuno, sus

vigilias, sus oraciones, su mansedumbre, tranquilidad, desprecio del dinero, falta de presunción, humildad, amor a los pobres, limosnas, ausencias de ira, y, más que todo, su lealtad a Cristo. [3]Esta es la razón por la que hacen todo para que nadie los pisotee. Conocen la gracia dada por el Salvador a los creyentes cuando dicen: 'Miren: yo les he dado poder de pisotear serpientes y escorpiones y todo poder del enemigo' (Lc. 10, 19).

FALSAS PREDICCIONES DEL FUTURO

31. [1]"Asimismo, si pretenden predecir el futuro, no les hagan caso. A veces, por ejemplo, nos comunican días antes la visita de hermanos, y efectivamente llegan. Pero no es porque se preocupen de sus oyentes que hacen esto, sino para inducirlos a colocar su confianza en ellos, y así, cuando los tienen bien en su mano, poder destruirlos. No los escuchemos sino que echémoslos fuera, pues no los necesitamos. [2]¿Qué de prodigioso hay en que ellos, que tienen cuerpos más sutiles que los hombres (34), viendo que alguien se pone de camino, se le adelanten y anuncien su llegada? Una persona de a caballo podría también adelantarse a uno de a pie y dar la misma información. Así, pues, tampoco en esto hay que asombrarse de ellos. [3]No tienen ningún conocimiento previo de lo que todavía no ha sucedido (35), sino que sólo Dios conoce todas las cosas antes de que sean (cp. Dn 13, 42). En este punto son como ladrones que corren delante y anuncian lo que vieron. [4]En este mismo momento, ¡a cuántos ya les habrán comunicado lo que estamos haciendo, cómo estamos aquí discutiendo sobre ellos, antes de que ninguno de nosotros pueda levantarse e informar lo mismo! Pero hasta un niño veloz para correr haría lo mismo, adelantándose a un persona más lenta. [5]Les voy a aclarar con un ejemplo lo que quiero decir. Si alguien quiere ponerse en viaje desde la Tebaida o de cualquier otro lugar, antes de que efectivamente parta no saben si va a salir o no; pero en cuanto lo ven caminar, se adelantan y anuncian su llegada de antemano. Y así sucede que después de algunos días, llega. Pero a veces, sin embargo, el viajero se vuelve, y el informe es falso.

32. [1]"También a veces hablan tonterías respecto al agua del Río (36). Por ejemplo, viendo las gruesas lluvias en las regiones

de Etiopía y sabiendo que las avenidas del Río tienen allí su origen, se adelantan y lo anuncian antes de que el agua alcance Egipto. Los hombres también podrían hacerlo, si pudieran correr tan rápido como ellos. [2]Y tal como el atalaya de David (2 Sam 18, 24), subiéndose a un altura, logró un vistazo del que llegaba antes que el que estaba debajo, y echando a correr informó antes que los demás, no lo que aún no había pasado, sino lo que estaba por suceder en el acto, así también los demonios se apresuran a anunciar cosas a otros con el solo fin de engañarlos. [3]En verdad, si entre tanto la Providencia tuviera una disposición especial en cuanto al agua o los viajeros, y esto es perfectamente posible, entonces se vería que el informe de los demonios es mentira, y quedarían engañados los que pusieron su confianza en ellos.

33. [1]"Así surgieron los oráculos griegos y así fue descarriado el pueblo de la antigüedad por los demonios. Con esto hay que decir también cuánto engaño fue preparado para el futuro, pero el Señor vino para suprimir los demonios y su villanía. No conocen nada fuera de sí mismos, pero ven que otros tienen conocimiento y entonces, como ladrones, se apoderan de él y lo desfiguran. Practican la conjetura más que la profecía. Por eso, aunque a veces parezcan estar en la verdad, nadie debería maravillarse. [2]En realidad, también los médicos, cuya experiencia en enfermedades les viene de haber observado la misma dolencia en diferentes personas, hacen a menudo conjeturas sobre la base de su práctica y predicen lo que va a pasar. [3]También los pilotos y campesinos, observando las condiciones del tiempo, por su experiencia pronostican si va a haber temporal o buen tiempo. A nadie se le ocurriría decir que profetizan por inspiración divina, sino por la experiencia que da la práctica. [4]En consecuencia, si también los demonios adivinan algunas de estas mismas cosas y las dicen, no por eso ustedes tienen que asombrarse ni hacerles caso en absoluto. ¿De qué les sirve a los oyentes saber días antes lo que va a pasar? ¿O qué afán hay en saber tales cosas, aun suponiendo que tal conocimiento resulte verdad? Seguro que no es ése el elemento fundamental de la virtud ni tampoco prueba de nuestro progreso. [5]Pues nadie es juzgado por lo que no sabe, y nadie es llamado bienaventurado por lo que ha aprendido y sabe; el juicio que nos espera a cada uno es si hemos guardado la fe y observado fielmente los mandamientos.

34. [1]"De ahí que no sea propio nuestro darle importancia a estas cosas ni afanarnos en la vida ascética con el fin de saber el futuro, sino para agradar a Dios viviendo bien. Deberíamos orar, no para saber el futuro, ni deberíamos pedir esto como recompensa por la práctica ascética, sino que el fin de nuestra oración ha de ser que el Señor sea nuestro compañero para lograr la victoria sobre el demonio. [2]Pero si algún día llegamos a conocer el futuro, mantengamos pura nuestra mente. Tengo la absoluta confianza de que si el alma es pura íntegramente y está en su estado natural, alcanza la claridad de visión y ve más y más lejos que los demonios. A ella el Señor le revela las cosas. Tal era el alma de Eliseo que vio lo que pasó con Giezi (2 Re 5, 26), y contempló los ejércitos que estaban cerca (2 Re 6, 17).

DISCERNIMIENTO DE LOS ESPIRITUS

35. [1]"Ahora, pues, cuando se les aparezcan de noche y quieran contarles el futuro o les digan: 'Somos los ángeles', ignórenlos, porque están mintiendo. [2]Si alaban su práctica de la vida ascética o los llaman santos, no los escuchen ni tengan nada que ver con ellos. Haced más bien la señal de la Cruz sobre vosotros, sobre su morada y oración, y los verán desaparecer. Son cobardes y le tienen terror mortal a la señal de la Cruz de nuestro Señor, desde que en la Cruz el Señor los despojó e hizo escarmiento en ellos (Col 2, 15). [3]Pero si insisten con más desvergüenza todavía, bailando en torno y cambiando su apariencia, no les teman ni se acobarden ni les presten atención como si fueran buenos; es totalmente posible distinguir entre el bien y el mal cuando Dios lo garantiza. [4]Una visión de los santos no es turbulenta, 'pues no contenderá ni gritará, y nadie oirá su voz en las calles' (Mt 12, 19; cp. Is 42, 2). Tal visión llega tan tranquila y suave, que de inmediato hay alegría, gozo y valor en el alma. Con ellos está nuestro Señor, que es nuestra alegría, y el poder de Dios Padre. [5]Y los pensamientos del alma permanecen sin molestias ni oleaje, de modo que en su propia brillante trasparencia es posible contemplar la aparición. Un anhelo de las cosas divinas y de la vida futura se posesiona del alma, y su deseo es unirse totalmente a ellos y poder partir con ellos. [6]Pero si algunos, por ser humanos, tienen miedo ante la visión de los buenos, entonces los que aparecen

expulsan el temor por el amor, como lo hizo Gabriel con Zacarías (Lc 1, 13), y el ángel que apareció a las mujeres en el santo sepulcro (Mt. 28, 5), y el ángel que habló a los pastores: 'No teman' (Lc. 2, 10). [7]Temor, en estos casos, no es cobardía del alma sino conciencia de la presencia de seres superiores. Tal es, pues, la visión de los santos.

36. [1]"Por otra parte, el ataque y aparición de los malos están llenos de confusión, acompañada de ruidos, bramidos y alaridos; bien podría ser el tumulto producido por muchachos groseros o salteadores. [2]Esto al comienzo ocasiona terror en el alma, disturbios y confusión de pensamientos, desaliento, odio de la vida ascética, tedio, tristeza, recuerdo de los parientes, miedo de la muerte; y luego viene el deseo del mal, el desprecio de la virtud y un completo cambio de carácter. [3]Por eso, si ustedes tienen una visión y sienten miedo, pero si el miedo se lo quitan inmediatamente y en su lugar les viene inefable alegría y contento, valor, recuperación de la fuerza y de la calma de pensamiento y todo lo demás que he mencionado, y valentía de corazón y amor de Dios, entonces alégrense y oren; su gozo y la tranquilidad de su alma dan prueba de la santidad de Aquel que está presente. [4]Así, Abraham, viendo al Señor, se alegró (Jn 8, 56), y Juan, oyendo la voz de María, la Madre de Dios (37), saltó de gozo (Lc 1, 41). [5]Pero si tiene visiones que los sorprenden y confunden y hay tumulto por doquier y apariciones terrenas y amenazas de muerte y todo lo demás que mencioné, entonces sepan que la visita es del malo.

37. [1]"Tengan también esta otra señal: si el alma sigue con miedo, el enemigo está presente. Los demonios no quitan el miedo que producen, como lo hizo el gran arcángel Gabriel con María y Zacarías, y el que se apareció a las mujeres en el sepulcro. Los demonios, al contrario, cuando los hombres tienen miedo, aumentan sus fantasmagorías para aterrorizarlos aún más, luego bajan y los engañan diciéndoles: 'Póstrense y adórennos' (cp. Mt 4, 9). [2]Así engañaron a los griegos, pues entre ellos los habían tomado falsamente por dioses. Pero nuestro Señor no permitió que seamos engañados por el demonio, cuando una vez le reprochó que intentara utilizar sus alucinaciones con El: 'Apártate, Satanás, porque está escrito: Al Señor, tu Dios, adorarás y a El sólo servirás' (Mt 4, 10). [3]Por eso, despreciemos más y más al autor del mal, pues lo que dijo nuestro Señor fue por nosotros: cuando los demonios oyen tales palabras, son expulsados por el Señor que con esas palabras los reprendió.

38. [1]"No debemos jactarnos de echar fuera los demonios ni darnos aires por curaciones realizadas; no debemos honrar sólo al que expulsa demonios y despreciar al que no lo hace. [2]Que cada uno observe atentamente la vida ascética de otro, y entonces que la imite y emule, o que la corrija. El hacer milagros no es asunto nuestro. Eso está reservado para el Salvador. [3]El, por otra parte, dijo a los discípulos: 'Alégrense, no porque los demonios se les sometan, sino porque sus nombres están escritos en el cielo' (Lc 10, 20). Y el hecho de que nuestros nombres estén escritos en el cielo es testimonio para nuestra vida de virtud, pero en cuanto a expulsar demonios, eso es don del Salvador que El concede. [4]Por eso, a los que se jactaban no de su virtud sino de sus milagros y decían: 'Señor, ¿no hemos expulsado demonios en tu nombre y no hemos obrado milagros también en tu nombre? (Mt 7, 22). El respondió: 'En verdad, os digo que no os conozco' (Mt 7, 23), pues el Señor no conoce el camino de los impíos (cp. Ps 1, 6). [5]En resumen, se debe orar, como he dicho, por el don del discernimiento de espíritus, a fin de que, como está escrito, no creamos a cada espíritu (cp. 1 Jn 4, 1).

ANTONIO NARRA SUS EXPERIENCIAS CON LOS DEMONIOS

39. [1]"En realidad, ahora querría detenerme y no decir nada más que viniera de mí mismo, ya que basta con lo que se ha dicho. Pero para que no penséis que simplemente digo estas cosas por hablar, sino para que se convenzan de que lo hago por verdadera experiencia, por eso quiero contarles lo que he visto en cuanto a las prácticas de los demonios. Tal vez me llamen tonto, pero el Señor que está escuchando sabe que mi conciencia es limpia y que no es por mí mismo sino por vosotros y para alentaros que digo todo esto.

[2]"¡Cuántas veces me llamaron bendito, mientras yo los maldecía en el nombre del Señor! ¡Cuántas veces hacían predicciones acerca del agua del Río! Y yo les decía: '¿Y qué tenéis que ver vosotros con esto?'. [3]Una vez llegaron con amenazas y me rodearon como soldados armados hasta los dientes. [4]En otra ocasión llenaron la casa con caballos y bestias y reptiles, pero yo canté el

salmo: 'Unos confían en sus carros, otros en su caballería, pero nosotros confiamos en el nombre del Señor Dios nuestro' (Ps 19, 8), y a esta oración fueron rechazados por el Señor. [5]Otra vez, en la oscuridad llegaron con una luz fatua diciendo: 'Hemos venido a traerte luz, Antonio'. Pero cerré mis ojos, oré, y de un golpe se apagó la luz de los impíos. [6]Pocos meses después llegaron cantando salmos y citando las Escrituras. Pero 'yo fui como un sordo que no oye' (Ps 37, 14). [7]Una vez sacudieron la celda de un lado a otro, pero yo oré, permaneciendo inconmovible en mi mente. [8]Entonces volvieron e hicieron un ruido continuo, dando golpes, silbando y haciendo cabriolas. Pero yo me puse a orar y cantar salmos, y entonces comenzaron a gritar y lamentarse como si estuvieran completamente agotados, y yo alabé al Señor que redujo a nada su descaro e insensatez y les dio una lección.

40. [1]"Una vez se me apareció en visión un demonio realmente enorme, que tuvo la desfachatez de decir: 'Soy el Poder de Dios', y: 'Soy la Providencia. ¿Qué favor deseas que te otorgue?'. Entonces yo le soplé mi aliento (38), invocando el nombre de Cristo, e hice empeño por golpearlo. Parece que tuve éxito, porque al instante, grande como era, desapareció él, y todos sus compañeros junto con él, al nombre de Cristo. [2]Otra vez que yo estaba ayunando, se llegó a mí el taimado acarreando panes ilusorios. Se puso a darme consejos: '¡Come y déjate de tus privaciones! También tú eres hombre y estás a punto de enfermarte'. pero yo, notando su superchería, me levanté a orar y no pudo aguantarlo. Desapareció como humo a través de la puerta.

[3]"¡Cuántas veces me mostró en el desierto una visión de oro que yo podía tocar y buscar! Pero me le opuse cantando un salmo y se disolvió. [4]Me golpeó a menudo, y yo decía: 'Nada podrá separarme del amor de Cristo' (cp. Rm 8, 35), y entonces ¡ellos se golpeaban unos a otros! Pero no fui yo quien detuvo y paralizó sus esfuerzos, sino el Señor que dijo: 'Vi a Satanás cayendo del cielo como un relámpago' (Lc 10, 18).

[5]"Hijitos míos, acuérdense de lo que dijo el apóstol: 'Me apliqué esto a mí mismo' (1 Cor 4, 6), y aprenderán a no descorazonarse en su vida ascética y a no temer las ilusiones del demonio y sus compañeros.

41. [1]"Ya que me he hecho loco entrando en todas esas cosas, escuchen también lo que sigue, para que pueda servirles

para su seguridad; créanme, no miento. [2]Una vez escuché un golpe en la puerta de mi celda, salí afuera y vi una figura enormemente alta. Cuando le pregunté: '¿Quién eres?', me contestó: 'Soy Satanás'. '¿Que estás haciendo aquí?' El respondió: '¿Qué falta me encuentran los monjes y los demás cristianos sin ninguna razón? ¿Por qué me echan a cada rato?' 'Bien, ¿por qué los molestas?', le dije.

[3]"El contestó: 'No soy yo quien los molesto, sino que sus molestias tienen su origen en ellos mismos, porque yo me he debilitado. ¿No han leído acaso: El enemigo fue desarmado, arrasaste sus ciudades? (Ps 9, 7). Ahora no tengo ni lugar ni armas ni ciudad. En todas partes hay cristianos y hasta el desierto ya está lleno de monjes. Que se dediquen a sus propios asuntos y no me maldigan sin causa'.

[4]"Entonces me maravillé ante la gracia del Señor y le dije: 'Aunque eres siempre mentiroso y nunca hablas la verdad, sin embargo esta vez has dicho verdad, por más que te desagrade hacerlo. Ves tú, Cristo con su venida te hizo impotente, te derribó y despojó'. El, oyendo el nombre del Salvador e incapaz de soportar el calor que esto le causaba, se desvaneció.

42. [1]"Por eso, si incluso el mismo demonio confiesa que no tiene poder, deberíamos despreciarlo totalmente. El malo y sus sabuesos tienen, es verdad, todo un acopio de bellaquerías, pero nosotros, sabiendo su debilidad, podemos despreciarlos. [2] No nos entreguemos, pues, ni desalentemos, ni dejemos que haya cobardía en nuestra alma ni nos causemos miedo a nosotros mismos pensando: '¡Ojalá que no venga el demonio y me haga caer! ¡Ojalá que no me lleve para arriba o para abajo, o aparezca de repente y me saque de mis casillas!'. [3]No deberíamos tener en absoluto semejantes pensamientos ni afligirnos como si fuéramos a perecer. Más bien tengamos valor y alegrémonos siempre como hombres que están siendo salvados. Pensemos que el Señor está con nosotros, El que ahuyentó a los malos espíritus y les quitó su poder.

[4]"Meditemos siempre sobre esto y recordemos que mientras el Señor esté con nosotros, nuestros enemigos no nos harán daño. Pues cuando vienen, actúan tal como nos encuentran, y en el estado de alma que nos encuentren, de ese modo presentan sus ilusiones (39).[5]Si nos ven llenos de miedo y de pánico, inmediata-

mente toman posesión como bandoleros que encuentran la plaza desguarnecida; todo lo que pensemos de nosotros mismos, lo aprovechan con interés redoblado. [6]Si nos ven temerosos y acobardados, van a aumentar nuestro miedo lo más que puedan en forma de imaginaciones y amenazas, y así la pobre alma es atormentada para el futuro. [7]Pero si nos encuentran alegrándonos con el Señor, meditando en los bienes que han de venir y contemplando las cosas que son del Señor; considerando que todo está en Sus manos y que el demonio no tiene poder sobre un cristiano; que, de hecho, no tiene poder sobre nadie absolutamente, entonces, viendo al alma salvaguardada con tales pensamientos, se avergüenzan y se vuelven. [8]Así, cuando el enemigo vio a Job fortificado, se retiró de él, mientras que encontrando a Judas desprovisto de toda defensa, lo tomó prisionero.

[9]"Por eso, si queremos despreciar al enemigo, mantengamos siempre nuestro pensamiento en las cosas del Señor y que nuestra alma se goce con la esperanza (cp. Rm 12, 12). Veremos entonces cómo los engaños del demonio se desvanecen como humo, y lo veremos huir en lugar de perseguirnos. Ellos son, como dije, abyectos cobardes, siempre recelosos (40) del fuego preparado para ellos (Mt 25, 41).

43. [1]"Observen también ésto respecto a la intrepidez que deben tener en su presencia. Cada vez que venga una aparición, no se derrumben inmediatamente llenos de cobarde miedo, sino que, sea lo que sea, pregunten primero con corazón resuelto: '¿Quién eres tú y de dónde vienes?'. Si es una visión buena, los va a tranquilizar y a cambiar su miedo en alegría. [2]Sin embargo, si tiene que ver con el demonio, va a desvanecerse al instante viendo el decidido ánimo de ustedes, ya que la simple pregunta, '¿quién eres y de dónde vienes?', es señal de tranquilidad. [3]Así lo aprendió el hijo de Num (Jos 5, 13s.), y el enemigo no se libró de ser descubierto cuando Daniel lo interrogó" (Dn 13, 51-59).

VIRTUD MONASTICA

44. [1]Mientras Antonio discurría sobre estos asuntos con ellos, todos se regocijaban. Aumentaba en unos el amor a la virtud, en otros desaparecía la negligencia, y en otros la vanagloria era reprimida. Todos prestaban atención a sus consejos sobre los

ardides del enemigo, y se admiraban de la gracia dada a Antonio por el Señor para discernir los espíritus.

[2]Así sus solitarias celdas en las colinas eran como tiendas llenas de coros divinos, cantando salmos, estudiando, ayunando, orando, gozando con la esperanza de la vida futura, trabajando para dar limosnas y preservando el amor y la armonía entre sí. [3]Y en realidad, era como ver un país aparte, una tierra de piedad y justicia. No había ni malhechores ni víctimas del mal ni acusaciones del recaudador de impuestos (41), sino una multitud de ascetas, todos con un solo propósito: la virtud. [4]Así, al ver estas celdas solitarias y la admirable alineación de los monjes, no se podía menos de elevar la voz y decir: "¡Qué hermosas son tu tiendas, oh Jacob! ¡Tus habitaciones, oh Israel! Como arroyos están extendidas, como huertos junto al río, como tiendas plantadas por el Señor, como cedros junto a las aguas" (Núm. 24, 5).

45. [1]Antonio mismo volvió como de costumbre a su propia celda e intensificó sus prácticas ascéticas. Día tras día suspiraba en la meditación de las moradas celestiales (cp. Jn 14, 2), con todo anhelo por ellas, viendo la breve existencia del hombre. [2]Al pensamiento de la naturaleza espiritual del alma, se avergonzaba cuando debía aprestarse a comer o dormir o a ejecutar las otras necesidades corporales. [3]A menudo, cuando iba a compartir su alimento con muchos otros monjes, le sobrevenía el pensamiento del alimento espiritual y rogando que lo perdonaran, se alejaba de ellos, como si le diera vergüenza que otros lo vieran comiendo. [4]Comía, por supuesto, porque su cuerpo lo necesitaba, y frecuentemente lo hacía también con los hermanos, turbado a causa de ellos, pero hablándoles por la ayuda que sus palabras significaban para ellos. [5]Acostumbraba decir que se debería dar todo su tiempo al alma más bien que al cuerpo. Ciertamente, puesto que la necesidad lo exige, algo de tiempo tiene que darse al cuerpo, pero en general deberíamos dar nuestra primera atención al alma y buscar su progreso. Ella no debería ser arrastrada hacia abajo por los placeres del cuerpo, sino que el cuerpo debe ser puesto bajo sujeción del alma. [6]Esto, decía, es lo que el Salvador expresó: "No se preocupen por su vida, por lo que van a comer o a beber, ni estén inquietos ansiosamente; la gente del mundo busca todas esas cosas. Pero vuestro Padre sabe qué cosas necesitáis. Buscad primero el Reino y lo demás se os dará por añadidura" (Lc 12, 22.29-31; cp. tb. Mt 6, 31-33).

ANTONIO VA A ALEJANDRIA BAJO LA PERSECUCION DEL EMPERADOR MAXIMINO (311)

46. [1]Después de esto, la persecución de Maximino (42), que irrumpió en esa época, se abatió sobre la iglesia. Cuando los santos mártires fueron llevados a Alejandría, él también dejó su celda y los siguió, diciendo: "Vayamos también nosotros a tomar parte en el combate si somos llamados, o a ver a los combatientes". [2]Tenía gran deseo de sufrir el martirio, pero como no quería entregarse a sí mismo (43), servía a los confesores de la fe en las minas y en las prisiones. [3]Se afanaba en el tribunal, estimulando el celo de los mártires cuando los llamaban, y recibiéndolos y escoltándolos cuando iban a su martirio, quedando junto a ellos hasta que expiraban. Por eso el juez, viendo su intrepidez y la de sus compañeros y su celo en estas cosas, dio orden de que ningún monje apareciera en el tribunal o estuviera en la ciudad. [4]Todos los demás pensaron conveniente esconderse ese día, pero Antonio se preocupó tan poco de ello que lavó sus ropas y al día siguiente se colocó al frente de todos, en un lugar prominente, a vista y paciencia del prefecto (44). Mientras todos se admiraban y el prefecto mismo lo veía al acercarse con todos sus funcionarios, él estaba ahí de pie, sin miedo, mostrando el espíritu anhelante característico de nosotros los cristianos. Como lo expresé antes, oraba para que también él pudiera ser martirizado, y por eso se apenaba por no haberlo sido.

[5]Pero el Señor cuidaba de él para nuestro bien y para el bien de otros, a fin de que pudiera ser maestro de la vida ascética que él mismo había aprendido en celosos seguidores de su modo de vida. De nuevo, por eso, continuó con su costumbre de ir al servicio de los confesores de la fe y, como si estuviera encadenado junto con ellos (Hebr. 13, 3), se agotó en su afán por ellos.

EL DIARIO MARTIRIO DE LA VIDA MONACAL

47. [1]Cuando finalmente la persecución cesó y el obispo Pedro, de santa memoria, hubo sufrido el martirio, se fue y volvió a su celda solitaria, y ahí fue mártir cotidiano en su conciencia, luchando siempre las batallas de la fe (45). [2]Practicó una vida

ascética llena de celo y más intensa. Ayunaba continuamente, su vestidura era de pelo la interior y de cuero la exterior, y la conservó hasta el día de su muerte. [3]Nunca bañó su cuerpo para lavarse (46), ni tampoco lavó sus pies ni se permitió meterlos en el agua sin necesidad. Nadie vio cu cuerpo desnudo hasta que murió y fue sepultado.

48. [1]Vuelto a la soledad, determinó un período de tiempo durante el cual no saldría ni recibiría a nadie. Entonces un oficial militar, un cierto Martiniano, llegó a importunar a Antonio: tenía una hija a la que molestaba el demonio. [2]Como persistía ante él, golpeando a la puerta y rogando que saliera y orara a Dios por su hija, Antonio no quiso salir sino que, usando una mirilla, le dijo: "Hombre, ¿por qué haces todo ese ruido conmigo? Soy un hombre tal como tú. Si crees en Cristo a quien yo sirvo, ándate y como eres creyente, ora a Dios y se te concederá". El hombre se fue, creyendo e invocando a Cristo, y su hija fue librada del demonio. [3]Muchas otras cosas hizo también el Señor a través de él, según la palabra: "Pidan y se les dará" (Lc 11, 9). Muchísima gente que sufría, dormía simplemente fuera de su celda (47), ya que él no quería abrirles la puerta, y eran sanados por su fe y sincera oración.

HUIDA A LA MONTAÑA INTERIOR

49. [1]Cuando se vio acosado por muchos e impedido de retirarse como eran su propósito y su deseo, e inquieto por lo que el Señor estaba obrando a través de él, pues podía transformarse en presunción, o alguien podía estimarlo más de lo que convenía, reflexionó y se fue hacia la Alta Tebaida, a un pueblo en el que era desconocido. [2]Recibió pan de los hermanos y se sentó a la orilla del río, esperando ver un barco que pasara en el que pudiera embarcarse y partir. Mientras estaba así aguardando, se oyó una voz desde arriba: "Antonio, ¿adónde vas y por qué?

[3]No se desorientó sino que, habiendo escuchado a menudo tales llamadas, contestó: "Ya que las multitudes no me permiten estar solo, quiero irme a la Alta Tebaida, porque son muchas las molestias a las que estoy sujeto aquí, y sobre todo porque me piden cosas más allá de mi poder". [4]"Si subes a la Tebaida", dijo

la voz, "o si, como también pensaste, bajas a la Bucolia (48), tendrás más, sí, el doble más de molestias que soportar. Pero si realmente quieres estar contigo mismo, entonces vete al desierto interior".

[5]"Pero", dijo Antonio, "¿Qién me mostrará el camino? Yo no lo conozco". De repente le llamaron la atención unos sarracenos que estaban por tomar aquella ruta. Acercándose, Antonio les pidió poder ir con ellos al desierto. Ellos le dieron la bienvenida como por orden de la Providencia. [6]Y viajó con ellos tres días y tres noches y llegó a una montaña muy alta. Al pie de la montaña había agua, clara como el cristal, dulce y muy fresca. Extendiéndose desde allí había una llanura y unos cuantos datileros.

50. [1]Antonio, como inspirado por Dios, quedó encantado con el lugar (49), porque esto fue lo que quiso decir Quien habló con él a la orilla del Río. [2]Comenzó por conseguir algunos panes de sus compañeros de viaje y se quedó solo en la montaña, sin ninguna compañía. En adelante miró este lugar como si hubiera encontrado su propio hogar. [3]En cuanto a los sarracenos, notando el entusiasmo de Antonio, hicieron del lugar un punto en sus travesías, y estaban contentos de llevarle pan. También los datileros le daban un pequeño y frugal cambio de dieta. [4] Más tarde, los hermanos enterándose del lugar, como hijos preocupados por su padre, se las ingeniaron para enviarle pan. [5]Antonio, sin embargo, viendo que el pan les causaba molestias porque tenían que aumentar el trabajo que ya soportaban, y queriendo mostrar consideración a los monjes también en esto, reflexionó sobre el asunto y pidió a algunos de sus visitantes que le trajeran un azadón y un hacha y algo de grano.

[6]Cuando se lo trajeron, se fue al terreno cerca de la montaña, y encontrando un pedazo adecuado, con abundante provisión de agua de la vertiente, lo cultivó y sembró. Así lo hizo cada año y le suministraba su pan. Estaba feliz de que con eso no tenía que molestar a nadie, y en todo trataba de no ser carga para otros (50). [7]Pero más tarde, viendo que de nuevo llegaba gente a verlo, comenzó a cultivar también algunas hortalizas, a fin de que sus visitantes tuvieran algo más para restaurar sus fuerzas después de viaje tan cansado y pesado.

[8]Al comienzo, los animales del desierto que venían a beber agua le dañaban los sembrados de su huerta. Entonces atrapó a

uno de los animales, lo retuvo suavemente y les dijo a todos: "¿Por qué me hacen perjuicio si yo no os hago nada a ninguno de vosotros? ¡Idos, y en el nombre del Señor no se acerquen otra vez a estas cosas!". Y desde entonces, como atemorizados por sus órdenes, no se acercaron al lugar.

DE NUEVO LOS DEMONIOS

51. [1]Así estuvo solo en la Montaña Interior, dando su tiempo a la oración y a la práctica de la vida ascética. Pero los hermanos que fueron en su busca, le rogaron que les permitiera llegar cada mes y llevarle aceitunas, legumbres y aceite, puesto que ahora era ya anciano.

[2]De sus visitantes hemos sabido cuántos combates tuvo que soportar mientras vivió ahí, "no contra carne y sangre", como está escrito (Ef 6, 12), sino en lucha con los demonios. Pues también allí oyeron tumultos y muchas voces y clamor como de almas. De noche vieron la montaña llenarse de vida con bestias salvajes. Lo vieron también peleando como con enemigos visibles, y orando contra ellos. [3]A uno que lo visitó, le habló palabras de aliento mientras él mismo se mantenía firme en la contienda, de rodillas y orando al Señor. Era realmente notable que, solo como estaba en ese despoblado, nunca desmayase ante los ataques de los demonios, ni tampoco, con todos los animales y reptiles que había, tuviese miedo de su ferocidad. [4]Como está en la Escritura, él realmente "confiaba en el Señor como el monte Sión" (Ps 124, 1), con ánimo inquebrantable e intrépido. Así los demonios más bien huían de él, y los animales salvajes hicieron la paz con él, como está escrito (Job 5, 23).

52 [1]El malo puso estrecha guardia sobre Antonio y rechinó sus dientes contra él, como lo dice David en el salmo (Ps 34, 16), pero Antonio fue animado por el Salvador, quedando sin ser dañado por esa villanía y sutil estrategia. [2]Le envió bestias salvajes mientras estaba en sus vigilias nocturnas, y en plena noche todas las hienas del desierto salieron de sus guaridas y lo rodearon. Teniéndolo en medio, abrían sus fauces y amenazaban morderlo. [3]Pero él, conociendo bien las mañas del enemigo, les dijo: "Si han recibido poder para hacer esto contra mí, estoy dispuesto

a ser devorado; pero si han sido enviadas por los demonios, váyanse inmediatamente porque soy servidor de Cristo". En cuanto Antonio dijo esto, huyeron como azotadas por el látigo de esa palabra.

53. [1]Pocos días después, mientras estaba trabajando —porque el trabajo siempre formaba parte de su propósito—, alguien llegó a la puerta y tiró la cuerda con la que trabajaba (estaba haciendo canastos, que daba a sus visitantes en cambio por lo que le traían). [2]Se levantó y vio a un monstruo que parecía hombre hasta los muslos, pero con piernas y pies de asno. Antonio hizo simplemente la señal de la cruz y dijo: "Soy servidor de Cristo. Si has sido enviado contra mí, aquí estoy". Pero el monstruo con sus demonios huyó tan rápido, que su misma rapidez le hizo caer y murió. [3]La muerte del monstruo vino a significar el fracaso de los demonios: hicieron cuanto pudieron porque se fuera del desierto y no pudieron (51).

ANTONIO VISITA A LOS HERMANOS A LO LARGO DEL NILO

54. [1]Una vez los monjes le pidieron que regresara donde ellos y pasara algún tiempo visitándolos a ellos y sus establecimientos. Hizo el viaje con los monjes que vinieron a su encuentro. [2]Un camello iba cargado con pan y agua, ya que en todo ese desierto no hay agua, y la única agua potable estaba en la montaña de donde habían salido y en donde estaba su celda. [3]Yendo de camino, se acabó el agua, y estaban todos en peligro cuando el calor era más intenso. Anduvieron buscando (52) y volvieron sin encontrar agua. Ahora estaban demasiado débiles para poder caminar siquiera. Se echaron al suelo y dejaron que el camello se fuera, entregándose a la desesperación.

[4]Entonces el anciano, viendo el peligro en que todos estaban, se llenó de aflicción. Suspirando profundamente, se apartó un poco de ellos. Entonces se arrodilló, extendió sus manos y oró. Y de repente el Señor hizo brotar una fuente donde estaba orando, de modo que todos pudieron beber y refrescarse. Llenaron sus odres y se pusieron a buscar el camello hasta que lo encontraron; sucedió que el cordel se había enredado en una piedra y

había quedado sujeto. Lo llevaron a abrevar y, cargándolo con los odres, concluyeron su viaje sin más deterioro ni accidentes.

[5]Cuando llegó a las celdas exteriores, todos le dieron una cordial bienvenida, mirándolo como a un padre (53). El, por su parte, como trayéndoles provisiones de su montaña, los entretenía con sus narraciones y les comunicaba su experiencia práctica. [6]Y de nuevo hubo alegría en las montañas y anhelos de progreso, y el consuelo que viene de una fe común (cp. Rm 1, 12). [7]También se alegró al contemplar el celo de los monjes y al ver a su hermana que había envejecido en su vida de virginidad, siendo ella misma guía espiritual de otras vírgenes.

LOS HERMANOS VISITAN A ANTONIO

55. [1]Después de algunos días volvió a su montaña. Desde entonces muchos fueron a visitarlo, entre ellos muchos llenos de aflicción, que arriesgaban el viaje hasta él. [2]Para todos los monjes que llegaban donde él, tenía siempre el mismo consejo: poner su confianza en el Señor y amarlo, guardarse a sí mismo de los malos pensamientos y de los placeres de la carne, y no ser seducidos por un estómago lleno, como está escrito en los Proverbios (Prov 24, 15). [3]Debía huir de la vanagloria y orar continuamente; cantar salmos antes y después del sueño; guardar en el corazón los mandamientos impuestos en las Escrituras y recordar los hechos de los santos, de modo que el alma, al recordar los mandamientos, pueda inflamarse ante el ejemplo de su celo. [4]Les aconsejaba sobre todo recordar siempre la palabra del apóstol: "Que el sol no se ponga sobre su ira" (Ef 4, 26), y a considerar estas palabras como dichas de todos los mandamientos: el sol no debe ponerse no sólo sobre nuestra ira sino sobre ningún otro pecado.

[5]"Es enteramente necesario que el sol no nos condene por ningún pecado de día, ni la luna por ninguna falta o incluso pensamiento nocturno. Para asegurarnos de esto, es bueno escuchar y guardar lo que dice el apóstol: 'júzguense y pruébense cada uno a sí mismo' (2 Cor 13, 5). [6]Por eso, cada uno debe hacer diariamente un examen de lo que ha hecho de día y de noche; si ha pecado, deje de pecar; si no ha pecado, no se jacte de ello. Persevere más bien en la práctica de lo bueno y no deje de estar en guardia. [7]No

juzgue a su prójimo ni se declare justo él mismo, como dice el santo apóstol Pablo, 'hasta que venga el Señor y saque a luz lo que está escondido' (1 Cor 4, 5; Rm 2, 16), [8]A menudo no tenemos conciencia de lo que hacemos; nosotros no lo sabemos, pero el Señor conoce todo. Por eso, dejándole el juicio a El, compadezcámonos mutuamente y 'llevemos los unos las cargas de los otros' (Gl 6,2). Juzguémonos a nosotros mismos y, si vemos que hemos disminuido, esforcémonos con toda seriedad para reparar nuestra deficiencia. [9]Que esta observación sea nuestra salvaguardia contra el pecado: anotemos nuestras acciones e impulsos del alma como si tuviéramos que dar un informe a otro; pueden estar seguros que de pura vergüenza de que esto se sepa, dejaremos de pecar y de seguir teniendo pensamientos pecaminosos. [10]¿A quién le gusta que lo vean pecando? ¿Quién, habiendo pecado, no preferiría mentir, esperando escapar así a que lo descubran? Tal como no quisiéramos abandonarnos al placer a vista de otros, así también si tuviéramos que escribir nuestros pensamientos para decírselos a otro, nos guardaríamos mucho de los malos pensamientos, de vergüenza de que alguien los supiera. [11]Que ese informe escrito sea, pues, como los ojos de nuestros hermanos ascetas, de modo que al avergonzarnos al escribir como si nos estuvieran viendo, jamás nos demos al mal. Moldeándonos de esta manera seremos capaces de 'llevar a nuestro cuerpo a obedecernos' (1 Cor 9, 27), para agradar al Señor y pisotear las maquinaciones del enemigo".

MILAGROS EN EL DESIERTO

56. [1]Estos eran los consejos a sus visitantes. Con los que sufrían se unía en simpatía y oración, y a menudo y en muchos y variados casos, el Señor escuchó su oración. Pero nunca se jactó cuando fue escuchado, ni se quejó cuando no lo fue. [2]Siempre dio gracias al Señor, y animaba a los sufrientes a tener paciencia y a darse cuenta de que la curación no era prerrogativa suya ni de nadie, sino sólo de Dios, que la obra cuando quiere y a quienes El quiere. [3]Los que sufrían se satisfacían con recibir las palabras del anciano como curación, pues aprendían a tener paciencia y a soportar el sufrimiento. Y los que eran sanados, aprendían a dar gracias no a Antonio sino sólo a Dios.

57. [1]Había, por ejemplo, un hombre llamado Frontón, oriundo de Palatium (54). Tenía una horrible enfermedad: se mordía continuamente la lengua y su vista se le iba acortando. Llegó hasta la montaña y le pidió a Antonio que rogara por él. Oró y luego le dijo a Frontón: "Vete, vas a ser sanado". [2]Pero él insistió y se quedó durante días, mientras Antonio seguía diciéndole: "No te vas a sanar mientras te quedes aquí. Vete, y cuando llegues a Egipto verás en ti el milagro". [3]El hombre se convenció por fin y se fue, y al llegar a la vista de Egipto desapareció su enfermedad. Sanó según las instrucciones que Antonio había recibido del Señor mientras oraba.

58. [1]Una niña de Busiris en Trípoli padecía de una enfermedad terrible y repugnante: una supuración de sus ojos, nariz y oídos se transformaba en gusanos cuando caía al suelo. Además su cuerpo estaba paralizado y sus ojos eran defectuosos. Sus padres supieron de Antonio por algunos monjes que iban a verlo, y teniendo fe en el Señor que sanó a la mujer que padecía hemorragia (Mt 9, 20), les pidieron que pudieran ir con su hija. [2]Ellos consintieron. Los padres y la niña quedaron al pie de la montaña con Pafnucio (55), el confesor y monje. Los demás subieron, y cuando se disponían a hablarle de la niña, él se les adelantó y les habló todo sobre los sufrimientos de la niña y de cómo había hecho el viaje con ellos. [3]Entonces, cuando le preguntaron si esa gente podía subir, no se lo permitió sino que dijo: "Vayan y, si no ha muerto, la encontrarán sana. No es ciertamente ningún mérito mío que ella haya querido venir donde un infeliz como yo; no, en verdad; su curación es obra del Salvador que muestra su misericordia en todo lugar a los que lo invocan. En este caso el Señor ha escuchado su oración, y Su amor por los hombres me ha revelado que curará la enfermedad de la niña donde ella está". [4]En todo caso el milagro se realizó: cuando bajaron, encontraron a los padres felices y a la niña en perfecta salud.

59. [1]Sucedió también que cuando dos de los hermanos estaban en viaje hacia él, se les acabó el agua durante el viaje; uno murió y el otro estaba a punto de morir. Ya no tenía fuerzas para andar, sino que yacía en el suelo esperando también la muerte. [2]Antonio, sentado en la montaña, llamó a dos monjes que casualmente estaban allí, y los apremió a apresurarse: "Tomen un jarro de agua y corran abajo por el camino a Egipto; venían dos, uno

acaba de morir y el otro también morirá a menos que ustedes se apuren. Recién me fue revelado esto en la oración". [3]Los monjes se fueron y hallaron a uno muerto y lo enterraron. Al otro lo hicieron revivir con agua y lo llevaron hasta el anciano. La distancia era de un día de viaje. [4]Ahora, si alguien pregunta por qué no habló antes de que muriera el otro, su pregunta es injustificada. El decreto de muerte no pasó por Antonio sino por Dios, que la determinó para uno, mientras revelaba la condición del otro. En cuanto a Antonio, lo único admirable es que, mientras estaba en la montaña con su corazón tranquilo, el Señor le mostró cosas remotas.

60. [1]En otra ocasión en que estaba sentado en la montaña y mirando hacia arriba, vio en el aire a alguien llevado hacia lo alto entre gran regocijo de otros que le salían al encuentro. [2]Admirándose de tan gran multitud y pensando qué felices eran, oró para saber qué podía ser eso. De repente una voz se dirigió a él diciéndole que era el alma del monje Ammón de Nitria (56), que vivió la vida ascética hasta edad avanzada. [3]Ahora bien, la distancia desde Nitria a la montaña donde estaba Antonio, era de trece días de viaje. los que estaban con Antonio, viendo al anciano tan extasiado, le preguntaron qué significaba y él les contó que Ammón acababa de morir.

[4]Este era bien conocido, pues venía ahí a menudo y muchos milagros fueron obrados por su intermedio. El que sigue es un ejemplo: Una vez tenía que atravesar el llamado río Lycus en la estación de las crecidas; le pidió a Teodoro que se le adelantara para que no se vieran desnudos uno a otro mientras cruzaban el río a nado. Entonces cuando Teodoro se fue, él se sentía todavía avergonzado por tener que verse desnudo él mismo. [5]Mientras estaba así desconcertado y reflexionando, fue de repente transportado a la otra orilla. Teodoro, también un hombre piadoso, salió del agua, y al ver que el otro había llegado antes que él y sin haberse mojado, le preguntó cómo había cruzado. [6]Cuando vio que no lo quería contar, se aferró a sus pies, insitiendo en que no lo iba a soltar hasta que se lo dijera. Notando la determinación de Teodoro, especialmente después de lo que le dijo, él insistió a su vez para que no se lo dijera a nadie hasta su muerte, y así le reveló que fue llevado y depositado en la orilla; que no había caminado sobre el agua, ya que esto sólo es posible al Señor y a quienes El se lo permite, como lo hizo en el caso del gran apóstol Pedro (Mt 14, 29). Teodoro relató esto después de la muerte de Ammón.

[7]Los monjes a los que Antonio habló sobre la muerte de Ammón, se anotaron el día, y cuando, un mes después, los hermanos volvieron desde Nitria, preguntaron y supieron que Ammón se había dormido el mismo día y hora en que Antonio vio su alma llevada hacia lo alto. [8]Y tanto ellos como los otros quedaron asombrados ante la pureza del alma de Antonio, que podía saber de inmediato lo que había pasado trece días antes, y que era capaz de ver el alma llevada hacia lo alto.

61. [1]En otra ocasión, el conde Arquelao (57) lo encontró en la Montaña Exterior y le pidió solamente que rezara por Policracia (58), la admirable virgen de Laodicea, portadora de Cristo (59). Sufría mucho del estómago y del costado a causa de su excesiva austeridad, y su cuerpo estaba reducido a gran debilidad. [2]Antonio oró y el conde anotó el día en que hizo oración. Cuando volvió a Laodicea, encontró sana a la virgen. Preguntando cuándo se había visto libre de su debilidad, sacó el papel donde había anotado la hora de la oración. [3]Cuando le contestaron, inmediatamente mostró su anotación en el papel, y todos se asombraron al reconocer que el Señor la había sanado de su dolencia en el mismo momento en que Antonio estaba orando e invocando la bondad del Salvador en su ayuda.

62. [1]En cuanto a sus visitantes, con frecuencia predecía su venida, días y a veces un mes antes, indicando la razón de su visita. Algunos venían sólo a verlo, otros a causa de enfermedades, y otros, atormentados por los demonios. [2]Y nadie consideraba el viaje demasiado molesto o que fuera tiempo perdido; cada uno volvía sintiendo que había recibido ayuda. [3]Aunque Antonio tenía estos poderes de palabra y visión, sin embargo suplicaba que nadie lo admiraba por esta razón, sino admirara más bien al Señor, porque El nos escucha a nosotros, que somos sólo hombres, a fin de conocerlo lo mejo que podamos.

63. [1]En otra ocasión había bajado de nuevo para visitar las celdas exteriores. Cuando fue invitado a subir a un barco y orar con los monjes, sólo él percibió un olor horrible y sumamente penetrante. La tripulación dijo que había pescado y alimento salado a bordo y que el olor venía de eso, pero él insistió en que el olor era diferente. [2]Mientras estaba hablando, un joven que tenía un demonio y había subido a bordo poco antes como polizón, de repente soltó un chillido. [3]Reprendido en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, el

demonio se fue y el hombre volvió a la normalidad; todos entonces se dieron cuenta de que el hedor venía del demonio.

64. [1]Otra vez un hombre de rango fue donde él, poseído por un demonio. En este caso el demonio era tan terrible que el poseso no estaba consciente de que iba hacia Antonio. Incluso llegaba a devorar sus propios excrementos. El hombre que lo llevó donde Antonio le rogó que orara por él. [2]Sintiendo compasión por el joven, Antonio oró y pasó con él toda la noche. Hacia el amanecer el joven de repente se lanzó sobre Antonio y le dio un empujón. Sus compañeros se enojaron ante eso, pero Antonio dijo: "No se enojen con el joven, porque no es él el responsable sino el demonio que está en él. Al ser increpado y mandado irse a lugares desiertos (Lc 11,24), se volvió furioso e hizo esto. Den gracias al Señor, porque el atacarme de este modo es una señal de la partida del demonio". [3]Y en cuanto Antonio dijo esto, el joven volvió a la normalidad. Vuelto en sí, se dio cuenta dónde estaba, abrazó al anciano y dio gracias a Dios.

VISIONES

65. [1]Son numerosas las historias, por lo demás todas concordes, que los monjes han transmitido sobre muchas otras cosas semejantes que él obró. Y ellas, sin embargo, no parecen tan maravillosas como otras aún más maravillosas. [2]Una vez, por ejemplo, a la hora de nona (60), cuando se puso de pie para orar antes de comer, se sintió transportado en espíritu y, extraño es decirlo, se vio a sí mismo como si se hallara fuera de sí mismo y como si otros seres lo llevaran en los aires. [3]Entonces vio también otros seres terribles y abominables en el aire, que le impedían el paso. Como sus guías ofrecieron resistencia, los otros preguntaron con qué pretexto quería evadir su responsabilidad ante ellos. [4]Y cuando comenzaron ellos mismos a tomarle cuentas desde su nacimiento, intervinieron los guías de Antonio: "Todo lo que date desde su nacimiento, el Señor lo borró; pueden pedirle cuentas desde cuando comenzó a ser monje y se consagró a Dios" (61). [5]Entonces comenzaron a presentar acusaciones falsas y como no pudieron probarlas, tuvieron que dejarle libre el paso. Inmediata-

mente se vio a sí mismo acercándose —a lo menos, así le pareció— y juntándose consigo mismo, y así volvióAntonio de nuevo a la realidad (62).

[6]Entonces, olvidándose de comer, pasó todo el resto del día y toda la noche suspirando y orando. Estaba asombrado de ver contra cuántos enemigos debemos luchar y qué trabajos tiene uno para poder abrirse paso por los aires. Recordó que esto es lo que dice el apóstol: "de acuerdo al príncipe de las potencias del aire" (Ef 2, 2). [7]Ahí está precisamente el poder del enemigo, que pelea y trata de detener a los que intentan pasar. Por eso el mismo apóstol da también su especial advertencia: "Tomen la armadura de Dios que los haga capaces de resistir en el día malo" (Ef. 6, 13), y "no teniendo nada malo que decir de nosotros el enemigo, pueda ser dejado en vergüenza" (Tito 2, 8). [8]Y los que hemos aprendido esto, recordemos lo que el mismo apóstol dice: "No sé si fue llevado con cuerpo o sin él, Dios lo sabe" (2 Cor 12, 2). Pero Pablo fue llevado al tercer cielo y escuchó "palabras inefables" (2 Cor 12, 2.4), y volvió, mientras que Antonio se vio a sí mismo entrando a los aires y luchando hasta que quedó libre.

66. [1]En otra ocasión tuvo este favor de Dios. Cuando, solo en la montaña y reflexionando, no podía encontrar alguna solución, la Providencia se la revelaba en respuesta a su oración; el santo varón era, con palabras de la Escritura, "enseñado por Dios" (cp. Is 54, 13; Jn 6, 45; 1 Tes 4, 9). [2]Así favorecido, tuvo una vez una discusión con algunos visitantes sobre la vida del alma y qué lugar tendría después de esta vida. [3]A la noche siguiente le llegó un llamado desde lo alto: "¡Antonio, sal fuera y mira!". El salió, pues distinguía los llamados que debía escuchar, y mirando hacia lo alto vio una enorme figura, espantosa y repugnante, de pie, que alcanzaba las nubes; y además vio a ciertos seres que subían como con alas. [4]La primera figura extendía sus manos, y algunos de los seres eran detenidos por ella, mientras otros volaban sobre ella y, habiéndola sobrepasado, seguían ascendiendo sin mayor molestia. Contra ellos el monstruo hacía rechinar sus dientes, pero se alegraba por los otros que habían caído. [5]En ese momento una voz se dirigió a Antonio: "¡Comprende la visión!" (cp. Dn 9, 23). Se abrió su entendimiento (cp. Lc 24, 45) y se dio cuenta de que eso era el paso de las almas (63) y de que el monstruo que allí estaba era el enemigo, el envidioso de los creyentes.

[6]Sujetaba a los que le correspondían y no los dejaba pasar, pero a los que no había podido dominar, tenía que dejarlos pasar fuera de su alcance (64).

[7]Habiendo visto esto y tomándolo como advertencia, luchó aún más para adelantar cada día hacia lo que le esperaba.

[8]No tenía ninguna inclinación a hablar acerca de estas cosas a la gente. Pero cuando había pasado largo tiempo en oración y estado absorto en toda esa maravilla, y sus compañeros insistían y lo importunaban para que hablara, estaba forzado a hacerlo. Como padre no podía guardar un secreto ante sus hijos. [9]Sentía que su propia conciencia era limpia y que contarles esto podría servirles de ayuda. [10]Conocerían el buen fruto de la vida ascética, y que a menudo las visiones son concedidas como compensación por las privaciones.

DEVOCION DE ANTONIO A LOS MINISTROS DE LA IGLESIA. ECUANIMIDAD DE SU CARACTER

67. [1]Era paciente por disposición y humilde de corazón. Siendo hombre de tanta fama, mostraba, sin embargo, el más profundo respeto a los ministros de la Iglesia, y exigía que a todo clérigo se le diera más honor que a él (65). [2]No se avergonzaba de inclinar su cabeza ante obispos y sacerdotes. Incluso si algún diácono llegaba donde él a pedirle ayuda, conversaba con él lo que le fuera provechoso, pero cuando llegaba la oración le pedía que presidiera, no teniendo vergüenza de aprender. [3]De hecho, a menudo planteó cuestiones inquiriendo los puntos de vista de sus compañeros, y si sacaba provecho de lo que otro decía, se lo agradecía.

[4]Su rostro tenía un encanto grande e indescriptible. Y el Salvador le había dado este don por añadidura: si se hallaba presente en una reunión de monjes y alguno a quien no conocía deseaba verlo, ese tal en cuanto llegaba pasaba por alto a los demás, como atraído por sus ojos. [5]No eran ni su estatura ni su figura las que lo hacían destacar sobre los demás, sino su carácter sosegado y la pureza de su alma. [6]Ella era imperturbable y así su apariencia externa era tranquila (66). [7]El gozo de su alma se trasparentaba en la alegría de su rostro, y por la forma de expresión de su cuerpo se sabía y conocía la estabilidad de su alma, como lo dice la Escri-

tura: "Un corazón contento alegra el rostro, uno triste deprime el espíritu" (Prov. 15, 13). También Jacob observó que Labán estaba tramando algo contra él y dijo a sus mujeres: "Veo que vuestro padre no me mira con buenos ojos" (Gn 31, 5). También Samuel reconoció a David porque tenía ojos que irradiaban alegría y dientes blancos como la leche (cp. 1 Sam 16, 12; cp. tb. Gn 49, 12). [8]Así también era reconocido Antonio: nunca estaba agitado, pues su alma estaba en paz; nunca estaba triste, porque había alegría en su alma.

POR LEALTAD A LA FE, ANTONIO INTERVIENE EN LA LUCHA ANTIARRIANA

68. [1]En asuntos de fe, su devoción era sumamente admirable. Por ejemplo, nunca tuvo nada que hacer con los cismáticos melecianos, sabedor desde el comienzo de su maldad y apostasía (67). [2]Tampoco tuvo ningún trato amistoso con los maniqueos (68) ni con otros herejes, a excepción únicamente de las amonestaciones que les hacía para que volvieran a la verdadera fe. Pensaba y enseñaba que amistad y asociación con ellos perjudicaban y arruinaban el alma. [3]También detestaba la herejía de los arrianos (69), y exhortaba a todos a no acercárseles ni a compartir su perversa creencia. [4]Una vez, cuando algunos de esos impíos arrianos llegaron donde él, los interrogó detalladamente; y al darse cuenta de su impía fe, los echó de la montaña, diciendo que sus palabras eran peores que veneno de serpientes.

69. [1]Cuando en una ocasión los arrianos esparcieron la mentira de que compartía sus mismas opiniones, demostró que estaba enojado e irritado contra ellos. [2]Respondiendo al llamado de los obispos y de todos los hermanos (70), bajó de la montaña y entrando en Alejandría denunció a los arrianos. [3]Decía que su herejía era la peor de todas y precursora del anticristo. Enseñaba al pueblo que el Hijo de Dios no es una criatura ni vino al ser "de la existencia", sino que "El es la eterna Palabra y Sabiduría de la Substancia del Padre. Por eso es impío decir: 'hubo un tiempo en que no existía', pues la Palabra fue siempre coexistente con el Padre. Por eso, no se metan para nada con estos arrianos sumamente impíos; simplemente 'no hay comunidad entre la luz y las

tinieblas' (2 Cor 6, 14). [4]Vosotros debéis recordar que sois cristianos temerosos de Dios, pero ellos, al decir que el Hijo y Palabra de Dios Padre es una creatura, no se diferencian de los paganos, que adoran la creatura en lugar de Dios Creador' (Rm 1, 25). [5]Y estén seguros de que toda la creación está irritada contra ellos, porque cuentan entre las cosas creadas al Creador y Señor de todo, por quien todas las cosas fueron creadas" (cp. Col 1, 16).

70. [1]Todo el pueblo se alegraba al escuchar a semejante hombre anatematizar la herejía que luchaba contra Cristo (71). Toda la ciudad corría para ver a Antonio. [2]También los paganos e incluso sus mal llamados sacerdotes, iban a la iglesia diciéndose: "Vamos a ver al varón de Dios" (72), pues así lo llamaban todos. [3]Además, también allí el Señor obró por su intermedio expulsiones de demonios y curaciones de enfermedades mentales. [4]Muchos paganos querían también tocar al anciano, confiando en que serían auxiliados, y en verdad hubo tantas conversiones en esos pocos días como no se las había visto en todo un año. [5]Algunos pensaron que la multitud lo molestaba y por eso trataron de alejar a todos de él, pero él, sin incomodarse, dijo: "Toda esta gente no es más numerosa que los demonios contra los que tenemos que luchar en la montaña".

71. [1]Cuando se iba y lo estábamos despidiendo, al llegar a la puerta una mujer detrás de nosotros gritaba: "¡Espera, varón de Dios, mi hija está siendo atormentada terriblemente por un demonio! ¡Espera, por favor, o me voy a morir corriendo!". [2]El anciano la escuchó, le rogamos que se detuviera y él accedió con gusto. Cuando la mujer se acercó, su hija era arrojada al suelo. [3]Antonio oró e invocó sobre ella el nombre de Cristo; la muchacha se levantó sana y el espíritu impuro la dejó. La madre alabó a Dios y todos dieron gracias. Y él también contento partió a la Montaña, a su propio hogar.

LA VERDADERA SABIDURIA

72. [1]Tenía también un grado muy alto de sabiduría práctica. Lo admirable era que, aunque no tuvo educación formal (73),

poseía sin embargo ingenio y comprensión despiertos. [2]Un ejemplo: una vez llegaron donde él dos filósofos griegos, pensando que podían divertirse con Antonio. Cuando él, que por ese entonces vivía en la Montaña Exterior, catalogó a los hombres por su apariencia, salió donde ellos y les dijo por medio de un intérprete: "¿Por qué, filósofos, se dieron tanta molestia en venir donde un hombre loco?". [3]Cuando ellos le contestaron que no era loco sino muy sabio, él le dijo: "Si ustedes vinieron donde un loco, su molestia no tiene sentido; pero si piensan que soy sabio, entonces háganse lo que yo soy, porque hay que imitar lo bueno. En verdad, si yo hubiera ido donde ustedes, los habría imitado; a la inversa, ahora que ustedes vinieron donde mí, conviértanse en lo que soy; yo soy cristiano". [4]Ellos se fueron, admirados de él; vieron que hasta los demonios temían a Antonio.

73. [1]También otros de la misma clase fueron a su encuentro en la Montaña Exterior y pensaron que podían burlarse de él porque no tenían educación. Antonio les dijo: "Bien, qué dicen ustedes: ¿qué es primero, el sentido o la letra? ¿Y cuál es el origen de cuál?: ¿el sentido de la letra o la letra del sentido?". [2]Cuando ellos expresaron que el sentido es primero y origen de la letra, Antonio dijo: "Por eso, quien tiene una mente sana no necesita las letras" (74). [3]Esto asombró a ellos y a los circunstantes. Se fueron admirados de ver tal sabiduría en un hombre iletrado. Porque no tenía las maneras groseras de quien ha vivido y envejecido en la montaña, sino que era hombre de gracia y cortesía. Su hablar estaba sazonado con la sabiduría divina (cp. Col 4, 6), de modo que nadie le tenía mala voluntad, sino que todos se alegraban de haber ido en su busca.

74. [1]Y por cierto, después de éstos vinieron otros todavía. Eran de aquellos que entre los paganos tienen reputación de sabios. Le pidieron que planteara una controversia sobre nuestra fe en Cristo. [2]Cuando trataban de argüir con sofismas a partir de la predicación de la divina Cruz con el fin de burlarse, Antonio guardó silencio por un momento y, compadeciéndose primero de su ignorancia, dijo luego a través de un intérprete que hacía una excelente traducción de sus palabras: [3]"Qué és mejor: confesar la Cruz o atribuir adulterios y pederastias a sus mal llamados dioses? Pues mantener lo que mantenemos es signo de espíritu viril y

denota desprecio de la muerte, mientras que lo que ustedes pretenden habla sólo de sus pasiones desenfrenadas. [4]Otra vez, qué es mejor: ¿decir que la Palabra de Dios inmutable quedó la misma al tomar cuerpo humano para la salvación y bien de la humanidad, de modo que al compartir el nacimiento humano pudo hacer a los hombre partícipes de la naturaleza divina y espiritual (cp. 2 Pe 1, 4), o colocar lo divino en un mismo nivel que los seres insensibles y adorar por eso a bestias y reptiles e imágenes de hombres? Precisamente esos son los objetos adorados por sus hombres sabios. [5]¿Con qué derecho vienen a rebajarnos porque afirmamos que Cristo apareció como hombre, siendo que ustedes hacen provenir el alma del cielo, diciendo que se extravió y cayó desde la bóveda del cielo al cuerpo? ¡Y ojalá que fuera sólo el cuerpo humano, y no que se cambiara y migrara en el de bestias y serpientes! (75). [6]Nuestra fe declara que Cristo vino para la salvación de las almas, pero ustedes erróneamente teorizan acerca de un Alma increada (76). [7]Creemos en el poder de la Providencia y en su amor por los hombres y en que esa venida por tanto no era imposible para Dios; pero ustedes, llamando al alma imagen de la Inteligencia (77), le imputan caídas y fabrican mitos sobre su posibilidad de cambios (78). Como consecuencia, hacen a la Inteligencia misma mutable a causa del alma. Porque en cuanto era imagen debe ser aquello cuya imagen es. Pero si ustedes piensan semejantes cosas acerca de la Inteligencia, recuerden que blasfeman del Padre de la Inteligencia (79).

75. [1]"Y referente a la Cruz, qué dicen ustedes que es mejor: ¿soportar la cruz, cuando hombres malvados echan mano de la traición, y no vacilar ante la muerte de ninguna manera o forma, o fabricar fábulas sobre las andanzas de Isis y Osiris (80), las conspiraciones de Tifón, la expulsión de Cronos (81), con sus hijos devorados y sus parricidios? (82). Sí, ¡aquí tenemos su sabiduría!

[2]"¿Y por qué mientras se ríen de la Cruz, no se maravillan de la Resurrección? Porque los mismos que nos transmitieron un suceso, escribieron también sobre el otro. [3]¿O por qué mientras se acuerdan de la Cruz, no tienen nada que decir sobre los muertos devueltos a la vida, los ciegos que recuperaron la vista, los paralíticos que fueron sanados y los leprosos que fueron limpiados, el caminar sobre el mar, y los demáas signos y milagros que muestran a Cristo no como hombre sino como Dios? [4]En todo caso, me parece que ustedes se engañan a sí mismos y que no tie-

nen ninguna familiaridad real con nuestras Escrituras. Pero léanlas y vean que cuanto Cristo hizo prueba que era Dios, que habitaba con nosotros para la salvación de los hombres.

76. [1]"Pero hablénnos también ustedes sobre sus propias enseñanzas. Aunque, ¿qué pueden decir acerca de las cosas insensibles sino insensateces y barbaridades? Pero si, como oigo, quieren decir que entre ustedes tales cosas se hablan en sentido figurado (83), y así convierten el rapto de Coré en alegoría de la tierra; la cojera de Hefestos, del sol; a Hera, del aire; a Apolo, del sol; a Artemisa, de la luna, y a Poseidón, del mar: aún así no adoran ustedes a Dios mismo, sino que sirven a la creatura en lugar del Dios que creó todo. [2]Pues si ustedes han compuesto tales historias porque la creación es hermosa, no debían haber ido más allá de admirarla, y no hacer dioses de las creaturas para no dar a las cosas hechas el honor del Hacedor (84). [3]En ese caso, ya sería tiempo de que dieran el honor debido al arquitecto, a la casa construida por él, o el honor debido al general, a los soldados. Ahora, ¿qué tienen que decir a todo esto? Así sabremos si la Cruz tiene algo que sirva para burlarse de ella".

77. [1]Ellos estaban desconcertados y le daban vueltas al asunto de una u otra forma. Antonio sonrió y dijo, de nuevo a través de un intérprete (85): [2]"Sólo con ver las cosas ya se tiene la prueba de todo lo que he dicho. Pero dado que ustedes, por supuesto, confían absolutamente en las demostraciones, y es éste un arte en que ustedes son maestros, y ya que nos exigen adorar a Dios sin argumentos demostrativos, díganme esto primero. [3]¿Cómo se origina el conocimiento preciso de las cosas, en especial el conocimiento de Dios? ¿Es por una demostración verbal o por un acto de fe? Y qué viene primero: ¿el acto de fe o la demostración verbal?". Cuando replicaron que el acto de fe precede y que esto constituye un conocimiento exacto, Antonio dijo: "¡Bien respondido! La fe surge de la disposición del alma, mientras la dialéctica viene de la habilidad de los que la idean. De acuerdo a esto, los que poseen una fe activa no necesitan argumentos de palabras, y probablemente los encuentran incluso superfluos. [4]Pues lo que aprehendemos por la fe, tratan ustedes de construirlo con argumentaciones, y a menudo ni siquiera pueden expresar lo que nosotros percibimos. La conclusión es que una fe activa es mejor y más fuerte que los argumentos sofistas.

78. [1]"Los cristianos, por eso, poseemos el misterio, no basándonos en la razón de la sabiduría griega (cp. 1 Cor 1, 17), sino fundados en el poder de una fe que Dios nos ha garantizado por medio de Jesucristo. [2]Por lo que dice a la verdad de la explicación dada, noten cómo nosotros, iletrados, creemos en Dios, reconociendo su Providencia a partir de sus obras. [3]Y en cuanto a que nuestra fe es algo efectivo, noten que nos apoyamos en nuestra fe en Cristo, mientras ustedes lo hacen basados en disputas o palabras sofísticas; sus ídolos fantasmas están pasando de moda, pero nuestra fe se difunde en todas partes. [4]Ustedes, con todos sus silogismos y sofismas no convierten a nadie del cristianismo al paganismo, pero nosotros, enseñando la fe en Cristo, estamos despojando a sus dioses del miedo que inspiraban (86), de modo que todos reconocen a Cristo como Dios e Hijo de Dios. [5]Ustedes, con toda su elegante retórica, no impiden la enseñanza de Cristo, pero nosotros, con sólo mencionar el nombre de Cristo crucificado, expulsamos a los demonios que ustedes veneran como dioses. Donde aparece el signo de la Cruz, allí la magia y la hechicería son impotentes y sin efecto.

79. [1]"En verdad, dígannos, ¿dónde quedaron sus oráculos? ¿Dónde los encantamientos de los egipcios? ¿Dónde están sus ilusiones y los fantasmas de los magos? ¿Cuándo terminaron estas cosas y perdieron su significado? ¿No fue acaso cuando llegó la Cruz de Cristo? Por eso, ¿es ella la que merece desprecio y no más bien todo lo que ella ha echado abajo, demostrando su impotencia? [2]También es notable el hecho de que la religión de ustedes jamás fue perseguida; al contrario, en todas partes goza de honor entre los hombres. Pero los seguidores de Cristo son perseguidos, y sin embargo es nuestra causa la que florece y prevalece, no la suya. [3]Su religión, con toda la tranquilidad y protección de que goza, está muriéndose, mientras la fe y enseñanza de Cristo, despreciadas por ustedes y a menudo perseguidas por los gobernantes, han llenado el mundo. [4]¿En qué tiempo resplandeció tan brillantemente el conocimiento de Dios? ¿O en qué tiempo aparecieron la continencia y la virtud de la virginidad? ¿O cuándo fue tan despreciada la muerte como cuando llegó la Cruz de Cristo? [5]Y nadie duda de esto al ver a los mártires que desprecian la muerte por causa de Cristo, o al ver a las vírgenes de la Iglesia que por causa de Cristo guardan sus cuerpos puros y sin mancilla.

80. [1]"Estas pruebas bastan para demostrar que la fe de Cristo es la única religión verdadera. pero aquí están ustedes, los que buscan conclusiones basadas en el razonamiento, ustedes que no tienen fe. [2]Nosotros no buscamos pruebas, tal como dice nuestro maestro, 'con palabras persuasivas de sabiduría humana' (1 Cor 2, 4), sino que persuadimos a los hombres por la fe, fe que precede tangiblemente todo razonamiento basado en argumentos. Vean, aquí hay algunos que son atormentados por los demonios". [3]Estos eran gente que habían venido a verlo y que sufrían a causa de los demonios; haciéndolos adelantarse, dijo: "O bien, sánenlos con sus silogismos o con cualquier magia que deseen, invocando a sus ídolos; o bien, si no pueden, dejen de luchar contra nosotros y vean el poder de la Cruz de Cristo". [4]Después de decir esto, invocó a Cristo e hizo sobre los enfermos la señal de la Cruz, repitiendo la acción por segunda y tercera vez. De inmediato las personas se levantaron completamente sanas, vueltas a su mente y dando gracias al Señor. [5]Los mal llamados filósofos estaban asombrados y realmente atónitos por la sagacidad del hombre y por el milagro realizado. [6]Pero Antonio les dijo: "¿Por qué se maravillan de esto? No somos nosotros sino Cristo quien hace esto a través de los que creen en El. Crean ustedes también y verán que no es palabrería la que tenemos sino fe que por la caridad obra para Cristo (cp. Gl 5, 6); si ustedes también hacen suyo esto, no necesitarán ya andar buscando argumentos de la razón, sino que hallarán que la fe en Cristo es suficiente". [7]Así habló Antonio. Cuando partieron, lo admiraron, lo abrazaron y reconocieron que los había ayudado.

LOS EMPERADORES ESCRIBEN A ANTONIO

81. [1]La fama de Antonio llegó hasta los emperadores. Cuando Constantino Augusto y sus hijos Constancio Augusto y Constante Augusto, oyeron estas cosas, le escribían como a un padre, rogándole que les contestara. [2]El, sin embargo, no dio mucha importancia a los documentos ni se alegró por las cartas; siguió siendo el mismo que antes de que le escribiera el emperador. [3]Cuando le llevaron los documentos, llamó a los monjes y dijo: "No deben sorprenderse si un emperador nos escribe, por-

que es hombre; deberían sorprenderse más bien que Dios haya escrito la ley para la humanidad y nos haya hablado por medio de su propio Hijo". [4]En verdad, ni quería recibir las cartas, diciendo que no sabía qué contestar. Pero los monjes lo persuadieron haciéndole presente que los emperadores eran cristianos y que se ofenderían al ser ignorados; entonces accedió a que se las leyeran. [5]Y les contestó, recomendándoles que dieran culto a Cristo y dándoles el saludable consejo de no apreciar demasiado las cosas de este mundo sino más bien recordar el juicio venidero, y saber que sólo Cristo es el Rey verdadero y eterno. [6]Les rogaba que fueran humanos y que hicieran caso de la justicia y de los pobres. Y ellos estuvieron felices al recibir su respuesta. Por eso era amado por todos, y todos deseaban tenerlo como padre.

ANTONIO PREDICE LOS ESTRAGOS DE LA HEREJIA ARRIANA

82. [1]Dando tal razón de sí mismo y contestando así a los que lo buscaban, volvió a la Montaña Interior. Continuó observando sus acostumbradas prácticas ascéticas, y a menudo, cuando estaba sentado o caminando con visitantes, se quedaba mudo, como está escrito en el libro de Daniel (cp. Dn 4, 16 LXX). [2]Después de un tiempo, retomaba lo que había estado diciendo a los hermanos que estaban con él, y los presentes se daban cuenta de que había tenido una visión. [3]Pues a menudo cuando estaba en la montaña veía cosas que sucedían incluso en Egipto, como se lo confesó al obispo Serapión (87), cuando éste se encontraba en la Montaña Interior y vio a Antonio en trance de visión.

[4]En una ocasión, por ejemplo, mientras estaba sentado trabajando, tomó la apariencia de alguien que está en éxtasis, y se lamentaba continuamente por lo que veía. Después de algún tiempo volvió en sí, lamentándose y temblando, y se puso a orar postrado; quedando largo tiempo en esa posición. Y cuando se incorporó, el anciano estaba llorando. [5]Entonces los que estaban con él se agitaron y alarmaron muchísimo, y le preguntaron qué pasaba; lo urgieron por tanto tiempo que lo obligaron a hablar. Suspirando profundamente, dijo: "Oh, hijos míos, sería mejor morir antes de que sucedan las cosas de la visión". [6]Cuando ellos

le hicieron más preguntas, dijo entre lágrimas: "La ira está a punto de golpear a la Iglesia, y ella está a punto de ser entregada a hombres que son como bestias insensibles. Pues vi la mesa de la casa del Señor y había mulas en torno, rodeándola por todas partes y dando coces con sus cascos a todo lo que había dentro , tal como el coceo de una manada briosa que galopa desenfrenada. Ustedes seguramente oyeron cómo me lamentaba; es que escuché una voz que decía: "Mi altar será profanado".

[7]Así habló el anciano. Y dos años después llegó el actual asalto de los arrianos y el saqueo de las iglesias (88), cuando se apoderaron a la fuerza de los vasos y los hicieron llevar por los paganos; cuando también forzaron a los paganos de sus tiendas para ir a sus reuniones y en su presencia hicieron lo que se les antojó sobre la sagrada mesa (89). Entonces todos nos dimos cuenta de que el coceo de mulas predicho por Antonio era lo que los arrianos están haciendo como bestias brutas.

[8]Cuando tuvo esta visión, consoló a sus compañeros: "No se descorazonen, hijos míos, pues aunque el Señor ha estado enojado, nos restablecerá después. Y la Iglesia recobrará rápidamente la belleza que le es propia y resplandecerá con su esplendor acostumbrado. Verán a los perseguidos restablecidos y a la irreligión retirándose de nuevo a sus propias guaridas, y a la verdadera fe afirmándose en todas partes con completa libertad. [9]Pero tengan cuidado con no dejarse manchar con los arrianos. Toda su enseñanza no es de los apóstoles, sino de los demonios y de su padre, el diablo. Es estéril e irracional, y le falta inteligencia, tal como le falta el entendimiento a las mulas" (90).

ANTONIO, TAUMATURGO DE DIOS Y MEDICO DE ALMAS

83. [1]Tal es la historia de Antonio. No deberíamos ser escépticos porque sea a través de un hombre que han sucedido estos grandes milagros. Pues es la promesa del Salvador: "Si tienen fe aunque sea como un grano de mostaza, le dirán a este monte: '¡Muévete de aquí!'. y se moverá; nada les será imposible" (Mt 17, 20). Y también: "En verdad, les digo: todo lo que le pidan al Padre en mi Nombre, El se lo dará... Pidan y recibirán" (Jn 16, 23 s.). [2]El es quien dice a sus discípulos y a todos los que

creen en El: "Sanen a los enfermos..., echen fuera a los demonios; gratis lo recibieron, gratis tienen que darlo" (Mt 10, 8).

84. [1]Antonio, pues, sanaba no dando órdenes sino orando e invocando el nombre de Cristo, de modo que para todos era claro que no era él quien actuaba sino el Señor quien mostraba su amor por los hombres sanando a los que sufrían, por intermedio de Antonio. [2]Antonio se ocupaba sólo de la oración y de la práctica de la ascesis, y por esta razón llevaba su vida montañesa, feliz en la contemplación de las cosas divinas, y apenado de que tantos lo perturbaran y lo forzaran a salir a la Montaña Exterior.

[3]Los jueces, por ejemplo, le rogaban que bajara de la montaña, ya que para ellos era imposible ir allá a causa del séquito de gente envuelta en pleitos. Le pidieron que fuera a ellos para que pudieran verlo. El trató de librarse del viaje y les rogó que lo excusaran de hacerlo. Ellos insistieron, sin embargo, e incluso le mandaron procesados con escolta de soldados, para que en consideración a ellos se decidiera a bajar. [4]Bajo tal presión, y viéndolos lamentarse, fue a la Montaña Exterior. De nuevo, la molestia que se tomó no fue en vano, pues ayudó a muchos y su llegada fue verdadero beneficio. [5]Ayudó a los jueces aconsejándoles que dieran a la justicia precedencia sobre todo lo demás, que temieran a Dios y que recordaran que "serían juzgados con la medida que juzgaran" (Mt 7, 2). Pero amaba su vida montañesa por encima de todo.

85. [1]Una vez importunado por personas que necesitaban ayuda y solicitado por el comandante militar que envió mensajeros a pedirle que bajara, fue y habló algunas palabras acerca de la salvación y a favor de los que lo necesitaban, y luego se dio prisa para irse. [2]Cuando el duque (91), como lo llaman, le rogó que se quedara, le contestó que no podía pasar más tiempo con ellos, y lo satisfizo con esta hermosa comparación: "Tal como un pez muere cuando está algún tiempo en tierra seca, así también los monjes se pierden cuando holgazanean y pasan mucho tiempo entre ustedes. Por eso, tenemos que volver a la montaña, como el pez al agua. De otro modo, si nos entretenemos podemos perder de vista la vida interior" (92). [3]El comandante al escucharle esto y muchas otras cosas más, dijo admirado que era verdaderamente siervo de Dios, pues, ¿de dónde podía un hombre ordinario tener una inteligencia tan extraordinaria si no fuera amado por Dios?

86. [1]Había una vez un comandante —Balacio era su nombre—, que como partidario de los execrables arrianos perseguía duramente a los cristianos. En su barbarie llegaba hasta golpear a las vírgenes y desnudar y azotar a los monjes. Entonces Antonio le envió una carta diciéndole lo siguiente: [2]"Veo que el juicio de Dios se te acerca; deja, pues, de perseguir a los cristianos para que no te sorprenda el juicio; ahora está a punto de caer sobre ti". [3]Pero Balacio se echó a reír, tiró la carta al suelo y la escupió, maltrató a los mensajeros y les ordenó que llevaran este mensaje a Antonio: "Veo que estás muy preocupado por los monjes, vendré también por ti". [4]No habían pasado cinco días cuando el juicio de Dios cayó sobre él. Balacio y Nestorio, prefecto de Egipto, habían salido a la primera estación fuera de Alejandría, llamada Chereu; ambos iban a caballo. Los caballos pertenecían a Balacio y eran los más mansos que tenía. [5]No habían llegado aún al lugar, cuando los caballos, como acostumbraban hacerlo, comenzaron a retozar uno contra otro, y de repente el más manso de los dos, que cabalgaba Nestorio, mordió a Balacio, lo echó abajo y lo atacó. Le rasgó el muslo tan malamente con sus dientes, que tuvieron que llevarlo de vuelta a la ciudad, donde murió después de tres días. Todos se admiraron de que lo predicho por Antonio se cumpliera tan rápidamente.

87. [1]Así dio escarmiento a los duros. Pero en cuanto a los demás que acudían a él, sus íntimas y cordiales conversaciones con ellos les hacían olvidar inmediatamente sus litigios y hacían considerar felices a los que abandonaban la vida del mundo. [2]De tal modo luchaba por la causa de los agraviados que se podía pensar que él mismo y no los otros era la parte agraviada. [3]Además tenía tal don para ayudar a todos, que muchos militares y hombres de gran influjo abandonaban su vida gravosa y se hacían monjes. [4]En una palabra, era como si Dios hubiera dado un médico a Egipto. [5]¿Quién acudió a él con dolor sin volver sin alegría? [6]¿Quién llegó llorando por sus muertos y no echó fuera inmediatamente su duelo? [7]¿Hubo alguno que llegara con ira y no la transformara en amistad? [8]¿Qué pobre o arruinado fue donde él, y al verlo y oírlo no despreció la riqueza y se sintió consolado en su pobreza? [9]¿Qué monje negligente no ganó nuevo fervor al visitarlo? [10]¿Qué joven, llegando a la montaña y viendo a Antonio, no renunció tempranamente al placer y comenzó a amar la castidad? [11]¿Quién se le acercó atormentado por un demonio y no fue librado? [12]¿Quién llegó con un alma torturada y no encontró la paz del corazón?

88. [1]Era algo único en la práctica ascética de Antonio que tuviera, como establecí antes, el don del discernimiento de espíritus. Reconocía sus movimientos y sabía muy bien en qué dirección llevaba cada uno de ellos su esfuerzo y ataque. [2]No sólo que él mismo no fue engañado por ellos, sino que, alentando a otros que eran hostigados en sus pensamientos, les enseñó cómo resguardarse de sus designios, describiendo la debilidad y ardides de los espíritus que practicaban la posesión. Así cada uno se marchaba como ungido por él (93) y lleno de confianza para la lucha contra los designios del diablo y sus demonios.

[3]¡Y cuántas jóvenes que tenían pretendientes pero que vieron a Antonio sólo de lejos, quedaron vírgenes por Cristo! [4]La gente llegaba donde él también de tierras extrañas, y también ellos recibían ayuda como los demás, retornando como enviados en su camino por un padre. [5]Y en verdad, ahora que ya partió, todos, como huérfanos que han perdido a su padre, se consuelan y confortan sólo con su recuerdo, guardando al mismo tiempo con cariño sus palabras de admonición y consejo.

MUERTE DE ANTONIO

89. [1]Este es el lugar para que les cuente y oigan, ya que están deseosos de ello, cómo fue el fin de su vida, pues también en esto fue modelo digno de imitar.

[2]Según su costumbre, visitaba a los monjes en la Montaña Exterior. Recibiendo una premonición de su muerte de parte de la Providencia, habló a los hermanos: "Esta es la última visita que les hago y me admiraría si nos volvemos a ver en esta vida. Ya es tiempo de que muera, pues tengo casi ciento cinco años". [3]Al oír esto, se pusieron a llorar, abrazando y besando al anciano. Pero él, como si estuviera por partir de una ciudad extranjera a la suya propia, charlaba gozosamente. [4]Los exhortaba a "no relajarse en sus esfuerzos ni a desalentarse en la práctica de la vida ascética, sino a vivir como si tuvieran que morir cada día, y, como dije antes, a trabajar duro para guardar el alma limpia de pensamientos impuros, y a imitar a los hombres santos. [5]No se acerquen a los cismáticos melecianos, pues ya conocen su enseñanza perversa e impía. [6]No se metan para nada con los arrianos, pues su irreligión

es clara para todos. Y si ven que los jueces los apoyan, no se dejen confundir: esto se acabará, es un fenómeno que es mortal y destinado a su fin en corto tiempo. [7]Por eso, manténganse limpios de todo esto y observen la tradición de los padres y, sobre todo, la fe ortodoxa en nuestro Señor Jesucristo, como lo aprendieron de las Escrituras y yo tan a menudo se lo recordé".

90. [1]Cuando los hermanos lo instaron a quedarse con ellos y morir allí, se rehusó a ello por muchas razones, según dijo, aunque sin indicar ninguna. [2]Pero especialmente era por esto: los egipcios tienen la costumbre de honrar con ritos funerarios y envolver en sudarios de lino los cuerpos de los hombres santos y particularmente de los santos mártires; pero no los entierran, sino que los colocan sobre divanes y los guardan en sus casas, pensando honrar al difunto de esta manera (94). [3]Antonio a menudo pidió incluso a los obispos que dieran instrucciones al pueblo sobre este asunto. Asimismo avergonzó a los laicos y reprobó a las mujeres, diciendo que "esto no era correcto ni reverente en absoluto. Los cuerpos de los patriarcas y de los profetas se guardan en tumbas hasta estos días; y el cuerpo del Señor también fue depositado en una tumba y pusieron una piedra sobre él (Mt. 27, 60), hasta que resucitó al tercer día". [4]Al plantear así las cosas, demostraba que cometía error el que no daba sepultura a los cuerpos de los difuntos, por santos que fueran. Y en verdad, ¿qué hay más grande o más santo que el cuerpo del Señor? [5]Como resultado, muchos que lo escucharos comenzaron desde entonces a sepultar a sus muertos (95), y dieron gracias al Señor por la buena enseñanza recibida.

91. [1]Sabiendo esto, Antonio tuvo miedo de que pudieran hacer lo mismo con su propio cuerpo. Por eso, despidiéndose de los monjes de la Montaña Exterior, se apresuró hacia la Montaña Interior, donde acostumbraba vivir. [2]Después de pocos meses, cayó enfermo. Llamó a los que lo acompañaban —había dos que llevaban la vida ascética desde hacía quince años y se preocupaban de él a causa de lo avanzado de su edad— (96), y les dijo: [3]"Me voy por el camino de mis padres, como dice la Escritura (cp. Re 2,2; Jos 23, 14), pues me veo llamado por el Señor. [4]En cuanto a ustedes, estén en guardia y no hagan tabla rasa de la vida ascética que han practicado tanto tiempo. Esfuércense por mantener su entusiasmo como si estuvieran recién comenzando. [5]Ya cono-

cen a los demonios y sus designios, conocen también su furia y también su incapacidad. Así, pues, no los teman; dejen más bien que Cristo sea el aliento de su vida y pongan su confianza en El. [6]Vivan como si cada día tuvieran que morir, poniendo atención a ustedes mismos y recordando todo lo que me han escuchado. [7]No tengan ninguna comunión con los cismáticos y absolutamente nada con los herejes arrianos. Saben cómo yo mismo me cuidé de ellos a causa de su pertinaz herejía en contra de Cristo. [8]Muestren ansia de manifestar su lealtad primero al Señor y luego a sus santos, 'para que después de su muerte los reciban en las moradas eternas' (Lc 16, 9), como a amigos familiares. Grábense este pensamiento, ténganlo como propósito. [9]Si ustedes realmente tienen preocupación por mí y me consideran su padre, no permitan que nadie lleve mi cuerpo a Egipto, no sea que me vayan a guardar en sus casas. Esta fue mi razón para venir acá, a la montaña. Saben cómo siempre avergoncé a los que hacen eso y los intimé a dejar tal costumbre. [10]Por eso, háganme ustedes mismos los funerales y sepulten mi cuerpo en tierra, y respeten de tal modo lo que les he dicho, que nadie sino ustedes sepa el lugar. En la resurrección de los muertos, el Salvador me lo devolverá incorruptible. [11]Distribuyan mi ropa. Al obispo Atanasio denle una túnica y el manto donde yazgo, que él mismo me dio pero que se ha gastado en mi poder; al obispo Serapión denle la otra túnica, y ustedes pueden quedarse con la camisa de pelo (47, 2). Y ahora, hijos míos, Dios los bendiga. Antonio se va y no está más con ustedes".

92. [1]Después de decir esto y de que ellos lo hubieron besado, estiró sus pies; su rostro estaba transfigurado de alegría y sus ojos brillaban de regocijo como si viera a amigos que vinieran a su encuentro, y así falleció y fue a reunirse con sus padres (97). [2]Ellos entonces, siguiendo las órdenes que les había dado, prepararon y envolvieron el cuerpo y lo enterraron ahí en la tierra. Y hasta el día de hoy, nadie, salvo esos dos, sabe dónde está sepultado (98). [3]En cuanto a los que recibieron las túnicas y el manto usados por el bienaventurado Antonio, cada uno guarda su regalo como gran tesoro. Mirarlos es ver a Antonio y ponérselos es como revestirse de sus exhortaciones con alegría.

93. [1]Este fue el fin de la vida de Antonio en el cuerpo, como antes tuvimos el comienzo de su vida ascética. Y aunque este sea un pobre relato comparado con la virtud del hombre, recíbanlo,

sin embargo, y reflexionen qué clase de hombre fue Antonio, el varón de Dios. [2]Desde su juventud hasta una edad tan avanzada conservó una devoción inalterable a la vida ascética. [3]Nunca tomó la ancianidad como excusa para ceder al deseo de alimentación abundante, ni cambió su forma de vestir por la debilidad de su cuerpo, ni tampoco lavó sus pies con agua. Y, sin embargo, su salud se mantuvo totalmente sin perjuicio. [4]Por ejemplo, incluso sus ojos eran perfectamente normales, de modo que su vista era excelente; no había perdido ni un solo diente; sólo se le habían gastado hasta casi las encías por la gran edad del anciano. [5]Mantuvo manos y pies sanos, y en total aparecía con mejores colores y más fuerte que los que usan una dieta diversificada, baños y variedad de vestidos.

[6]El hecho de que llegó a ser famoso en todas partes, de que encontró admiración universal y de que su pérdida fue sentida aun por gente que nunca lo vio, subraya su virtud y el amor que Dios le tenía. [7]Antonio ganó renombre no por sus escritos ni por sabiduría de palabras ni por ninguna otra cosa, sino sólo por su servicio a Dios.

[8]Y nadie puede negar que esto es don de Dios. ¿Cómo explicar, en efecto, que este hombre, que vivió escondido en una montaña, fuera conocido en España y Galia, en Roma y Africa, sino por Dios, que en todas partes hace conocidos a los suyos, que, más aún, había dicho esto a Antonio en los mismos comienzos? (10, 3). [9]Pues aunque hagan sus obras en secreto y deseen permanecer en la oscuridad, el Señor los muestra públicamente como lámparas a todos los hombres (Mt 5, 16), y así, los que oyen hablar de ellos, pueden darse cuenta de que los mandamientos llevan a la perfección, y entonces cobran valor por la senda que conduce a la virtud.

EPILOGO

94. [1]Ahora, pues, lean esto a los demás hermanos, para que también ellos aprendan cómo debe ser la vida de los monjes, y se convenzan de que nuestro Señor y Salvador Jesucristo glorifica a los que lo glorifican. [2]El no sólo conduce al Reino de los Cielos a quienes lo sirven hasta el fin, sino que, aunque se escondan y

hagan lo posible por vivir fuera del mundo, hace que en todas partes se los conozca y se hable de ellos, por su propia santidad y por la ayuda que dan a otros. [3]Si la ocasión se presenta, léanlo también a los paganos, para que a lo menos de este modo puedan aprender que nuestro Señor Jesucristo es Dios e Hijo de Dios, y que los cristianos que lo sirven fielmente y mantienen su fe ortodoxa en El, demuestran que los demonios, considerados dioses por los paganos, no son tales, sino que, más aún, los pisotean y ahuyentan por lo que son: engañadores y coruptores de hombres.

Por nuestro Señor Jesucristo, de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

Las obras citadas sólo con nombre de autor son las indicadas en la bibliografía, p. 178. Los números sin mayor indicación se refieren a los capítulos y párrafos de la "*Vida*". E = versión latina de Evagrio; cp = compare; tb = también.

(1) El título que trae E es probablemente el original: *Athanasius episcopus ad peregrinos fratres*. La palabra latina "frater" (hermano) fue usada por la latinidad cristiana con el sentido de "hermano en Cristo", "cristiano". En la literatura monacal "hermano" llegó a ser sinónimo de "monje". MEYER 106; LORIE 34 ss.; LAMPE 30.

(2) Se trata de monjes occidentales que, al parecer, le pidieron a San Atanasio este servicio. El patriarca estuvo relegado en Tréveris en 336/337; en marzo de 340 fue de nuevo deportado; esta vez estuvo en Roma. Visitó Milán y volvió a estar en Tréveris.

(3) El sentido original de "monje" es del que vive en soledad Cuando el monacato fue estructurándose hacia una mayor comunidad de vida, la palabra fue ampliando su significado. Denota cualquier monje, viva solitario o en un monasterio. La insistencia de S. Atanasio en subrayar la soledad de S. Antonio, indica que usa la palabra en su sentido original. Pero, por otro lado, ya debía estar consciente de la ampliación del significado, por las características de los monjes occidentales que conoció, y también por su convivencia con los monjes de S. Pacomio, entre los cuales pasó sus últimos destierros; ahora bien, ellos no eran solitarios sino monjes de vida comunitaria. LAMPE 878 ss.; LORIE 24 ss.; COLOMBAS 40 ss.

(4) La "ascesis" que significa "ejercicio, práctica, entrenamiento", designa en el lenjuaje cristiano el estudio de las Escrituras, la práctica de las virtudes, la vida devota, la disciplina espiritual, la vida austera. Como término técnico denota la vida monacal y sus prácticas. S. Atanasio la utiliza en este sentido, pero con todos los matices anteriores. Es la tarea propia de los monjes, que exige toda clase de virtudes y modificaciones, requiere un ejercicio continuo y tiene como finalidad la perfección, no por amor a sí mismo sino por amor a Dios. Su fruto es la sabiduría espiritual, con la pureza del corazón, el discernimiento de espíritus, la conciencia de la presencia de Dios y el goce de su comunicación. El sentido fundamental es, sin embargo, la austera y difícil disciplina de sí mismo. LAMPE 244; LORIE 65 ss.

(5) Literalmente: "monasterios". Originalmente la palabra designaba la habitación de un solitario. Paulatinamente, y pasando por la organización de colonias de solitarios (44, 2-4), el término se aplica a la residencia de los monjes de vida comunitaria. Para evitar la connotación ya demasiado precisa de "monasterio", hemos preferido en esta versión "celda" o "celda monacal". LAMPE 878; MEYER 111; LORIE 43 ss.; COLOMBAS 75-76.

(6) Una variante del texto griego —"ya que fui su compañero y vertí agua en sus manos"— hace a S. Atanasio discípulo y compañero de celda de S. Antonio. La mayor parte de los críticos se inclina por la variante que hemos traducido en el texto: MEYER 106; L. v. HERTLING, *Studio storici antoniani*, Stud. Ans. 38 (1956), 23; COLOMBAS 51.

(7) Tal vez no hay que tomar esto demasiado al pie de la letra. Es más probable que S. Atanasio desde el comienzo de la "*Vida*" esté interesado en señalar la contraposición entre sabiduría divina y rusticidad humana. Cp 20, 4; 33, 5; 72, 1; 73, 3. En todo caso, S. Atanasio no poseía la cultura griega, ya que para hablar con griegos necesita intérprete. Cp tb nota (73).

(8) Es difícil determinar con seguridad la certeza histórica de los detalles de esta descripción de la infancia de S. Antonio. Este habría sido ya de niño un pequeño asceta. No se puede negar la tendencia edificante. La hagiografía posterior abusó ampliamente de este recurso, hasta hacer increíbles las infancias de los santos. Pero aun así, la existencia concreta de niños santos y ciertas indicaciones de la psicología infantil, deberían ponernos en guardia contra un rechazo absoluto de lo contenido en este capítulo.

(9) Cp S. AGUSTIN, *Confesiones*, 8, 12. 29.

(10) Una "arura" = m/m 2.700 m^2. La extensión correspondía más o menos a 80 Has.

(11) E (PL 73, 128A) añade: más necesitada por su sexo y edad.

(12) Los "*Apotegmas de los Padres*" (Antonio 20; PG 65, 81C; PL 73, 772C; Guy 25; Dion 87) relatan: "Un hermano había renunciado al mundo y distribuido sus bienes a los pobres, pero se había reservado un poco. Vino a Antonio, quien, informado del asunto, le dijo: Si quieres ser monje, anda a la ciudad, compra carne, cubre con ella tu cuerpo desnudo, y vuelve. El hermano lo hizo así. Pero vinieron los perros y las aves y le desgarraron el cuerpo. De vuelta donde Antonio, éste le preguntó si había hecho lo que le había aconsejado. Entonces le mostró su cuerpo lacerado. Antonio le dijo: Los que renuncian al mundo y quieren guardar dinero, son lacerados así cuando los atacan los demonios".

(13) Esta sería la primera vez que aparece la palabra "*parthenôn*" en el sentido cristiano de "casa o grupo de vírgenes". En esta época temprana (c. 271), las mujeres religiosas vivían generalmente todavía con sus familias, aunque se reunían para ejercicios comunes. Más tarde, la "*Vida*" nos dice que la hermana de Antonio fue hecha superiora de un grupo de vírgenes (54, 6). Pero una variante del texto griego, apoyada por diversas versiones, trae: consagró su hermana "a la virginidad". MEYER 107; COLOMBAS 58. Hemos seguido a E., dejando la imprecisión.

(14) La doctrina de la oración incesante goza de tradición ininterrumpida en la literatura monacal. El tema como tal, que proviene de la enseñanza del NT, fue desarrollado especialmente por la escuela alejandrina, con Clemente y Orígenes. Se ha podido establecer que muchas ideas de estos dos doctores, aunque no todas, se hallan en la "*Vida*". La oración incesante no es, sin embargo, un punto aislado sino que se halla estrechamente unido a la práctica de la virtud y a la pureza del corazón. Según la "*Vida*", la vida ascética tiende a la recuperación para el alma del estado en que fue creada por Dios antes del pecado. A ello se llega por la práctica constante y decidida de la renuncia, la abnegación, la mortificación. Pero en todo este proceso hacia la pureza de corazón, la oración constituye el elemento central, que es a la vez medio y fin de la vida ascética. La oración es sostenida, a su vez, por la lectura (o memorización) y meditación de la Escritura. La meta final es

aquella perfecta paz del espíritu, que nada externo ni interno puede perturbar, porque todo el ser del monje está penetrado de las cosas de Dios. La oración incesante es la contemplación amante de lo que Dios ha hecho y luchado por y en el monje. CP M. J. MARX, *Incessant Prayer in the Vita Antonii*, Stud. Anse. 38 (1956) 108-135.

(15) Reminiscencia de Lc 8, 15. De más de un monje se decía que sabía de memoria la Escritura, como p. ej. apa Or, apa Ammón, o los monjes pacomianos, según Paladio en su "Historia Lausiaca". MEYER 108.

(16) En conformidad a la enseñanza del NT, aparece aquí la suma y esencia de toda vida santa: el amor a Dios y al prójimo, con la nota típicamente atanasiana de un marcado cristocentrismo. Tal como en el NT, se conocen diversas listas de virtudes, y la misma "*Vida*" presenta otra en 17, 7.

(17) Siempre fue rasgo característico de los monjes antiguos el deseo por aprender de otros imitando sus virtudes más salientes. Sin embargo, es interesante hacer notar que en la "*Vida*" no se trata de un afán exhibicionista por establecer una especie de competición al respecto. Siempre destaca el perfecto equilibrio espiritual de S. Antonio y el profundo respeto por los carismas ajenos.

(18) "Amigo de Dios" es el título que la Escritura atribuye al patriarca Abraham y a los profetas en general; c. Stogo 2, 23; Sab 7, 27; 2 Crón 20, 7; Is 41, 8; Judit 8, 22; de Moisés: Ex 33, 11; Núm 12, 8. Apoyada en el lenguaje bíblico, la tradición cristiana desde los primeros siglos llamó "amigos de Dios" a los justos que gozaban de la gracia o del favor particular de Dios (cp Jn 15, 15). E. T. BETTENCOURT, *L'idéal religeux de S. Antoine,* Stud. Ans. 38 (1956) 48; B. STEIDLE, *Homo Dei Antonius*, ib., 189 ss.

(19) El tiempo y la experiencia han hecho al diablo un experto en mañas. Cp S. Cipriano, ad Fortum. 2: "Adversarius vetus est... usu ipso vetustatis edidicit". Cp tb S. Jerónimo, Ep 22, 7.29; Ep 125, 12. Ver tb c. 40 de la "*Vida*". MEYER 108-109.

(20) E (PL 73, 129D) añade: El le ofrecía el camino de la adolescencia, resbaladizo, fácil para caer; pero éste, considerando los eternos tormentos del juicio futuro, conservaba incólume la pureza del alma en medio de las tentaciones.

(21) "Negro" el uso de esta palabra no era infrecuente entre romanos y griegos en un sentido moral traslaticio, para designar malicia o perversidad. Lo mismo en el uso primitivo cristiano. Dar el color negro al autor del mal y de toda niquidad era muy común. Dado que los etíopes y egipcios eran de tez muy oscura, el diablo fue a menudo designado con tales nombres nacionales. LAMPE 840; MEYER 109.

(22) Los antiguos consideraban las ruinas de mausoleos, las tumbas y los desiertos como ambiente predilecto de los demonios. Los tres tienen en común ser lugares abandonados, no habitados por los hombres, y donde el demonio no es combatido por el bien ni por los exorcismos. Sólo los malhechores se refugian en ellos (cp Hech 21, 38). CP Mc 5, 2-5; Lc 8, 29; 11-24. La morada escogida por Antonio es probablemente un cementerio abandonado. E. T. BETTENCOURT, o.c. 50; COCOMBAS 59.

(23) En la mitología antigua a los servidores de los dioses se los llamaba a menudo "perros"; cp tb 42, 1. MEYER 110.

(24) E (PL 73, 132B) añade: El leopardo con sus diversos colores indicaba la variedad de astucias de su autor.

(25) Se trata de la llamada "Montaña Exterior", donde S. Antonio pasó veinte años de absoluta reclusión. Es en Pispir, en el banco oriental del Nilo, a más o menos 90 kms. al sur de Menfis. El desierto de Nitria queda al noroeste, al otro lado del Nilo, directamente al sur de Alejandria. Al sur de Heracleópolis, a ambos lados del Nilo, está el "gran desierto" de la Tebaida, el hogar del monacato egipcio de S. Pacomio. MEYER 110; COLOMBAS 93 ss.

(26) E (PL 73, 134B) añade: y se reuniera una infinita cantidad de enfermos.

(27) Aunque la "*Vida*" es muy sobria en cuanto a detallar la vida mística personal de S. Antonio, hay diversas anotaciones que permiten ver la íntima relación entre vida ascética y vida mística. En este pasaje, S. Antonio es presentado como llegado al culmen de la vida cristiana: ha penetrado los misterios de la fe cristiana y puede ser considerado portador del Espíritu de Dios. La escena tiene miniscencias del descenso de Moisés, Ex 34, 29 ss. S. Antonio, "divinizado" así dar esa vida íntima con Dios, es ahora apto para transmitir vida divina; la paternidad espiritual es el fruto de su retiro absoluto. LAMPE 642, 890; LORIE 133 ss.; ETTENCOURT o.c. 51-52.

(28) E (PL 73, 135A) añade: Habiendo comenzado así, se calló un momento, y admirando la excesiva generosidad de Dios, continuó.

(29) E (PL 73, 135D) trae una lista algo diversa de estas diez virtudes (cp tb 4, 2-3): sabiduría, castidad, justicia, fortaleza, vigilancia, amor a los pobres, fe en Cristo, mansedumbre, hospitalidad.

(30) S. AGUSTIN, en sus *Enarrat. in Pss.* 38, 12, dice que hay una manera de llevar con nosotros las riquezas de la tierra: mandándolas delante de nosotros en las manos de los pobres.

(31) E (PL 73, 137A) añade: Nos basta el adorno natural. No ensucies, hombre, lo que te concedió la generosidad divina. Querer cambiar la obra de Dios, es mancharla.

(32) La concepción del aire como ambiente de los demonios es extraña al AT y a la apocalítica judía. Es creencia común en el mundo griego y helenista, pero también presente en el judaísmo rabínico. La literatura cristiana antigua, incluido el NT (cp Ef), comparte la misma creencia, pero el aire no es el ambiente natural de los demonios, sino que han caído ahí desde su primera morada, el cielo. El aire es también el lugar de sus órdenes y de sus guerras. Cp S. AGUSTIN, *De Civ. Dei* 8, 15.22. J. DANIELOU, *Les démons de l'air dans la Vie d'Antoine,* Stud. Ans. 38 (1956) 136-147; MEYER 112.

(33) Los mitos religiosos griegos eran, según Justino, Apol. 1, 54, invenciones de los espíritus malos. Los varios ritos paganos semejantes a los sacramentos cristianos, son un remedo de ellos, inspirados por los demonios. Otros autores establecen que los antiguos poetas griegos fueron inspirados por espíritus impostores. Asimismo los antiguos oráculos también eran obra del demonio, Cp 78, 5; 79, 1. MEYER 112-113.

(34) Dentro de la dificultad del mundo antiguo para concebir una naturaleza espiritual, aparece aquí esta imagen materialista y grosera de los demonios. Ver tb nota (63).

(35) Ya Orígenes, en *Contra Celsum* 4, 92 s., participaba de esta opinión; su superioridad a cualquier sustancia corpórea les da en cierta medida la facultad de pronosticar eventos futuros. Al recurrir a disfraces animales, engañan a los curiosos y crédulos.

(36) Es decir, el Nilo, que, para un egipcio era lo que hacía Egipto. También en el AT el Nilo es llamado generalmente "el Río", o "el gran Río". MEYER 114.

(37) "*Theotókos*", Dei genetrix, Deipara. Es el último más célebre de la Virgen María, con el que se designa su maternidad divina. Fue piedra de toque en las controversias cristológicas del siglo V sobre la persona de Cristo. El título fue negado por el patriarca Nestorio de Constantinopla (+ c. 451), por no ser escriturístico, no utilizado por el Conc. de Nicea (325), no poder la Virgen María, por ser creatura, engendrar la divinidad, por convenir el título sólo al Padre. Los nestorianos preferían "*Christotókos*". Los oponentes a Nestorio, encabezados por S. Cirilo de Alejandría (+ 444), junto con lograr en el Concilio de Efeso (431) la definición de la unión de naturalezas en su única persona y la condenación de Nestorio, hicieron también aceptar el título mariano. La primera mención segura de él es la de S. Alejandro de Alejandría (+ 328), el predecesor de S. Atanasio, en su carta a Alejandro de Constantinopla. El historiador Sócrates (*Hist. eccl.* 7, 32.17)

sostiene que ya Orígenes (+ 235) usó este título, pero no se lo ha hallado en las obras que nos han llegado del gran maestro alejandrino. Entre las obras de S. Hipólito de Roma (+ 235) aparece el título varias veces, pero en obras cuya autenticidad se discute o en pasaje interpolados. LAMPE 639-641.

(38) Tanto en los Padres como en la liturgia y en la literatura monacal se encuentra el uso de la exsuflación como signo de defensa y protección contra los demonios. Igualmente la utilización de la señal de la Cruz, que es el método favorito de S. Antonio. E trae aquí "escupí", por alguna variante de su texto griego, lo que también se halla en la literatura como señal contra el demonio.

(39) S. Gregoria Magno en sus Moralia 14, 13.15, hace aparecer al demonio como excelente psicólogo, que se dedica a estudiar cuidadosamente el temperamento y las inclinaciones potenciales de su víctima, y de acuerdo a ello dispone las astucias correspondientes. Al planear esto, el demonio también escoge la ocasión propicia. MEYER 117.

(40) Literalmente: "estar a la expectativa, aguardar". Aquí, como en 24, 6-7, aparece la antigua creencia, basada en Apoc 20 (cp tb Mt 25, 41), de que el castigo de los demonios con el fuego del infierno aún no ha comenzado o, en todo caso, ha sido interrumpido.

(41) Como ya lo atestigua el NT, era notorio en la antigüedad el desprecio por los recaudadores de impuestos. Cp S. GREGORIO NAC., Orat. 19, 14: "La guerra es el padre de los impuestos". Es indudable la idealización de la vida monacal de Egipto en este panegírico; cp tb S. JUAN CRIS., *Hom. in Mt* 8, 4.5. MEYER 118.

(42) En 305 abdicaron los emperadores Diocleciano y Maximiano. Los sucedieron Constancio y Galerio como Augustos; Severo y Maximino Daia fueron hechos Césares. Este último tomó a su cargo la administración de Siria, Palestina y Egipto, y sobresalió por su fanatismo en la continuación de la persecución de Diocleciano. La violenta represión cesó temporalmente con el edicto de tolerancia de Nicomedia (30 de abril de 311), aplicado de muy mala gana por Maximino, quien, antes de seis meses, reanudó la persecución. Sólo a fines de 312 Maximino vuelve a la tolerancia y finalmente, bajo la presión de sus rivales occidentales Constantino y Licinio, concede la paz religiosa. J. DANIELOU, *Nueva Historia de la Iglesia*, Madrid, 1964, t. I, 270 ss.

(43) La excesiva exaltación del martirio, relacionada en parte con la creencia en la inminencia de la Parusía, hacia fines del siglo II, pero sobre todo impulsada por toda una literatura en torno al martirio y los mártires, había creado una mística del martirio. A veces se presentaban cristianos en grupos ante los prefectos. Esto movió a la Iglesia a intervenir, la cual prohibió la presentación voluntaria ante las autoridades. J. DANIELOU, *Nueva Hist. de la Igl.*, 177.

(44) E (PL 73, 147C) añade: vestido de blanco. MEYER 119 supone que se trata del cambio de su apariencia monacal por la de un civil egipcio. L. v. HERTLING, o.c. 29, supone en todo caso que este disfraz de S. Antonio no fue muy eficaz, ya que el prefecto lo reconoce, aunque no lo hace arrestar. S. Antonio quería ofrecerse al martirio, pero sin violar la legislación eclesiástica.

(45) La palabra "mártir", que significa originalmente "testigo", y que fue aplicada a Dios, a las Escrituras, a las diversas figuras bíblicas, se usó posteriormente para los o las que sellaban con su sangre su fidelidad a Cristo. Posteriormente se llamó también "mártires" a los que, sin haber muerto, habían sin embargo sufrido por Cristo. También se dio tal nombre a todo verdadero cristiano, y se habló del martirio de diversas virtudes. Esto llevó a aplicar tal título también a los ascetas. La vida monacal es descrita en la literatura con los mismos términos que se usaban para describir la lucha del mártir de la fe. LAMPE 830-833; E. E. MALONE, *The Monk and the Martyr,* Stud. Ans. 38 (1956) 201-228.

(46) Lo mismo se refiere acerca de Plotino. PALADIO en su "*Historia Lausiaca*" relata ejemplos semejantes en las vidas de varios de sus personajes. No se puede negar el motivo penitencial, pero tal vez el fundamento más profundo de esta forma de ascesis (¡en el desierto!) era el profundo horror a las costumbres licenciosas que prevalecían en los baños públicos paganos. MEYER 119-120.

(47) Esto recuerda la antigua práctica del "incubare": los que deseaban recibir una visión (cp 1 Sam 3, 3) o ser sanados de sus enfermedades, se acostaban en el recinto de un templo. MEYER 120.

(48) Se trata de un distrito pantanoso en el delta del Nilo, habitado por pastores. MEYER 120; H. ROSWEYDE, *Onomasticon*, PL 74, 417C. Al parecer, S. Antonio había pensado no sólo en ir hacia el Sur, sino también en la posibilidad de ir a habitar hacia el norte.

(49) Se trata del monte Colzim, en pleno desierto en la meseta de Qalala del sur, aproximadamente 180 kms. al sureste de Alejandría, entre el Nilo y el Mar Rojo. La montaña, con el antiguo monasterio de S. Antonio, es llamada aún Dêr Mar Antonios.

(50) E (PL 73, 149A) añade: viviendo en el desierto del trabajo de sus manos (cp Hech 20 ,34).

(51) E (PL 73 150B) añade: Maravilla tras maravilla se sucedían. No había pasado mucho tiempo, y el nombre de tan grandes victorias fue vencido por los ruegos de los hermanos.

(52) E (PL 73, 150B) añade: aunque fuera una laguna con agua de lluvia.

(53) E (PL 73, 150C) añade: se le fueron todos encima saludándolo con besos y abrazos.

(54) Ambos nombres son romanos. Había dos ciudades con ese nombre en la antigua Italia, pero como la palabra también significa "corte, palacio", se sugiere que este hombre, por lo demás desconocido, era un oficial o empleado romano al servicio del prefecto romano de Alejandría. MEYER 122. E traduce: ex Palaestinis. DRAGUET (Arnauld d'Andilly): de la maison de l'empereur.

(55) E (PL 73, 152C) añade: Bajo la persecución de Maximino le sacaron los ojos por Cristo, pero se gloriaba inmensamente de tal deshonra de su cuerpo. Pafnucio era nombre sumamente común en el Egipto del siglo IV. Varios obispos y monjes son conocidos bajo este nombre, lo que dificulta su identificación. En este caso, el epíteto de "confesor" y el agregado que hace Evagrio, señalado antes, parecen indicar que se trata del obispo Pafnucio de Alta Tebaida, martirizado bajo Maximino. Participó en el Concilio de Nicea, con grandes honores. El Martirologio Romano lo menciona el 4 de septiembre. H. ROSWEYDE, PL 73, 181B.

(56) PALADIO, en su "*Historia Lausiaca*" 8, cuenta la historia de Ammón (o Amoun). Casado por la insistencia de un tío, vivió con su mujer 18 años en virginidad. Entonces, por sugestión de ella misma, Ammón, la abandonó para hacerse monje en el desierto de Nitria. Allí moró veinte años, hasta su muerte. Se dice que a fines del siglo IV, en el desierto de Nitria habría unos cinco mil discípulos suyos. MEYER 123.

(57) Se trata tal vez del alto oficial que ayudó a S. Atanasio en el Sínodo de Tiro del año 335, a poner al descubierto algunas de las maquinaciones de eusebianos y melecianos. MEYER 124.

(58) Nombre femenino que ocurre no raramente en antiguas inscripciones griegas. Algunos manuscritos latinos añaden: Hija de Publio. No es claro a qué Laodicea se refiere el texto, ya que había varias ciudades con ese nombre. Es probable que sea Laodicea de Siria. H. ROSWEYDE, PL 73, 181D; MEYER 124.

(59) "*Christofóros*" = portador de Cristo, e.d. lleno o inspirado por Cristo. Ya S. Ignacio de Antioquía (+ c. 110), Ef. 9, 2, usó este título para los cristianos. Cp tb en Nt

Gl 3, 27. Posteriormente el título se aplicó a personas especialmente inspiradas: apóstoles, mártires. Luego se dio también a los ascetas. LAMPE 1533.

(60) El día se dividía en doce horas de igual duración, pero ella dependía de la estación del año. La hora novena correspondía, según la época del año, a nuestro tiempo entre las 13 y las 15 horas. Esta hora era la normal entre los anacoretas coptos para tomar su alimento. Sólo durante el Tiempo Pascual comían a la hora sexta, e.d. al mediodía. En el tiempo de Cuaresma el ayuno se prolongaba, para los que comían, hasta después de Vísperas. Se aconsejaba a los monjes comer todos los días el mismo alimento y a la misma hora. COLOMBAS 81.

(61) Dentro del paralelo entre el martirio y la vida monacal (ver nota 45), destaca lo siguiente: la muerte del mártir, e.d. el acto por el que consumaba la ofrenda de su vida a Dios, fue concedida como segundo bautismo (en algunos casos, como el de los catecúmenos mártires, como el único bautismo). Del mismo modo, el acto del ofrecimiento irrevocable de un monje a Dios, e.d. su profesión monacal, fue considerado también como segundo bautismo. El ritual de la profesión adopta también algunos elementos del ritual bautismal. Esto llega al punto de que algunos Padres sostienen para la profesión monacal los mismos efectos que el bautismo, tal como se ve por lo demás en la "*Vida*". Cp S. JERONIMO, *Ep* 25, 2; *Ep* 8; S. BERNARDO. *Lib. de Praec. et Disp.* 17, 54 (BAC 130, 817). Cp tb STO. TOMAS, 2-2, 1. 189, a. 3 ad 3. Cp tb el apotegma anónimo que identifica el poder de Dios en el bautismo y en la toma de hábito: PL 73, 994B; Guy 402; Dion 268. E. E. MALONE o.c. 211; H. ROSWEYDE PL 73, 182 A-D.

(62) En estos dos cc. 65-66 aparecen las dos más famosas visiones de S. Antonio (cp tb 60,1). En ambas se trata de una contemplación del alma. En la primera, que se produce en un éxtasis durante su oración, se contempla el estado del alma en oración. En la segunda, el estado del alma después de la muerte. En el fondo, ambas visiones suponen la misma concepción sobre el ambiente y función definitiva de la visión beatífica. Aquél es la anticipación terrena de ésta, por cierto provisoria, pero sujeta a las mismas dificultades en su consecución. También el alma en su ascenso a las alturas de la contemplación divina, debe pasar por la esfera de dominio de los demonios. Sólo si es pura puede lograr la unión con Dios en la oración perfecta. E. T. BETTENCOURT o.c. 57.

(63) El esfuerzo de la antigüedad por concebir el alma como algo espiritual, o a lo menos como algo inmaterial o casi inmaterial, tiene una buena ilustración en sus representaciones en el arte, especialmente en tumbas, monumentos o íconos. Los intentos de representarla como un pequeño ser, idéntico en todo caso al hombre difunto, al que se pinta a menudo con alas, documentan este esfuerzo y la concepción de su vuelo desde el cuerpo en el momento de la muerte. Era igualmete concepción general, tanto pagana como cristiana, que el alma, al llegar la muerte, es acosada por graves peligros, representados por dragones y otras bestias demoníacas. Cristo muchas veces parece como "psycopompós", e.d. guía y protector de las almas. MEYER 125-126.

(64) Sobre el aire como ambiente de los demonios, ver nota (32). Que los demonios del aire tratan de impedir el ascenso de las almas al cielo, es concepto que aparece en el s. II. Es notable en este sentido la "Passio Perpetuae" (IV, 3-4), donde el tema del monstruo aparece en su forma primera. El rasgo de la función "aduanera" de los demonios se encuentra ya en *Orígenes*, Hm. in Lc 23, PG 13, 1861D. El demonio es comparado a un recaudador del impuesto que examina deudas pendientes. Esta idea va a ser retomada y explicitada por los Padres posteriores, y es también la concepción de la "*Vida*". El punto en que ésta insiste particularmente es que el aire es el dominio demoníaco en que semejante examen se realiza. Como algunas almas son retenidas, el aire viene a ser también el lugar de su castigo o purificación. Ahora bien, una parte de las almas logran escapar de ese

control. Aunque el tema de Cristo como del que ha abierto el camino al cielo no aparezca en la "*Vida*", forma parte del mismo contexto conceptual. J. DANIELOU, *Les démons de l'air*..., 140-147.

(65) El movimiento monacal es fundamentalmente un movimiento laico. En la época de S. Atanasio eran poquísimos los monjes que estaban en algún grado de la jerarquía eclesiástica. Sin embargo, en muchas de las colonias de anacoretas el sacerdote de la iglesia central parece haber gozado de cierta autoridad. la existencia de monjes clérigos se explica por una doble razón: por una parte, había clérigos que se hacían monjes; por otra, la necesidad de contar con sacerdotes para las celebraciones litúrgicas, obligó a los monjes a hacer ordenar algunos de entre ellos para el servicio pastoral. De todos modos, aun esto era excepcional en el monacato primitivo; de hecho, S. Pacomio prefería asistir a la iglesia parroquial o invitar a un sacerdote secular a celebrar en el monasterio, en lugar de dejar ordenarse a sus monjes. No ha de verse en esto de por sí un desprecio por el ministerio sacerdotal, sino el temor a perder el valor propio de su vida ascética por las responsabilidades pastorales de una vida sacerdotal consecuente. S. Atanasio mismo se preocupó de disipar algunos escrúpulos en monjes a los que deseaba confiar el episcopado; indirectamente hace el reproche de querer despreciar el estado clerical como inferior en perfección al monacal; cp Ep ad Drac. 9. COLOMBAS 52; 68; 111. Un Sínodo de Zaragoza en 380, contra los priscilanistas, prescribe que un clérigo que se haga monje por orgullo, suponiendo que ésta es una mejor observancia de la Ley, debe ser excomulgado. MEYER 126. La insistencia de S. Atanasio al presentar este rasgo edificante de S. Antonio, es alusión indudable a la existencia real de un cierto menosprecio por los clérigos en los ambientes monacales que conoció o frecuentó. Este va a hacer un punto de fricción constante a lo largo de la historia de la Iglesia, con las disputas medievales entre seculares y regulares, hasta las modernas discusiones sobre el sacerdocio de los monjes y sobre el valor de la vida retirada. Es interesante hacer notar que en las controversias que en los siglos XI-XII opusieron a benedictinos y canónigos regulares, S. Antonio fue invocado por ambos lados. J. LECLERQ, *S. Antoine dans la tradition monastique médiévale,* Stud. Ans. 38 (1956) 239.

(66) Aunque la "*Vida*" no utiliza la palabra "*apátheia*", el estado aquí descrito de perfecto control de sí mismo, de estabilidad, de libertad de toda pasión, corresponde a ella. El alma purificada ha llegado, pues, a lo que siempre ha constituido el ideal de todo asceta: junto a la estabilidad moral se tienen la pureza y la vida del alma de acuerdo a su naturaleza. El hombre que ha logrado este alto grado de perfección, está libre de distracciones de este mundo y de los ataques del demonio, y puede entonces dedicarse por completo a la contemplación de las cosas divinas. Ya nada lo perturba, ni es desgarrado de un lado a otro por sus deseos o inquietudes. De ahí que todo lo que turbe su alma o la saque del equilibrio logrado, es malo; es bueno todo lo que favorezca la estabilidad lograda. CASIANO, *Coll* 9.2.1 denominará este estado: inmóvil tranquilidad del alma. Esta expresión no es otra que la versión latina de la "*apátheia*", concepto esencial de la filosofía estoica, y que pasó al lenguaje espiritual cristiano a través de los alejandrinos Clemente y Evagrio Póntico, aunque eliminando en parte la negación de lo humano que ella comporta. Para el cristiano, Cristo aparece como el verdadero "*apathés*". S. Antonio aparece, pues, imperturbable en su alma, pero llevado por un inmenso amor a Dios y a sus hermanos, cuya vida y sufrimientos no le son indiferentes. LORIE 108-126.

(67) Llamados así según Melecio, ob. de Lycópolis en Egipto (c. 325). No deben confundirse con el obispo homónimo de Antioquía y su cisma, medio siglo más tarde. A raíz de la persecución de Decio, se enfrentan a partir de 306 Melecio y Pedro de Alejandría, el futuro mártir, entonces encarcelado. Melecio propugna una actitud severa con los "lapsi" o cristianos apóstatas de la persecución. Deportado él mismo, a su regreso organiza en

Egipto una jerarquía cismática. Posteriormente el Concilio de Nicea tomó medidas en su contra. Estos melecianos se unieron a los arrianos, destacando en su lucha contra S. Atanasio. J. DANIELOU, *Nueva Hist. de la Igl.* 282.

(68) Una vieja herejía gnóstica, llamada así por su fundador Mani (aproximadamente entre 216 y 275). Está vinculado al sincretismo religioso que caracterizó el período parto. Mani, primero baptista mandeo, entra en contacto posteriormente con diversas formas religiosas; cristianismo, budismo, religiones helenistas, zoroastrismo, y de todas ellas toma elementos para su nueva religión. Ella va a tener expansión universal, desde China hasta Africa del Norte (que tuvo entre sus miembros también a S. Agustín en la primera época de su vida), y se va a prolongar hasta la Edad Media. J. DANIELOU, *Nueva Hist. de la Igl.*, 230-232.

(69) Es la gran herejía del siglo IV. Toma su nombre de Arrio, libio, nacido en la segunda mitad del siglo III, y era presbítero de Alejandría. Tal vez perteneció al cisma meleciano (ver nota 67). Hacia 318 se opone violentamente a su obispo, Alejandro de Alejandría, en un punto de la teología trinitaria: defiende el subordinacionismo ontológico del Verbo. La controversia arriana, que conmovió toda la cristiandad y que alcanzó contornos a veces violentísimos, ocupó toda la vida de S. Atanasio, desde que era diácono de Alejandria. J. DANIELOU, *Nueva Hist. de la Igl.*, 287 ss.

(70) Aquí la palabra "hermanos" parece más bien significar "cristianos". Así la fórmula "los obispos y todos los hermanos" abarca toda la comunidad cristiana. LORIE, 36. Cp nota (1).

(71) E (PL 73, 157C) añade: No se puede expresar cuánto sirvió la predicación de este gran hombre para fortalecer la fe del pueblo.

(72) "Varón de Dios", "Hombre de Dios". Título dado ya por la Escritura a ciertos hombres escogidos por Dios, que se distinguían por su palabra y hechos poderosos (especialmente Moisés y los profetas; cp Hech 7, 22). S. Atanasio presenta a S. Antonio según el esquema típico ya existente del "Hombre de Dios" bíblico, además de algunas connotaciones del "Hombre divino" helenista. Este esquema ya es reconocible en el ideal de perfección de Clemente y Orígenes. De todos modos, S. Antonio es presentado como el "Hombre de Dios" ejemplar. De los diversos matices, destacan al asceta y luchador contra los demonios, amigo de Dios; otros quedan menos subrayados como el taumaturgo o el profeta. Finalmente, toda la vida y acción de este "Hombre de Dios" es guiada y mantenida por la fe en Jesucristo, el Dios hecho Hombre. B. STEIDLE, o.c. 148-200.

(73) Literalmente: "no habiendo aprendido las letras". ¿Es éste un rasgo realmente histórico? Algunos autores (L. v. HERTLING, MEYER) piensan que esto sólo significa que no recibió la formación retórica y humanística que habría sido usual en una familia acomodada como la de Antonio. COLOMBAS piensa que este rasgo (cp tb 1, 1; 73, 1) es reflejo de un propósito de S. Atanasio: probar que no son las letras sino la virtud lo que acerca a Dios, y que la profunda sabiduría de S. Antonio no se debía a su formación humana sino a la ilustración divina. COLOMBAS, 63.

(74) CASIANO, *Inst.* 5, 33 s. trae algo semejante de apa Teodoro: "Una vez que trataba de esclarecer una cuestión muy oscura, persistió infatigable en la oración siete días y siete noches consecutivas, sin cesar en su empeño, hasta que mereció conocer, por una revelación divina, la solución deseada". "El monje que suspira por conocer a fondo las divinas Escrituras no debe preocuparse demasiado de hojear los comentarios, sino enderezar sobre todo el cuidado de su espíritu y el ardor de su corazón a depurarse de sus vicios y pecados". (Trad. de L. M. y P. M. SANSEGUNDO, Ed. Rialp, Madrid, 1957, 216-217).

(75) Aquí se advierten dos elementos bien conocidos de la psicología antigua: la preexistencia y la metempsicosis del alma. En el ámbito griego esta creencia es propia sobre todo del orfismo, de Pitágoras, Plantón, los gnósticos y el neoplatonismo. MEYER, 130.

(76) Es la "*Psykhé*", "alma del mundo", "alma del todo", "alma cósmica", tercero de la Tríada de Principios Divinos de Plotino, de la cual emanan las almas individuales.

(77) Es el "*Nous*", segundo de la Tríada plotiniana.

(78) En verdad, en la doctrina plotiniana el principio emanatista permite la identificación del Alma y las almas sólo hasta cierto límite.

(79) Es el primer principio de la Tríada de Plotino, llamado también "Uno", "Absoluto".

(80) Son las divinidades tutelares egipcias, cuyo culto se había extendido también entre griegos y romanos. Se alude a la larga búsqueda que debe emprender Isis tras el cuerpo de su esposo Osiris, asesinado y posteriormente descuartizado por su hermano Tifón. MEYER, 132.

(81) Kronos (el Saturno de los romanos). El más joven de los titanes, hijo de Gea y de Urano, a quien despojó del gobierno del universo. Casado con su hermana Rea, reinó con ella sobre el mundo. Según un oráculo, sería destronado por uno de sus hijos; para evitarlo, los devoraba apenas iban naciendo. Por una astucia de su madre Rea, pudo salvarse Zeus, que, cuando llegó a adulto, declaró la guerra a los titanes y a su padre, venciéndolos a todos.

(82) E (PL 73, 159C) añade: "Avergüéncense del parricidio y del incesto de Júpiter; avergüéncese de sus coitos con mujeres y muchachos. El, como cantan sus poetas, en el culmen y furor de su espantosa lujuria, lanzaba placenteros quejidos. El se arrojó dentro del seno de Dánae, como amante y como precio. Con armoniosas alas buscó los abrazos de Leda. Encarnizándose con su propio sexo, manchó en mala hora el hijo del rey.

(83) La utilización de la alegoría aparecía a los cristianos como el último y desesperado esfuerzo por defender el panteón pagano contra burlones e incrédulos. De ahí la frecuente crítica de los primitivos escritores cristianos contra la alegoría como racionalización de los antiguos mitos. MEYER, 132.

(84) "*Demiurgós*" e.d. artesano. En el lenguaje filosófico pagano se suele usar la palabra para el Creador del universo. En el NT se halla en Hebr 11, 10. La literatura cristiana usó el término también del demonio, como autor del mal. Pero su uso preferente era aplicado a Dios Creador. LAMPE, 342.

(85) E (PL 73, 160C) añade: Harto duro parece esto para todo trabajo, ya que después que uno ha hecho todo como corresponde, se da el mérito del trabajo más a lo hecho que al que lo hizo.

(86) "*Deisidaimonía*"; para los paganos significaba normalmente "respeto debido a los dioses", "religión"; para los cristianos significaba "superstición, falsa religión". Cap tb Hech 17, 22. LAMPE, 335; MEYER, 133.

(87) S. Serapión (cp tb 91, 11) fue superior de una colonia de anacoretas antes de llegar a ser obispo de Thmuis en el Bajo Egipto. Según los testimonios de los historiadores cristianos, fue hombre de gran santidad y saber. S. JERONIMO, en su *De vir. ill.* 99 le atribuye el sobrenombre de "*Scholasticus*", y dice que escribió un tratado contra los maniqueos, uno sobre los títulos de los salmos y varias cartas. En PG 40 se conservan una Carta a Eudoxio y otra a los monjes, además de fragmentos de su tratado contra los maniqueos. La obra más conocida que se le atribuye es el "*Eucologio*" o Sacramentario; es una colección de treinta oraciones litúrgicas, de gran importancia para la historia de la liturgia cristiana antigua. Siendo amigo de S. Atanasio, se vio envuelto en la controversia arriana, fue también expulsado de su sede episcopal. Murió en 362. H. ROSWEYDE, PL 73, 186D; MEYER, 134; LAMPE, xxxix.

(88) Al decir la "*Vida*": "el actual asalto", parece indicar que estos sucesos ocurrían cuando S. Atanasio escribía el libro. Por lo demás, en la "Apología de su fuga", describe, tal vez con algo de hipérbole, las crueldades y excesos de los arrianos.

(89) E (PL 73, 163B) añade: Entonces, consiguiéndose a los obreros paganos como escolta y llevando palmas (que es signo idolátrico en Alejandría), obligaron a los cristianos a ir a la iglesia, para que se los tomara por arrianos. ¡Qué horror! El ánimo no se atreve a contar lo que pasó. Vírgenes y damas fueron violadas. Se vertió la sangre de las ovejas de Cristo en el templo de Cristo, y con ella rociaron los venerables altares. El bautisterio fue profanado por los paganos a voluntad.

(90) Esta comparación de los arrianos con las mulas es característica del lenguaje de la época, y refleja el concepto que tenía S. Atanasio de los herejes.

(91) "*Doux*", del latín "*dux*". Era el título del comandante militar de una o varias provincias. Este oficio fue creado por el emperador Diocleciano, al separar los poderes civiles y militares, debilitando así la autoridad de los prefectos que hasta entonces ejercían ambos poderes. LAMPE, 385; MEYER, 135.

(92) *Apotegmas de los Padres*, Antonio, 10; Guy, 21, Dion, 31; PL 73, 858A.

(93) Metáfora tomada de la unción de los atletas en los juegos deportivos de griegos y romanos. MEYER, 135.

(94) Desde los primeros días de la Iglesia se tuvo la costumbre de honrar los cuerpos de los mártires y de los hombres santos. Es probable que S. Atanasio y S. Antonio rechacen no el hecho de que se los honre, sino de que se guarde los cuerpos en las casas en lugar de sepultarlos como había sido siempre la costumbre cristiana. En todo caso, que el mismo honor se diera a los mártires y a los hombres santos, demuestra una vez más que la vida ascética había tomado todos los paralelos del martirio. E. E. MALONE, o.c. 216 s.

(95) En la medida en que el cristianismo, con su visión espiritualizada de la vida más allá de la muerte, fue penetrando las costumbres egipcias, fueron disminuyendo el embalsamamiento y la momificación, prácticas asociadas a la creencia en la necesaria participación del cuerpo en la otra vida.

(96) La tradición ha identificado a estos monjes como Amatas y Macario (PALADIO en su "*Historia Lausiaca*"), o Isaac y Pelusiano (*Vida de S. Hilarión*). H. ROSWEYDE, PL 73, 192B.

(97) E (PL 73, 167C) añade: "De la alegría de su rostro podía conocerse la presencia de los santos ángeles que habían descendido para conducir su alma". La aparición de ángeles en la muerte de un santo hombre es rasgo típico en las "Vidas" posteriores. Es motivo igualmente frecuente el resplandor o la alegría en el rostro del agonizante. B. STEIDLE, o.c. 173.

(98) La tumba fue descubierta en 561, y su cuerpo trasladado a Alejandría. Cuando los sarracenos dominaron Egipto en 635, los restos fueron llevados a Constantinopla. Desde allí fueron trasladados a Francia a fines del siglo X o comienzos del XI, y desde 1491 se guardan en la iglesia de San Julián en Arles. *Lexikon f. Theol. u. Kirche*, 3a. ed., 1957, 667. COLOMBAS, 62, no parece compartir esta opinión. Sobre el dato del texto, cp Dt 34, 6.

(99) También estos detalles corresponden a los de la vida de Moisés; cp. Dt 34, 7. Cp tb B. STEIDLE, o.c. 159 ss.

VIDA DE SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO (228-341) EXTRACTO DE LA "VITA PAULI EREMITAE" ESCRITA POR S. JERONIMO (1)

1. Al empezar S. Jerónimo esta vida tan ejemplar y conmovedora, refiere que en su tiempo se discutía sobre "quién fue el primero de los ermitaños", llegando algunos a atribuirlo a Elías, o al Bautista. "Pero yo creo —dice el Santo Doctor— que Elías, más que ermitaño, es un profeta, y S. Juan lo fue ya antes de nacer". La cuestión está, pues, entre S. Pablo y S. Antonio, "de quién de los cuales fue rigurosamente el primero, aunque S. Antonio encabezó este movimiento y dio el impulso a este género de vida". Y el mismo Santo Doctor (2) resuelve esto diciendo: "En cuanto a la vida eremítica en los grandes desiertos, el *primero* fue S. Pablo, el *maestro* S. Antonio y el *príncipe* S. Juan Bautista".

2. **Nacimiento y primeros años de su vida.** Nació S. Pablo en el año 228 (3) en la Tebaida inferior. A la edad de 15 años perdió a sus padres, quedando con una hermana ya casada, dueño de una rica herencia, muy instruido en las letras griegas y egipcias, pacífico de corazón y muy amante de Dios. Como retumbase el temporal de la persecución, huyendo el joven Pablo del peligro del alma más bien que del martirio, se retiró a una casa de campo remota y escondida, teniendo entonces unos 22 años.

En efecto, sucedía esto, como añade S. Jerónimo, "durante la espantosa persecución de Decio" (249-251), en la cual murieron

144.000 fieles de la Tebaida, y cuya satánica crueldad, descrita por el Santo Doctor, consistía principalmente en las terribles tentaciones, con las cuales, "el enemigo no buscaba los cuerpos, sino las almas". No quería hacer mártires, sino apóstatas; "y aun los que habían resistido a las sartenes enrojecidas", a no ser por una gracia especialísima de Dios, eran vencidos por tan infernales procedimientos.

3. **Estos eran, pues, los peligros del alma** de los cuales huía el joven Pablo al salir de su casa en busca de un lugar de refugio entre las montañas que se extienden hacia el Oriente, como explicaremos. A una prudente distancia de la población se habría quedado, esperando el final de la persecución, a no ser por la circunstancia que refiere S. Jerónimo, diciendo: Que el marido de la hermana, para quedarse con la herencia del Santo joven, empezó a querer delatar ante los tribunales al que debiera haber encubierto. No le enternecieron las lágrimas de la esposa, ni la proximidad del parentesco, ni el mismo Dios, que de lo alto lo ve todo: nada fue capaz de apartarle de su crimen. Imperturbable, insensible, persistía en su propósito, aun disfrazando su crueldad con capa de piedad. De lo cual enterado el prudentísimo joven, se alejó más todavía por la antedicha cordillera (4) en dirección a la costa del Mar Rojo. Conformado, pues, con la voluntad de Dios, "convirtió la necesidad en voluntad". De este modo, avanzando poco a poco, para después detenerse, y haciéndolo así muchas veces, por fin llegó a una "montaña de piedra" (5), a cuyos pies una cueva no muy grande cerrábase con una roca. La cual apartada (según el deseo de los hombres, de conocer lo oculto); y explorando con la mayor atención, adviritió más adentro un gran vestíbulo que, a cielo descubierto, sólo tenía a manera de techo las prolongadas ramas de una antigua palmera, al lado de una fuente de agua cristalina, cuya corriente a poco de brotar era absorbida por la misma tierra que la había engendrado. Había también por aquel monte de peñascos muchas otras cuevas (6), en las que se veían yunques, martillos y moldes con que se acuña la moneda. De este lugar dicen los libros egipcios que fue una fábrica clandestina para hacer moneda falsa por aquel tiempo en que se unió Marco Antonio con Cleopatra (7).

4. Por lo tanto, habiendo puesto su corazón en esta morada, como si Dios se la hubiera deparado, allí permaneció en oraciones

y soledad aquellos 91 años que le quedaban hasta su muerte. La palmera, con sus hojas le ofrecía con qué hacerse el vestido y con sus dátiles la comida con que se alimentó hasta la edad de 53 años. Desde esta fecha, Dios proveyó milagrosamente con el pan del cielo, como luego se dirá.

5. S. Antonio visita a S. Pablo. En 341, "habiendo llegado S. Pablo a los ciento trece años de su vida celestial en la tierra, y habitando en otra soledad S. Antonio (8), que a la sazón era nonagenario (como él mismo solía decir), empezó a molestarle una tentación de vanagloria, fijándose en su mente el pensamiento que nadie habría servido a Dios por tanto tiempo en una austeridad de vida como la suya y tan retirado de toda comunicación con el mundo en los grandes desiertos. Dios permitió esta tentación para cumplir sus altísimos destinos. Y en efecto, mientras S. Antonio descansaba, en la noche siguiente, le fue revelado que otro ermitaño había mucho mejor que él y que debía ponerse en camino para visitarle. Luego de amanecer, el venerable anciano, sosteniendo sus débiles miembros con la ayuda de su cayado, empezó a caminar hacia un lugar desconocido, confiando en el Señor que le mostraría aquel portento de santidad. Al llegar a mediodía, derretíase, ciertamente, bajo los ardientes rayos del sol, mas no desistía de seguir el camino emprendido, diciendo: Confío en mi Dios que me hará encontrar a mi consiervo, según me ha prometido".

Apenas había dicho esto, cuando vio pasar un animal, medio hombre y medio caballo, al cual los poetas llaman *hipocentauro* (9). Antonio hizo sobre su frente la saludable señal de la cruz (10) y luego le preguntó: "¡Hola, dime: ¿en qué parte de esta montaña mora el siervo de Dios?" Y el monstruo, que más parecía ensañar que hablar, profirió unos sonidos bárbaros, y buscó con su áspero y espantoso rostro la suave voz del viejo y, extendiendo su derecha, le mostró el camino que deseaba. Hecho esto, se dio a la fuga por aquellos médanos, y como volando despareció de los ojos de Antonio. Ahora, si esto haya sido ficción maliciosa del demonio para espantarlo, o si acaso el yermo, tan fecundo en animales monstruosos, haya engendrado también esta bestia, queda incierto.

Admirado, pues, Antonio de lo que había visto, y revolviendo en su pecho lo que había pasado, prosiguió su camino.

Al poco rato vio en un valle peñascoso a un hombrecillo pequeño, con la nariz ñata; sobre la áspera frente tenía unos cornezuelos y la última parte de su cuerpo remataba en pies de cabra. Antonio, sin turbarse tampoco por este espectáculo, asió como buen luchador el escudo de la fe (11) y la cota de la esperanza. Pero no obstante su repugnante aspecto, el sobredicho animal le trajo, como en prenda de paz, unos dátiles para el sustento de su camino. Viendo esto, San Antonio se paró y, preguntándole quién era, ése le contestó: "Yo soy mortal y uno de los moradores del yermo, que la gentilidad, engañada por sus muchos errores, adora y reverencia bajo los nombres de sátiros, faunos e íncubos. Vengo a ti como embajador de mi manada a pedirte ruegues al Dios común de todos, el cual sabemos que vino por la salud del mundo, y su fama se divulgó por toda la tierra" (12).

Oyendo estas palabras, el viejo caminante regaba su rostro con lágrimas en señal de la gran alegría que sentía su corazón, y holgábase mucho por la gloria de Cristo y la caída de Satanás. También se admiraba de cómo había podido entender sus palabras. Luego golpeó con su báculo la tierra y dijo: "¡Ay de ti, Alejandría, que adoras a los monstruos en vez de Dios! ¡Ay de ti, ciudad ramera (13), a la cual han concurrido todos los demonios del mundo! ¿Qué podrás decir ahora, pues las bestias alaban y confiesan a Cristo: y tú en lugar de Dios honras a los monstruos?"

El santo viejo pasó adelante sin ver por el camino otra cosa sino huellas de bestias y la inmensa vastedad del desierto. No sabía qué hacerse ni a qué parte echarse. De esta manera había pasado ya el segundo día. Sólo le quedaba como único consuelo confiar que Cristo no podía desampararlo. La segunda noche oscura la gastó toda en oración: y en las penumbras del crepúsculo matutino vio de lejos la sombra de una loba que corría jadeante de sed hacia las estribaciones de un monte. Y clavando en ella sus ojos, vio allí cerca una cueva. Yéndose la loba, Antonio se fue allí y comenzó a mirar hacia adentro. Mas la oscuridad reinante no le permitió satisfacer su curiosidad. Pero, como dice la Santa Escritura, la caridad perfecta echa fuera el miedo (14), poco a poco pasó adelante y, conteniendo su respiración, nuestro solícito explorador entró en la cueva. Adelantó paso por paso, parándose a menudo, y escuchaba con atención, si conseguía oír algún ruido. Finalmente columbró de lejos una luz a través del horror de la

noche ciega y, mientras avanzaba aún más animado, tropezó con una piedra e hizo un ruido.

A este sonido cerró el bienaventurado Pablo su puerta y apretó el cerrojo.

Entonces se arrojó Antonio al umbral y estuvo allí hasta mediodía y aun más, rogando que le abriese. "Bien sabéis, decía, quién soy y de dónde vengo y a qué he venido. También yo sé que no merezco veros. Mas, a pesar de esto, no me iré de aquí sin haberos visto. ¿Por qué, admitiendo las bestias, desecháis al hombre? Os he buscado y hallado; ahora llamo a la puerta para que me abráis. Si no lo consigo, moriré aquí delante de vuestros umbrales: así a lo menos habréis de enterrar mi cuerpo".

Enternecido S. Pablo al oír estas palabras, contestó:

"Nadie pide gracias con amenazas; ninguno hace agravio con lágrimas. Y si vienes para morir ¿de qué te admiras si no te recibo?"

7. "Diciendo esto y sonriéndose, *abrió de par en par;* y mientras se abrazaban con grande amor y ternura, saludáronse por sus propios nombres, como si desde mucho tiempo antes se hubieran conocido. Y al momento, movidos por un mismo impulso, levantaron los ojos al cielo, dando gracias al Señor por aquella merced de que al fin se hubieran encontrado. Por último, después de besarse con el ósculo santo, sentáronse aquellos dos venerables ermitaños, y empezó S. Pablo a hablar de esta manera:

—"Aquí tienes, Antonio, al que has buscado con tanto trabajo: mira estos miembros consumidos ya por la vejez; he aquí, desgreñado y cubierto de canas, a un hombre que muy pronto se convertirá en polvo. Pero, ya que la caridad todo lo dispensa, cuéntame, te ruego: ¿Cómo anda el género humano? ¿Todavía se construyen casas nuevas en ciudades antiguas? ¿Quién gobierna el mundo? ¿Hay todavía gente ciega que adora a los demonios con el culto supersticioso de los ídolos?"

De todo le dio cuenta S. Antonio al por menor; quien, a su vez, preguntó luego a S. Pablo con qué ocasión había venido al desierto, cuántos años había vivido en aquella soledad, cuántos tenía de edad, y cómo se había sustentado y pasado tanto tiempo?, etc. Y S. Pablo, para satisfacer el deseo de S. Antonio, le informó brevemente de toda su vida.

8. El pan del cielo: "Doble ración a los soldados de Cristo".

Estando en estas pláticas aquellos dos ángeles de la tierra, vino a interrumpir tan sabroso diálogo el aleteo de un cuervo, que airosamente se posó sobre la rama de un árbol frente a ellos, y de ahí, bajando en suave y ondulante vuelo, depositó ante sus ojos maravillados un pan, desapareciendo luego en el espacio.

—"¡Ea, hermano, dijo entonces S. Pablo; he aquí que el Señor "nos ha enviado la comida! ¡Oh qué bueno y misericordioso es Dios! "Sesenta años hace ya que recibo siempre medio pan cada día, y "ahora, porque has venido, envía doble ración a sus soldados".

Una piadosa contienda. Luego, después de rendir la debida acción de gracias, sentáronse ambos al lado de la cristalina fuente para comer. Mas sobrevino entonces una contienda sobre quién debía partir el pan, y en tan piadosa porfía de humildad discutieron hasta el anochecer (15). Pablo se fundaba en la costumbre de tratar con deferencia a los huéspedes y Antonio se defendía diciendo que él era más joven y por derecho le pertenecía a Pablo, en razón de la edad. Por último, asiendo el uno de una parte el pan y el otro de la otra, lo partieron; y dando infinitas gracias a Dios, tomaron su alimento. Después de esto, arrimando su boca enjuta a la corriente clara del arroyuelo, sorbieron un poco de agua; e inmolando a Dios el sacrificio de alabanza, y conversando después sobre las cosas de Dios y del cielo, deslizáronse en santas pláticas y oraciones las vigilias de la noche".

9. S. Pablo pide ser amortajado con la capa de S. Atanasio. "Al amanecer del nuevo día S. Pablo dirigióse a S. Antonio, diciendo: —"Mucho tiempo hace, hermano Antonio, que yo sabía que morabas por estos contornos; y tiempo ha también que Dios me había prometido que te enviaría para que me visitases, porque eres compañero mío en el servicio de Dios. Mas ahora que ha llegado el tiempo de mi muerte, el tiempo por mí tan deseado (16), "de verme libre de las ataduras de este cuerpo, y estar con Cristo"; y porque ya (17), "concluida mi carrera... nada me resta sino aguardar la corona de justicia...", por esto tú has sido enviado por el Señor, para que entierres mi pobre cuerpo y devuelvas la tierra a la tierra".

Al oír S. Antonio estas palabras, entre lágrimas y gemidos le rogaba que no le dejase y que le tomase por compañero en tal viaje. —"No quieras lo que Dios no quiere —respondió S. Pablo—,

ni busques tu provecho, sino el de tus Hermanos. Bueno sería para ti dejar esta pesada carga del cuerpo y seguir al Cordero inmaculado en las moradas celestiales; pero a tus Hermanos conviene que vivas para que les enseñes y acabes de formarles con tu ejemplo. Por tanto te ruego que vayas luego —si no ha de serte muy molesto— y me traigas el manto que te dio el Santo Obispo Atanasio, para que envuelvas con él mi pobre cuerpo y lo entierres".

Pudo ciertamente decir esto S. Pablo para ahorrarle la pena de verle morir, como dice S. Jerónimo; o para quedar solo en oración mientras esperaba el momento de ser llamado para salir de este mundo, según otro autor (18); pero más bien nos adherimos a la opinión (19) de que el verdadero motivo (cfr. P. IV, c. 12, n. 3) era el celo apostólico de S. Pablo, que así quería demostrar su simpatía por el gran defensor de la fe católica contra la herejía arriana y quería morir en el seno de la Iglesia, de cuya fe S. Atanasio era todo un símbolo. ¿Cómo no vamos a ver en todo esto la Providencia de Dios...?

10. La infinita ternura de aquella despedida. "Pasmado, pues, S. Antonio de lo que acababa de oír sobre el manto de S. Atanasio (porque, no habiéndoselo dicho él, no podía saberlo sino por divina revelación); como si viera a Cristo en Pablo, y adorando a Dios en su pecho, ya no tuvo ánimo para replicarle. Entonces, pues, llorando silenciosamente, y besados tiernamente sus ojos y sus manos, tomó el camino para el monasterio que más tarde fue ocupado por los sarracenos" (el de Colzum, en 357; cfr. P. I, c. 14, n. 7).

"Por cierto que los pasos no podían seguir el impulso de sus anhelos; sin embargo, aunque su cuerpo estuviera extenuado por los ayunos y por lo avanzado de sus años, suplía con su ánimo las fuerzas que le faltaban. Por fin, fatigado y sin aliento, vencidas todas las dificultades, llegó a su celda. Y he aquí que, al salirle al encuentro, angustiados por la tardanza, los dos discípulos que, por razón de su ancianidad, habían empezado a servirle (20), como le dijeran: "¿Dónde habéis estado tanto tiempo, Padre? S. Antonio respondió: "¡Ay de mí, pecador, que sólo tengo el nombre de religioso! He visto a Elías, he visto a Juan Bautista en el desierto, y en verdad he visto a Pablo en el paraíso". Sin decir más, y golpeándose el pecho con la mano, sacó de su celda el manto (o capa) de S. Atanasio.

Y al pedirle los discípulos que les declarase más lo que aquello era, solamente les respondió: Tiempo hay de hablar y tiempo de callar".

"Y así salió de su celda, con tanta prisa, que ni siquiera se llevó nada para comer; y por el mismo camino de su venida se volvió, con los anhelos del ciervo que corre a la fuente de aguas, deseando saciarse una vez más con la vista de aquella excelsa santidad. Allá se le iban los ojos y toda el alma, ardiendo en deseos de ver al que había dejado en los umbrales del paraíso. Temía, en efecto, lo que sucedió: que diera su alma a Dios estando él ausente".

11. El alma de S. Pablo subiendo a los cielos. "Diríase (21) que al águila vieja se le había renovado la juventud"; y lejos de desmayar, a medida que se acercaba al fin de su carrera iba aumentando sus fuerzas y ligereza. Pero estaba en los designios de Dios que no le había de ver más en este mundo.

"Amanecido ya el otro día, cuando sólo faltábanle tres horas de camino, he aquí que, levantando los ojos al cielo, vio el alma de San Pablo, entre millares de ángeles y los coros de los Profetas y Apóstoles, acompañada con músicas inefables y más blanca que la nieve, subiéndose a los cielos.

"Al momento, dejándose caer en el suelo sobre su rostro, echaba tierra a su cabeza en señal de dolor; y llorando y gimiendo, decía: ¿Por qué me dejas, Pablo? ¿Por qué te vas sin despedirte de mí? ¡Tan tarde te conocí y tan pronto te perdí!...

"Refería más tarde S. Antonio que con tanta velocidad recorrió lo restante del camino, que no parecía que andaba, sino que volaba. Al entrar en la cueva, vio, exánime, el cuerpo de S. Pablo arrodillado, con la cabeza alta y los brazos levantados al cielo, "en un gran gesto de oblación" (22). De tal manera, que, creyendo que aún vivía y oraba, arrodillóse también S. Antonio para orar junto a él. Mas después, al notar que no se le oía suspirar, como solía hacerlo durante su oración; e imprimiendo en su santo rostro un tierno y delicado beso, entendió que era muerto, y que el cadáver del santo, tal como lo había dejado su alma, continuaba en la misma actitud de orar a Dios, "para el cual (23) viven todas las cosas", aunque sean inanimadas.

12. Los dos leones cavando la sepultura. "Entonces, después de amortajar y sacar afuera el cuerpo, mientras cantaba los himnos

y salmos que suelen decirse, según la cristiana tradición, para los difuntos; al encontrarse con que no tenía la herramienta necesaria para abrir la sepultura, le sobrevino una nueva angustia. Y en esta dificultad, fluctuaban en su mente muchos pensamientos, sin saber qué partido tomar. Porque decía: Si vuelvo al monasterio, necesito tres días para regresar, durante los cuales no conviene dejar sólo el santo cuerpo; y si me quedo aquí, no adelanto nada. Moriré, pues, aquí, Señor; y junto a este tu soldado caeré hasta dar el postrer suspiro".

"Estando en este apuro, vio salir de las interioridades del desierto dos leones que, con sus crines al viento en su impetuosa carrera, se le iban acercando. Y aunque al verlos tuvo un poco de sobresalto, mas luego, levantando el corazón a Dios, se estuvo quedo y sin temor alguno, como si viera dos mansas palomas. Los dos leones se fueron derecho al cadáver del Santo anacoreta, y echados a sus pies, con el movimiento de sus colas demostraban su cariño. Después, con pavoroso estruendo empezaron a rugir, como si llorasen su muerte al modo que podían; y no lejos de allí pusiéronse a escarbar con sus manos y sus uñas; y sacando a porfía la arena, cavaron una hoya capaz para contener el cuerpo de un hombre. Y, como si tuvieran sentido y pidieran paga por su trabajo, moviendo las orejas y bajando la cabeza, se acercaron a S. Antonio, lamiéndole las manos y los pies. Entendiendo el Santo que le pedían la bendición, mientras alababa al Señor, a quien las bestias fieras reconocen y obedecen, dijo: Señor, sin cuya providencia no cae una hoja del árbol ni un pajarillo del aire, dad a estos animales lo que Vos sabéis que les conviene. Y haciéndoles seña con la mano, les mandó que se fuesen".

13. S. Antonio da sepultura a S. Pablo y regresa al monte Colzum. "Habiéndose retirado los leones, tomó S. Antonio sobre sus hombros el santo cuerpo de su amigo, púsolo en la sepultura y lo cubrió de tierra, arreglándolo según la costumbre de los cristianos. Después de pasar en oración toda la noche ante la sepultura de S. Pablo, al día siguiente fue a ver por última vez la gruta que había sido casi por espacio de un siglo el único testigo de las virtudes del valeroso ermitaño, hallando en ella una sola cosa que diese testimonio de haber sido aquel lugar morada de un mortal. Era una túnica de hojas de palmera, tejida por el mismo Pablo. Tomóla Antonio para sí cual preciosa herencia y con este tesoro

regresó a su monasterio, y contó a sus dos discípulos, todo por su orden, lo que le había sucedido; y en prueba de la estima en que tenía aquella presea, vestíasela por fiesta y regocijo los días de Pascua de Resurrección y del Espíritu Santo".

14. Muerto S. Pablo (24) el diez de enero, en tal día celebróse su fiesta hasta el siglo XVI, en que el papa S. Pío V la trasladó al 15 de dicho mes, como hoy la celebramos. Las reliquias de S. Pablo (25) fueron trasladadas a Venecia y más tarde a Buda, bajo la custodia de los Ermitaños de S. Pablo. Pero la gruta del Santo sigue siendo visitada, como el monte Colzum, donde murió S. Antonio; y la mejor prueba de ello es el "camino moderno" que desde Beni-Suef (cfr. P. I., c. 1, n. 13 s) conduce a sus respectivos santuarios. Casiano (*Collationes,* 18, 5) habla del Santo anacoreta, como también Sulpicio Severo (*Dialog.* I, 17), diciendo que ya en 402 la citada gruta había sido convertida en lugar de peregrinación.

NOTAS

(1) Dice Bolando (*Prologs.,* S. IX, 44) que S. Jerónimo la escribió en Italia o al llegar a Siria, luego de recibir de su amigo Evagrio la traducción de la *Vida* de S. Antonio (368). No es probable que la publicación de S. Jerónimo se hiciera tan pronto; pues para ello tuvo que encontrarse con Amatas y Macario, que le dieron los apuntes. Riber dice que la escribió "en 374 y en el desierto de Calcis".

(2) Ep. 22 and Eust., ap. Bold., (ibíd., S. III, 14).

(3) Sabiendo que murió en 341 de edad de 113 años, su nacimiento tenía que haber acaecido en 228, y con esto deducimos las demás fechas de su vida. Su pueblo natal quizás fuera Hipponon, que está situado al lado del Nilo, en la misma latitud de la gruta del Santo anacoreta. La razón de tal suposición es lo que dice S. Jerónimo: Que S. Pablo, caminó siempre en dirección al Oriente hasta que encontró su gruta, situada a unos 10 a 15 km. antes de llegar al Mar Rojo. (Cfr. P. I, c. 1, n. 14).

(4) En el *Atlas Antiquus* de Perthes se ve bien destacada esta cordillera, que desde Hipponon, a orillas del Nilo y a unos 25 km. al sur del paralelo 29, va hacia el este, hasta juntarse con la otra cordillera del Galala meridional. En todo el trayecto se nota el curso de varios arroyos, lo cual hizo posible el camino del santo joven hasta su morada definitiva. Muy diferente del camino que siguió S. Antonio desde Pispir al Colzum, tan falto de aguas, como se ha dicho (P. III, c. 7).

(5) Característica general en todo el Galala meridional, como dijimos del Colzum: "*saxeus mons*" (cfr. P. I, c. 1, n. 11).

(6) Añade Riber (1. c., p. 151) que "en todo aquel contorno de roca (*indret rocós*) no eran pocas las montañas que mostraban claramente la huella de la mano del hombre y que el hierro las había excavado..." Podemos, pues, hacer extensivo a esta parte sur-este del Galala meridional, donde habitaba S. Pablo, lo que dice Estrabón (cfr. P. I, c. 1, n. 11)

sobre el origen de las cuevas del Colzum, es decir, que todo aquel núcleo de montañas había sido la gran cantera de donde salieron las piedras para la construcción de las milenarias pirámides de Egipto. Aquellas cuevas sirvieron después para los fabricantes de moneda falsas y más tarde fueron convertidas en moradas celestiales para cobijar a los ángeles de la tierra, como eran aquellos santos ermitaños.

(7) Este reinado terminó trágicamente el año 30 antes de Jesucristo.

(8) Sólo distaban, en línea recta, unos 30 km. los dos Santos anacoretas. (Cfr. P. I, c. 1, n. 14). Esta relativa proximidad fue preparada por la divina providencia desde veinte y tantos años antes, al hablar a S. Antonio (cfr. § *65*, P. III, c. 5) por aquella voz del cielo, que le hizo cambiar de rumbo hacia el Oriente, cuando el Santo pensaba ir a la Tebaida superior. Así vino a establecerse por aquellos contornos donde vivía S. Pablo, para que en el tiempo oportuno destinado por Dios fuera posible el feliz encuentro que estamos refiriendo.

(9) Recuerdos mitológicos de una raza salvaje de hombres, que según la leyenda vivían en Tesalia, convertidos por los poetas en monstruos fabulosos, mitad hombres y mitad caballos: cfr. DANTE, *Infierno*, XII, *56*:

> *"E tra il piè della ripa ed essa in traccia*
> *correan Centauri armati di saette,*
> *como solean nel mondo andare a caccia."*

(10) Nótese cuán antigua es la piadosa costumbre de defenderse contra peligros espirituales por la señal de la Cruz.

(11) Cfr. *Efes.*, *6*, 10-18.

(12) Cfr. *Salmo* 18, 5: "Su sonido se ha propagado por toda la tierra, y hasta el cabo del mundo se oyen sus palabras".

(13) Cfr. *Ezequiel*, 16, 31: "Porque en cada encrucijada de caminos fabricaste tu burdel, y en toda plaza te hiciste un altar profano; y fuiste como ramera que con el desdén aumenta el precio".

(14) *I Juan*, 14, 18.

(15) Según la disciplina monástica, la hora de comer era después de ponerse el sol; todo lo que pasaba de esta hora era prolongación del ayuno.

(16) *Philip.*, 1-23.

(17) *2 Tim.*, 4-7 s.

(18) En *El Santo de cada día.*

(19) De Guéranger (1. c., p. 292).

(20) Eran Amatas y Macario.

(21) Cfr. Riber (1. c., p. 156).

(22) Según frase de Riber, ibíd.

(23) "*Regem cui omnia vivant...*", canta la Iglesia en el Oficio de difuntos.

(24) Cfr. *El Santo de cada día*, p. 159.

(25) Ibíd.

VIDA DE S. HILARION, ABAD Y ESCLARECIDO DISCIPULO DE S. ANTONIO

SU FIESTA ES EL 21 DE OCTUBRE

1. Entre las glorias más puras de S. Antonio resplandece aquel simpático jovencito de quince años, San Hilarión, que con sólo dos meses de escuela con el Santo Fundador echó las bases de la más alta y sublime santidad y después introdujo el monaquismo en Palestina.

Vamos, pues, a extractar brevemente esta vida que, como la anterior, de S. Pablo, nos fue transmitida por S. Jerónimo.

2. Patria, nacimiento y primeros años de S. Hilarión. En el año 292 nació Hilarión en Tabatha, aldea de la ciudad de Gaza (1), en la región de los filisteos (Palestina). Hijo de padres idólatras, fue, como diríamos, una rosa entre espinas. Enviáronle a estudiar gramática con un maestro de Alejandría y desde luego se distinguió por su aplicación al estudio, por su conducta ejemplar y por la precocidad de su ingenio. De esta suerte fue querido por todos y progresó en las bellas artes. Pero lo principal es que, siendo un joven juicioso, no iba al teatro, huía de las carreras del circo y del espectáculo salvaje de los gladiadores; y de ahí vino a hacerse con buenas amistades, que le llevaron a las reuniones de los cristianos y a la iglesia, y así muy pronto abrazó la fe de Jesucristo".

3. En la escuela de S. Antonio. Estaba el joven Hilarión en los 14 ó 15 años de su edad; y oyendo hablar de aquel célebre anacoreta cuyo nombre se pregonaba por todos los ámbitos de Egipto, encendido en un gran deseo de verle, encaminóse al desierto (2). "Ver a S. Antonio, pedirle que le admitiese por monje y aceptarle el Santo Fundador, todo fue uno. Y así, "cambiando su traje de seglar por el santo hábito", quedóse el futuro Santo por espacio de unos dos meses en la escuela de las virtudes, que era la compañía de S. Antonio, "contemplando el orden de su vida y la gravedad y veneración que inspiraban sus costumbres; cuán constante era en la oración, cuán humilde al recibir a los Hermanos, severo en la corrección, persuasivo al exhortarles; aparte de sus ayunos y aspereza en la calidad de sus alimentos, que nunca interrumpía por motivo de enfermedad". Sucedía esto en 307 (cfr. P. II, c. 6, n. 1).

4. A mayor soledad. Parece que S. Antonio, con espíritu profético, previó en aquel jovencito la altísima perfección a que había de llegar; y así, al pedírselo éste, le dio su aprobación para dar por terminado su aprendizaje y para que se retirase a una soledad completa (3). "Porque —como decía Hilarión a S. Antonio— el monte Pispir, visitado continuamente por tanta muchedumbre de gente que allá iba en busca de salud, ya no era un desierto, como antes, sino que se había convertido en una ciudad. Por tanto, no se encontraba allí la quietud necesaria para ejercitarse en la contemplación, como la había tenido S. Antonio en sus principios. Anhelaba Hilarión empezar por donde lo había hecho su santo maestro, el cual se había templado en la soledad y fortalecido en la lucha y entonces recibía el premio de la victoria, mientras que él no podía pensarlo así, pues todavía no había comenzado a luchar": Así se expresaba el santo joven en su sed insaciable de aprovechar en la virtud.

5. Hilarión en Palestina. De acuerdo, pues, con el parecer de S. Antonio, se retiró con algunos monjes compatriotas suyos a Palestina. Como encontrara muertos a sus padres, cedió generosamente una parte de su herencia a sus hermanos y otra parte la repartió entre los pobres, sin guardarse para sí nada absolutamente. Estaba en los 15 años; y libre de las trabas del mundo y armado en Cristo con la pobreza, dirigióse al desierto aquel joven de complexión delicada, tan sensible al frío y al calor. No hizo caso a sus

parientes y amigos al advertirle del peligro que corría por estar infestado de ladrones aquel párramo. Despreció la muerte temporal para no caer en la muerte eterna. Y todos admiraban tanto valor y vida tan penitente en tan corta edad, pero en sus ojos chispeaba la llama del amor de Dios con los destellos de una viva fe.

6. "Vestido, pues, muy pobremente, con la túnica de penitente, o sea, la *ependita* (o *melota*), y la capita o *esclavina* que le diera S. Antonio al despedirle en Pispir, más el *cilicio* —que nunca dejaba— se internó el joven Hilarión en aquella vasta y terrible soledad (que empezaba a 7 millas al sur de Gaza).

Su alimento eran quince higos secos que, con algunas raíces, comía después de ponerse el sol, según la disciplina de los monjes de Egipto. Y para despistar a los bandidos, iba cambiando siempre de residencia.

7. Comenzó el diablo a tentarle, y a su vez, aumentó el santo joven su oración y penitencias. Y como el enemigo, despechado al verse vencido por aquel niño todavía, arreciara en las tentaciones, Hilarión entonces, airado contra sí mismo y azotándose, decíase: "¡Ea, borrico! que te voy a amansar; ya verás cómo pierdes las ganas de juguetear y dar coces. Voy a extenuarte con hambre y sed, aumentaré tu carga y tendrás que marchar entre fríos y calores, para que pienses más en la comida que en los deleites de la carne". Llegó, pues, a sustentar con jugo de yerbas y con unos pocos higos secos cada tres o cuatro días su vida desfallecida; orando con frecuencia, cantando salmos y cavando la tierra con su azadón para duplicar el sacrificio de los ayunos con la fatiga del trabajo. Y en el entretanto, tejiendo cestillas de junco, se acomodaba a las reglas de los monjes egipcios, con lo cual quedó su cuerpo tan flaco y macilento, que apenas tenía los huesos. Habiendo aprendido de memoria las Sagradas Escrituras, después de las oraciones recitaba los salmos, sin perder nunca la presencia de Dios. Así conservaba la disciplina aprendida de S. Antonio".

8. El discípulo de S. Antonio luchando y triunfando del infierno. Omitimos la narración detallada que hace S. Jerónimo (1. c., c. 2) de las terribles tentaciones de S. Hilarión, muy semejantes a las de S. Antonio, y en las cuales todo el infierno se coligaba para

aterrorizarle con toda clase de ruidos, bramidos y apariciones de fieras, de ejércitos... y de "aquel carro tirado por ardientes caballos prontos a precipitarse sobre él". Pero el discípulo, usando de las mismas armas de su maestro, salía victorioso de todos estos artificios del diablo; y así, al santiguarse con la cruz de Cristo e invocar el nombre de Jesús, de improviso la tierra abrió su boca ante sus ojos y tragóse toda aquella ostentación de fuerza infernal". Y sirviéndose, como S. Antonio, de las Sagradas Escrituras, dio gracias a Dios, diciendo *(Exod.,* 15-1): "Cantemos alabanzas al Señor, *porque*... ha precipitado en el mar al caballo y al caballero". Y este otro versículo (*Ps.* XIX, 8): "Unos confían en sus carros armados, otros en sus caballos; mas nosotros invocaremos el Nombre del Señor nuestro Dios".

Queda dicho, por lo tanto, que S. Hilarión tenía, como S. Antonio, junto con el nombre de Jesús, aquella otra arma de la señal de la santa cruz, que empleaba contra los demonios y en toda clase de peligros de alma y de cuerpo, para curar las enfermedades, etc., como se verá muchas veces en este compendio.

9. Segunda fase de su vida: Desde que empiezan los milagros hasta que salió de Palestina (310-356 = de los 18 a los 64 de su edad). De los muchos milagros que refiere S. Jerónimo, sólo extractamos unos pocos.

Siendo de edad de 18 años y viviendo S. Hilarión en un pobre tugurio de pastores, entretejido de juncos y de cañas, que apenas le preservaba del calor y de las lluvias, fueron a buscarle unos ladrones. Recorriendo aquel lugar toda la noche sin poder encontrarle, al llegar el día dieron con él y le dijeron:

—¿Qué harías si vinieran aquí los ladrones?

—Quien no tiene nada —dijo él— no teme a los ladrones.

—Por cierto —replicaron— que puedes ser asesinado.

—Puedo, sí, puedo; y si no temo a los ladrones, es porque estoy preparado para morir.

Entonces, admirados de su constancia y de su fe, confesaron lo que les había pasado durante la noche y que tenían los ojos ofuscados, prometiéndole mudar la vida en adelante.

10. Tenía solamente 22 años y su nombre era ya conocido en toda la Palestina. Viéndose una mujer despreciada por su marido

a causa de su esterilidad, resolvió ir a buscar al Santo Taumaturgo. Postrada a sus pies, antes que él pudiera precaverlo, le dijo: "Perdona mi atrevimiento; fíjate en mi necesidad. ¿Por qué apar-tas los ojos? ¿Por qué rehúyes a la que te está rogando? No veas en mí a la mujer, sino a la desgraciada. Este sexo engendró al Salvador. No necesitan de médico los sanos, sino los que padecen". Por fin calló; y el Santo, después de tanto tiempo, miró a la mujer y le preguntó la causa de su venida y de sus lágrimas. Y una vez enterado, levantando los ojos al cielo, le dijo que tuviera confianza. Y la que se despidió llorando, regresó al cabo de un año con su hijo, para dar gracias al Santo por tal beneficio.

11. Curación de fiebres. Aristene, esposa de Elpidio, que luego fue Prefecto de pretorio, dama muy noble en la sociedad y mucho más noble como cristiana, al regresar con su marido y tres hijos de su visita a S. Antonio en Pispir, detúvose en Gaza a causa de la enfermedad de dichos hijos. Unas terribles fiebres, llamadas "cotidianas", atacaron de repente a los tres al llegar a esta ciudad y fueron desahuciados de los médicos.

Abatidísima, sollozaba la mujer; y discurriendo como entre cadáveres por en medio de sus hijos, no sabía a cuál de los tres llorar primero. Mas habiendo sabido que en la vecina soledad habitaba el famoso monje S. Hilarión, allá se dirigió con algunas sirvientas la respetable matrona; y al llegar a la presencia del santo, llorando le dijo:

—Te ruego por Jesús, nuestro clementísimo Dios; imploro por su Cruz y por su sangre, que me devuelvas mis tres hijos, al fin de que sea glorificado en la ciudad de los gentiles (4) el nombre de nuestro Salvador; que su siervo entre en Gaza y así quede derribado el falso dios que los gacenses adoran.

Rehusándolo él y diciendo que nunca había abandonado su celda para entrar en una ciudad, postróse la matrona en el suelo, y con repetidos clamores le decía: Hilarión, siervo de Cristo, devuélveme mis hijos. A los que Antonio tuvo consigo en Egipto por ti sean salvados aquí en la Siria. Lloraban todos los presentes y lloró también el mismo Santo, mas no se retiró la mujer hasta que éste le prometió que puesto el sol entraría en Gaza. Y en efecto, allá fue; y con la señal de la Cruz, bendiciendo y signando una por una las camas y los cuerpos abrasados de la fiebre, invocó

al mismo tiempo el nombre de Jesús. Y ¡oh virtud maravillosa! como de tres fuentes brotó el sudor simultáneamente. En la misma hora empezaron ya a comer y a reconocer a su madre, que aún lloraba; y bendiciendo a Dios, besaron las manos del Santo.

12. **El monaquismo en Palestina.** Dice aquí S. Jerónimo que, habiéndose divulgado por todas partes tan estupendos milagros, afluían al Santo gentes de toda condición, no sólo de la misma Siria, sino también de la región de Egipto lindante con aquélla. De esta suerte muchos creyeron en Cristo y abrazaron la vida monástica. Pues todavía no existían monasterios en Palestina ni se conocían los monjes en la Siria; San Hilarión fue el fundador y el maestro de este género de vida en este país. Ya tenía, pues, Nuestro Señor Jesucristo al Santo anciano Antonio en Egipto y al Santo joven Hilarión en Palestina.

13. **Otro milagro** refiere S. Jerónimo, diciendo que "desde la aldea de Facidia (en la frontera de Egipto) fue llevada a S. Hilarión una mujer ciega desde diez años antes. Al serle presentada por los Hermanos encargados de tal misión, dijo el Santo: Si hubieras acudido antes al verdadero médico, Jesús, te habría curado. Pero, clamando ella y pidiendo misericordia, a imitación del Divino Maestro (*Marc.*, 8-23) púsole saliva en los ojos y por virtud del Salvador la ciega recobró la vista".

14. **"Un carretero de Gaza,** herido por el demonio mientras estaba en el carro, quedó completamente paralítico, hasta el extremo de no poder mover la mano ni volver la cabeza. Llevado en una camilla; como únicamente podía mover la lengua, con la cual rogó al Santo que le curase, oyó que no era posible recibir la salud si no creyera en Jesús y prometiera renunciar a su primer oficio. Creyó, prometió y fue curado; y aun se alegró más de la salud del alma que de haber recibido la del cuerpo".

15. **"Un forzudo joven** de nombre Marsitas, de la región de Jerusalén, jactábase tanto de sus fuerzas físicas, que desafiaba a cualquiera a llevar, como él, sobre sus hombros por mucho tiempo y a larga distancia quince modios de grano (5), y cifraba todo su honor en tal fortaleza, más propia de bestias que de hom-

bres. Llegando, pues, este atleta a ser poseso y atormentado por pésimo demonio, no le detenían, ni cadenas, ni grillos en los pies, ni los más fuertes cerrojos en las puertas. Nadie se le podía acercar; y tanto terror había infundido a todos, que por fin, cargado de cadenas y sujeto con fuertes cuerdas de todos lados, cual ferocísimo toro era conducido al monasterio donde estaba S. Hilarión. Al verle los Hermanos, espantados —pues era de extraordinaria estatura— fueron a avisar de ello a su Padre. Este, sentado, como estaba, mandó que se lo condujeren a él y que lo soltasen, y al quedar libre, le dijo: Inclina la cabeza y ven. A lo cual obedeciendo el endemoniado, se le acercó temblando y con la cabeza baja, sin atreverse a mirarle en la cara. Y depuesta toda su ferocidad, empezó a lamer los pies del Santo, que permanecía sentado. Conjurado, pues, y forzado el terrible demonio que poseía al desgraciado joven, al séptimo día salió".

16. "Un poseso de una legión de demonios (6), llamado Orión, fue conducido al Santo. Era hombre muy principal y riquísimo de la ciudad de Aila, situada a orillas del Mar Rojo. Iba cargado de cadenas en sus manos, cuello, costados y pies; sus ojos, como de fiera, miraban amenazadores.

"Paseando, pues, el Santo con los Hermanos por la orilla del mar; y comentando no sé qué pasaje de las Sagradas Escrituras, se escapó aquél de las manos de los que le conducían; y abrazando al Santo por la espalda, le levantó en alto. Un grito de terror se escapó de todos, pues temían que estrujase aquellos miembros extenuados por los ayunos; mas el Santo, sonriéndose, dijo: "Soltadle y dejad que me las haya yo con él en la palestra". Y sin más, poniendo la mano sobre sus hombros, tocólo en la cabeza, y asiéndole de sus cabellos, le condujo a su presencia. Estrechó con las suyas ambas manos del endemoniado, y pisando sus pies con cada uno de los suyos, repetía al mismo tiempo:

—"Vete de ahí, turba de demonios; sal de este hombre".

Y como el poseso gimiera, y doblando el cuello, tocara con la cabeza en la tierra, dijo el Santo:

—"Señor Jesús, libra a este infeliz, libra a este cautivo; pues para Ti es igual vencer a muchos o a uno: propio es esto de tu poder".

Y ¡cosa nunca vista!: de la boca de un solo hombre se oían diversas voces, como un confuso clamor de todo un pueblo.

Curado, pues, este poseso de tantos demonios que le atormentaban, no pasó mucho tiempo sin que volviese, con su mujer y sus hijos, al monasterio, trayendo muchos donativos en acción de gracias. Mas el Santo se negó a recibir nada, diciendo que la gracia del Espíritu Santo no se vende ni se compra. Y como Orión llorando le dijera: Recíbelo y dalo a los pobres, respondió S. Hilarión: Mejor puedes distribuirlo tú, que recorres las ciudades y conoces a los pobres... Y viéndole todavía triste y postrado en el suelo, le dijo: "No te entristezcas, hijo mío: lo que hago por mí es bueno para ti; porque, si aceptase esto, no sólo ofendería yo a mi Dios, sino que también volvería a ti la legión".

17. "**Curación de un cantero.** Un trabajador de Gaza fue atacado de parálisis mientras estaba cortando piedras para la edificación en una cantera situada a la orilla del mar no lejos del monasterio; y llevado por sus compañeros de trabajo, al momento regresó sano a la cantera".

18. **Cómo ganó un cristiano las carreras del circo.** "Habiendo en Gaza muchos idólatras, como queda dicho; y siendo despreciados los cristianos, no tuvo por menos hacer un milagro que redundara en prestigio de la Iglesia de Cristo frente a sus enemigos. Así fue que un cristiano llamado Itálico, teniendo buenos caballos para correr, acudió a S. Hilarión exponiéndole su piadoso objeto. Por tanto, después de rociar su caballo y el establo con el agua bendecida por el Santo, consiguió la victoria en las fiestas del circo, adjudicándose el primer premio en las carreras".

19. **Libra de los malos espíritus a un personaje recomendado por el emperador.** "Un hombre natural de Franconia (Francia oriental), poseído del demonio desde su infancia, que por las noches le obligaba a gritar, gemir y rechinar los dientes, consiguió secretamente del emperador la "evección" para trasladarse hasta el monasterio donde moraba "el hombre de Dios". Con este salvoconducto (que le permitía usar de los carruajes públicos y transitar por los caminos reservados al emperador) llegó al Consular o Gobernador de Palestina, quien le hizo acompañar con extraordinarios honores a Gaza. Espantados los gacenses ante el emisario imperial, acudieron en gran número, yendo con él hasta

encontrar al Santo, disimulando su odio (que siempre habían demostrado estos paganos) contra nuestra Santa Religión. Paseaba S. Hilarión en aquel momento por las blancas arenillas de la playa rezando uno de los salmos; y al ver a tanta gente, se detuvo. Después de los saludos de rigor y de bendecirles con la mano; pasada una hora con ellos, ordenó que se retirasen todos menos el citado personaje con sus sirvientes y su escolta, pues por sus ojos y su aspecto había comprendido el motivo de su venida".

"Y luego de iniciar el interrogatorio el siervo de Dios quedó aquel hombre como suspendido en el aire de modo que apenas podía tocar la tierra con los pies; y rugiendo fieramente, respondió en lengua siria, en la cual había sido preguntado. Y era de ver cómo de una boca extranjera, que no sabía más que el franco y el latín, resonaban las palabras del más puro sirio, sin que faltara ni el acento ni la aspiración ni la propiedad en los vocablos del idioma de Palestina (7). De este modo contestó por el orden en que se le preguntó. Y después el Santo, para que sus intérpretes lo entendiesen (ellos que sólo conocían el griego y el latín) le preguntó también en lengua griega. Del mismo modo respondió en griego; y excusándose con las muchas ocasiones de encantamiento y otras obras del arte de la magia. —"No me importa (dijo el Santo) saber cómo entraste en este hombre, sino que salgas, y *en nombre de Nuestro Señor Jesucristo te lo mando*".

20. S. Hilarión hace salir unos fieros demonios de un camello. En efecto: todos los días le llevaban animales enfurecidos. Entre los cuales, se refiere la conducción de un camello *bactriano* (8) de enorme corpulencia, que había destrozado a mucha gente, y llegó al monasterio fuertemente sujetado con solidísimas cuerdas por más de 30 hombres y con grandes gritos. Sanguíneos eran sus ojos, sacaba espuma por la boca y movía la lengua inflamada. Sobre todo con sus fieros rugidos ponía espanto. Avisado el Santo anciano, mandó que a su presencia lo soltasen; pero enseguida los que lo habían guiado y los que se hallaban con el Santo huyeron todos a la desbandada, sin quedar ni uno solo. Entonces él fue a su encuentro, y en lengua siria le dijo: "No me atemorizas, diablo, con tanta mole de cuerpo; pues, así vengas bajo la forma de una pequeña raposa, como en un camello, no dejas de ser el mismo de siempre. En el entretanto, tenía la mano extendida; y habiéndose abalanzado contra él la bestia

enfurecida como para devorarle, de repente se desplomó y con la cabeza rozó la tierra, maravillándose todos los presentes de que tanta fiera hubiese parado en tan súbita mansedumbre.

21. **Entonces enseñaba el Santo** que, por causa de los hombres, también a los animales irracionales martirizaba el diablo; pues tan grande odio tiene a aquéllos, que, no sólo a ellos mismos, sino que aun a las cosas que les pertenecen quisiera destruir. Y como ejemplo de esto, recordaba lo que sucedió con el Santo Job, a saber, que antes de permitirle Dios que tocara al Santo Patriarca en su persona, destruyó sucesivamente sus ganados con sus pastores, su casa con sus hijos y todo cuanto poseía. Confirmaba todo esto con otro ejemplo sacado del Santo Evangelio (*Marc.*, V, 11-13), diciendo que nadie debe extrañarse de que, con el permiso del Señor, dos mil cerdos fueron muertos por los demonios. Porque de otro modo aquellos que lo vieron nunca hubieran podido creer que de un solo hombre hubiera salido tanta muchedumbre de demonios a no mediar la muerte simultánea de tan gran número de animales, que correspondía al de los demonios que Jesucristo había expulsado de aquel poseso".

22. **Correspondencia de S. Hilarión con S. Antonio.** Dice aquí S. Jerónimo que "eran innumerables los prodigios obrados por S. Hilarión; y llegando a oídos de S. Antonio la noticia de su vida portentosa, le escribía y recibía con mucho gusto sus cartas. Si alguna vez de la región de la Siria llegaban enfermos a él, les decía: ¿Cómo os habéis molestado con un viaje tan largo, teniendo allá con vosotros a mi hijo Hilarión?"

Y en efecto, la vida del discípulo tiene mucha semejanza con la de su maestro. "Al influjo de su ejemplo, numerosos monasterios empezaron a florecer por toda la Palestina, acudiendo los monjes a porfía, por lo cual alababa y daba gracias al Señor y a cada uno exhortaba al aprovechamiento de su alma".

23. **También S. Hilarión, como su maestro, suspiraba por la soledad.** Tenía el Santo 62 años (354); y al ver que aquel gran monasterio, lleno de una multitud de Hermanos que con él habitaban y a las muchedumbres de gente que le traían enfermos de toda clase y posesos de los espíritus inmundos, de suerte que toda

aquella soledad estaba ocupada día y noche, lloraba sin cesar y con increíble anhelo suspiraba por su antigua forma de vida. Preguntado por los Hermanos qué temía y por qué se afligía, dijo: "De nuevo he vuelto al siglo y he recibido mi premio en esta vida. He aquí que en Palestina y en Egipto me juzgan de alguna importancia; y yo, con el pretexto del monasterio y para atender al sustento de los Hermanos, me ocupo en los viles menesteres de la vida presente".

24. Tuvo revelación de la muerte de S. Antonio. "Habiendo vivido, pues, con estas angustias por espacio de dos años, he aquí que vino a verle aquella Aristene, esposa del Prefecto, con el propósito de seguir viaje para ir a visitar a S. Antonio. A lo cual dijo llorando: "Quisiera yo también ir allá, si no estuviera encerrado en la cárcel de este monasterio, y si no fuese en vano mi viaje: *hoy, en efecto, hace dos días que todo el mundo quedó huérfano de un tal Padre"*. Creyó ella y suspendió el viaje; y a los dos días, llegado un mensajero, oyó la noticia de la muerte de S. Antonio".

25. Huyendo de los honores, prepara la partida, pero divulgado esto, se reunieron más de diez mil personas para impedir que el Santo anciano se les fuera. El, sin embargo, inmutable y sordo a los ruegos, moviendo las arenas con su bastón, hablaba de este modo: "*...no puedo ver destruidas las iglesias, pisoteados los altares de Cristo, derramada la sangre de mis hijos*". Era una profecía de lo que sucedió en la persecución de Juliano el Apóstata (362-363), de que fue objeto aquel monasterio.

"Como seguían custodiándole para que no partiera, entonces aseguró a todos, en alta voz, que no tomaría nada de comida ni bebida si no le dejaban ir. Después de siete días de abstinencia, dejáronle libre, por fin; y seguido de infinito número de acompañantes hasta el vecino pueblo, logró persuadir a la muchedumbre que se disolviese; y quedando solo, con algunos monjes, siguió camino para Egipto.

26. El monje Esiquio, que amaba entrañablemente al Santo, quedó encargado del monasterio. Después de siete años pudo reunirse otra vez con S. Hilarión y fue su amparo en los últimos tiempos de su vida, como se verá en su lugar.

27. Tercera fase de su vida (356-365): *S. Hilarión en Egipto y en otras partes, hasta su entrada en la isla de Chipre. No puede permanecer oculto porque sus milagros le delatan.*

"Después de 49 años de ausencia y a los 64 de edad, traspasaba nuevamente la frontera de Egipto, huyendo de una gloria y de unos honores sólo comparables a los de su antiguo maestro S. Antonio. Pensaba encontrar en este país un lugar donde pasar desconocido lo restante de su vida, aunque Dios lo tenía dispuesto de un modo muy distinto. En los 16 años de vida que le quedan brillará por todas partes la luz del siervo de Dios, para gloria divina y provecho de las almas.

Pasó unos días con los monjes de un desierto situado en el norte de Egipto; después visitó a algunos obispos desterrados por Constancio, llenándoles de consuelo, y finalmente llegó a Afrodita, para ir desde allí al "monte de S. Antonio" (Colzum), a venerar los lugares santificados por la vida y muerte de su inolvidable maestro. Arreglóse con el diácono Baisane, que en veloces dromedarios alquilados solía llevar en vida de S. Antonio, a muchos peregrinos que iban a visitarle. "En tres días —dice S. Jerónimo—, marchando por una vasta y horrible soledad, llegó por fin, con otros monjes que le acompañaban, a un monte altísimo, donde encontraron a otros dos monjes, Isaac y Pelusiano, de los cuales el primero había sido el intérprete de S. Antonio."

28. Descripción de S. Jerónimo. "Para aprovechar —añade el Santo Doctor— la ocasión, tan a tiempo llegada, he creído digno describir con breves palabras la pequeña habitación de un tan grande hombre (9). La montaña, de piedra y elevada hasta unos mil pasos, a sus pies destila sus aguas; de las cuales unas son absorbidas por las arenas y otras, deslizándose hasta el valle, paulatinamente forman un arroyo, a cuyas orillas innumerables palmeras revisten de amenidad y de comodidad aquel sitio. Habría que ver al Santo anciano (Hilarión) discurrir de aquí para allá con los discípulos de S. Antonio, que todo se lo explicaban, diciendo: "Aquí solía salmodiar, aquí orar, aquí trabajar; aquí, fatigado, sentarse. Estas vides, estos árboles frutales él mismo los plantó; aquella pequeña era, él solo con sus propias manos la hizo; este estanque para regar el huertecillo, a fuerza de sudores lo construyó; este azadón, para cavar la tierra, por espacio de muchos años lo empleó."

"Y S. Hilarión besaba tiernamente las paredes y el piso que sirvió de lecho a S. Antonio. Y era la medida de la pequeña celda no mayor que el espacio que necesita un hombre para dormir. Aparte de esto, en la cima de la montaña, a donde subían en forma de caracol o espiral y con grandes esfuerzos, veíanse otras dos celditas de la misma medida, en las cuales habitó S. Antonio para retirarse del trato continuo con los que le visitaban y de la excesiva familiaridad con sus discípulos. Pero estas celdas, cortadas como estaban en la piedra viva, tenían sus puertas tan sólo adheridas", etc. Pasó el Santo una noche orando en la celda donde murió S. Antonio; y satisfecha su devoción, regresó a Afrodita. Quedóse solamente con dos Hermanos y fijó su residencia en el vecino desierto (Der-el-Memún), donde está emplazado el monte Pispir y donde se había despedido, en 307, de su Santo maestro para regresar a Palestina.

29. Los milagros delatan al "sucesor de S. Antonio" (h. 359). En el citado desierto vivió con tanta abstinencia y silencio, que llegó a decir que "entonces había comenzado a servir a Cristo"; pero sucedió lo siguiente:

"Tres años hacía que, cerrado el cielo, habíanse agostado las tierras de Egipto, de tal suerte, que por todas partes se decía que aun los elementos lloraban la muerte de S. Antonio. No permaneció oculta para aquellos habitantes la fama de S. Hilarión y acudieron a porfía, sedientos y extenuados por el hambre, hombres y mujeres al siervo de Dios, es decir al "sucesor de S. Antonio", suplicando les alcanzase la lluvia. Al verles el Santo, compadecióse de modo indecible su tierno corazón; y alzando los ojos al cielo y ambas manos en alto, al momento consiguióles lo que pedían."

30. Mas he aquí otros milagros; porque, "al quedar empapada con las lluvias aquella tierra sedienta y arenosa, vióse de repente tal hervidero de serpientes y otros animales venenosos (que abundan en Egipto), que fueron innumerables los heridos por las picaduras, muchos de los cuales al instante hubieran perecido si no hubiesen acudido a S. Hilarión. Untando la picadura con el aceite que bendijo el Santo, todos aquellos labradores y pastores recobraban indefectiblemente la salud."

31. Sale para Alejandría (a mediados del 362), huyendo de los extraordinarios honores de aquella gente; mas antes de llegar a la ciudad, desvióse algo hacia el sur-oeste, visitando de paso a algunos Hermanos conocidos que habitaban en el antiguo barrio aristocrático del Bruquio, de los palacios de los Tolomeos, pero convertido ya en soledad y ruinas (10). Aquellos monjes le recibieron con increíble alegría; mas viendo que, al anochecer, se disponía a seguir su camino hacia el vecino desierto de la Libia, echados a sus pies, le rogaban que no hiciera tal cosa. Díjoles entonces: "Cabalmente para evitaros un gran disgusto me doy prisa: ya sabréis, por lo que sucederá, que no sin causa me voy tan pronto. Y en efecto, los *gacenses*, que habían salido en su persecución y habían averiguado su llegada al monasterio, al ver que allí no se encontraba, decían entre sí: ¿Acaso nos habrán engañado? Y era que aquellos idólatras de Gaza habían conseguido de Juliano el Apóstata que decretase la muerte de S. Hilarión y de su fiel discípulo Esiquio y por todo el imperio se despacharon órdenes para que fueran buscados."

32. En un oasis de los desiertos de Libia permaneció cosa de un año; hasta que la fama de sus milagros le descubrió nuevamente y en el puerto de Paretonio se embarcó para Sicilia. Sucedió esto a mediados del 363, pues en dicho puerto supo la muerte del Apóstata.

"Acompañado siempre de su fiel Hermano "el gacense", dirigíase el Santo a la citada isla y he aquí que el hijo del patrón de la barca, poseído del demonio, empezó a gritar, diciendo: "Hilarión, siervo de Dios ¿por qué, a causa de ti, no podemos tener tranquilidad ni siquiera en el mar? Dame tiempo hasta que llegue a tierra, para que, si me echas de aquí, no sea precipitado al abismo. A lo cual contestó el Santo: Si mi Dios te lo concede, quédate; pero si El te arroja ¿por qué me inculpas a mí, hombre pecador y miserable? Al poco rato quedó libre el muchacho, con promesa del padre y demás acompañantes de que con nadie hablarían del asunto ni descubrirían su nombre."

33. Poco tiempo estuvo en la isla de Sicilia, pues los demonios, atormentados por la presencia del Santo, por boca de un poseso le dieron a conocer, publicando su nombre a gritos; como

lo hacían con Jesucristo, Nuestro Señor, cuando gritaban —por medio de sus posesos— diciendo: (*Luc.*, 4-41): "Tú eres el Hijo de Dios". Desde entonces S. Hilarión no pudo permanecer oculto en Sicilia, pues un gran número de enfermos y de hombres religiosos de toda Italia, yendo allá todos los días, le quitaron su amada soledad y resolvió embarcarse de nuevo para ir a otras regiones.

34. El fidelísimo Esiquio (cfr. *supra*, n. 26) llegó por aquellos días, después de buscar al Santo durante dos años. Había recorrido el mundo con la única esperanza de que dondequiera que se hallase no podría quedar oculto por mucho tiempo. Al encontrar, pues, ahora al venerado maestro con tanto trabajo buscado, abrazándose a las rodillas del anciano y regando con lágrimas sus pies, así permaneció mucho hasta que por él fue levantado. Pasados dos días en su compañía, y de acuerdo con el Santo, tomó los pasajes en una nave que iba a las costas de Dalmacia; y al llegar a Epidamno (11), desembarcaron los tres peregrinos.

35. "En Dalmacia se encontró con un motivo de enorme zozobra, que le movió a hacer otro milagro asombroso. Y era que una serpiente de extraordinaria corpulencia, de aquellas que llamaban boas, devastaba toda la provincia a su paso; pues, no sólo engullía los ganados, sino que aun a los agricultores y pastores fascinaba con la vista y los atraía hasta devorarlos. Habiendo, pues, encargado el Santo que le preparasen una gran cantidad de leña en forma de pira; después de invocar a Cristo, hizo comparecer a la serpiente, ordenándole que subiese sobre la leña y le prendió fuego. De esta manera, a la vista de todo el pueblo, abrasó la feroz bestia."

36. El terremoto de Dalmacia. "Preparábase para huir a otras regiones solitarias cuando sobrevino aquel horrible temblor de tierra que por aquellos años subsiguientes a la muerte de Juliano el Apóstata asoló a Dalmacia. Los mares salían de su lecho; y como si Dios amenazase con un nuevo diluvio, o que las cosas volviesen al caos primitivo, las naves empujadas por las olas hacia la escarpada cordillera quedaron suspendidas entre los riscos. Viendo, pues, los habitantes de Epidamno embravecerse el mar y encresparse las olas imponentes, y que

las montañas del abismo amenazaban volcarse sobre la tierra; temiendo el peligro inminente de que la ciudad quedase arrasada, acercándose al Santo y marchando como en orden de batalla, le pusieron en la orilla del mar. Entonces S. Hilarión, habiendo hecho tres cruces en la arena, y extendiendo las manos hacia el mar embravecido, es imposible describir desde cuánta altura bajó subyugado a sus pies. Y bramando aún por mucho tiempo, como si se indignara contra el dique, poco a poco volvió a su estado normal, balanceándose suavemente."

37. **Hacia la isla de Chipre.** "Tan estupendos milagros se divulgaron por toda la región de Dalmacia; y al ver el Santo que ya era imposible librarse de los honores y dedicarse a Dios en la soledad, resolvió marcharse a otra parte donde no fuera conocido. Tomando, pues, un esquife, huyeron calladamente durante la noche los tres peregrinos; y encontrando después de dos días, una nave de carga, partieron para Chipre."

38. **Con la oración rechaza el ataque de unos piratas.** Mientras la nave entraba en el estrecho de Malea y Citera (11 bis) fue atacada por unos piratas que estaban en acecho; y al tiempo que los marineros, entre congojas y llanto, preparaban las flechas para defenderse, los discípulos del Santo (que estaba en oración bajo cubierta) uno después de otro avisábanle del peligro que corrían. Entonces, saliendo y mirando a los piratas, que en dos rápidas chalupas se les venían encima, sonrió el Santo anciano. Y cuando se hallaban solamente a tiro de una piedra las huestes amenazadoras, que con los espumosos espolones se acercaban, levantóse sobre el borde de la proa, y extendiendo la mano, dijo: "¡Hasta ahí basta!"...Al momento retrocedieron las chalupas enemigas, y contra el empuje de los remos, eran impelidas hacia atrás. Estupefactos, veían los piratas que contra su voluntad retrocedían; y esforzándose con todas sus energías por llegar a la nave, eran llevados a la orilla mucho más aprisa que no habían venido." Entonces, libre ya la nave, siguió su marcha.

39. En la isla de Chipre (12) (365-372)

CUARTA FASE DE LA VIDA DE S. HILARION

Desembarcó en la antiquísima ciudad de Pafos, situada al oeste de la isla, en cuyas proximidades pensó vivir desconocido. Poco tiempo duró el gozo del Santo, pues sólo pasaron veinte días y en todos los rincones de la isla los que tenían espíritus malignos clamaban diciendo que había llegado Hilarión, siervo de Cristo, y que a él debían dirigirse sin tardanza. Tal era el grito general, y a los treinta días se habían reunido para ir a verle unas doscientas personas. Viendo a tanta gente, contrariado de que no le dejasen en paz, flageló a los demonios con tal instancia de oraciones, que algunos fueron echados al momento, otros después de dos o tres días y todos dentro de una semana. A pesar de todo, permaneció en los alrededores de Pafos unos dos años.

Mientras tanto, envió a Esiquio a Palestina para saludar a los Hermanos y para ver lo que había quedado del incendio del monasterio en la citada persecución de Juliano del 362 (cfr. supra, n. 25).

40. Ultimo retiro. "Al regresar Esiquio de Palestina, como viera que el Santo anciano suspiraba siempre por otro lugar donde no fuera conocido y que hasta deseaba embarcarse para ir a algún desierto de Egipto, persuadióle que más bien buscasen un sitio más escondido en las montañas de la isla. De acuerdo, pues, con el Santo, recorrió aquella región del oeste de Chipre; habiendo encontrado el sitio ideal para satisfacer sus anhelos, le condujo a él por entre montes escarpados, a doce millas del mar, y al cual a duras penas, trepando con las manos y arrastrándose, podía subirse. Al contemplarlo nuestro Santo, vio que efectivamente era un lugar casi inaccesible, rodeado de árboles por todos lados, con abundantes aguas, que bajaban de la cima, y un amenísimo huertecillo poblado de frutales, de los cuales nunca tomó nada para comer. Y hallándose allí cerca las ruinas de un templo pagano, donde resonaban día y noche tan innumerables voces de demonios, que parecían un ejército; lo cual complació al Santo, porque así tenía frente a sus antagonistas".

"Cinco años disfrutó de sosiego, en compañía de su fiel sirviente el Hermano de Gaza y visitado a menudo por Esiquio. Y

aun se restableció en su salud; porque, a causa de la escabrosidad de aquellos parajes, casi nadie se atrevía a subir hasta allí.

41. "...Levántate y anda". "Un día en que salió al huertecillo, vio a un hombre en estado de completa parálisis tendido ante la entrada y preguntó a Esiquio quién podría ser, o de qué manera habría sido llevado allá. El cual contestó que aquel hombre era el administrador de una pequeña granja de la cual formaba parte el huertecillo donde ellos estaban. Entonces el Santo, llorando y tendiendo la mano al enfermo, hablóle del modo siguiente: "En nombre de nuestro Señor Jesucristo te digo: levántate y anda". ¡Cosa maravillosa! No bien hubo pronunciado estas palabras, y ya consolidados sus miembros, levantóse el enfermo."

42. Muerte de S. Hilarión (372)

"Habiendo llegado nuestro Santo a los ochenta años de su vida; como en tal ocasión Esiquio se hallara ausente, escribió de su propia mano una breve epístola, a manera de testamento, dejándole lo que costituía su riqueza, a saber: Su amada copia del Evangelio, hecha en su juventud, más su pobre túnica de tela burda con la cogulla, y por último la esclavina o capa corta, que nunca dejó de usar, en amoroso recuerdo de la que S. Antonio le había regalado al despedirse en Pispir. Su fiel compañero "el gacense" había muerto pocos días antes. Al saberse en Pafos que estaba enfermo, acudieron al huertecillo muchos hombres religiosos, pues le habían oído decir que en breve se reuniría con el Señor, y que sería liberado de las ataduras del cuerpo. Y también hallábase allí una santa mujer llamada Constancia, a cuyo yerno e hija, con la unción del óleo bendecido por él, había librado de la muerte. A todos los presentes les conjuró a que no le velasen ni aun por un cuarto de hora después de su muerte; sino que en seguida y en el mismo huerto le cubriesen de tierra tal como estaba vestido, es decir, con la túnica de cilicio, la cogulla y el tosco sayal".

"Y el cuerpo empezaba ya a enfriarse y ninguna señal de vida le quedaba más que el sentido; y no obstante, con los ojos hablaba de esta suerte: "*Egredere ¿quid times? Egredere, anima mea ¿quid dubitas? Septuaginta prope annis servisti Christo ¿et mortem times?*" "Sal de este cuerpo, alma mía, sal: ¿qué es lo que temes? ¿por qué vacilas? Casi setenta años has servido a Cristo ¿y temes

¿por qué vacilas? Casi setenta años has servido a Cristo ¿y temes la muerte?"

"Diciendo estas palabras exhaló el espíritu".

"Y al momento, cumplida la orden de cubrirlo de tierra, anunciaron al pueblo su sepultura antes que su muerte."

43. Traslación del santo cuerpo a Palestina. "Oída en Palestina la noticia de su muerte, el santo varón Esiquio partió para Chipre; y aparentando que quería habitar en el mismo huertecillo (para que, quitada toda sospecha (13), no lo guardasen con tanta diligencia los vecinos); y, con intenso peligro de su vida, pasados unos diez meses, hurtó el cuerpo del Santo. Luego de desembarcar en el puerto de Majuma, próximo a su antiguo monasterio (14), y propalada tan fausta nueva por los pueblos circunvecinos, fue transportado el sagrado tesoro, acompañado de los monjes y de miles de personas, siendo depositado en digno sepulcro, que para su custodia tenían preparado sus discípulos. Y de nuevo se hallaba en aquel mismo lugar que desde muy joven había santificado con sus virtudes.

"Ilesas estaban la túnica y la esclavina, e íntegro el santo cuerpo, como si todavía viviese; y exhalaba tal fragancia de perfumes, que parecía ungido con aromas": así dice S. Jerónimo. Tal prodigio parece significar que Dios premió la pureza de ángel, guardada por la penitencia de aquella "*rosa entre espinas*", que (como dijimos al principio) floreció en Egipto, al suave influjo del Santo Fundador de la vida monástica, S. Antonio, en la cumbre del monte Pispir.

NOTAS

(1) *Gaza* (hoy *Gazzah*) se halla en la costa oriental del Mediterráneo. A unas 5 millas al sur de esta ciudad estaba Tabatha, y a 2 millas más al sur empezaba el desierto donde se retiró S. Hilarión. (N. de Tamietti).

(2) El desierto Der-el-Memún, donde está situado el monte Pispir (cfr. P. I, c. 1, 10).

(3) Era la norma que solía seguir S. Antonio con aquellos de sus discípulos que veía destinados a un alto grado de santidad. Pero antes les hacía pasar por duras pruebas, ejercitándoles principalmente en la obediencia, como se verá en el *Vida de S. Pablo, el Simple*.

(4) Gaza fue por mucho tiempo un gran foco de paganismo.

(5) El "*modio*" romano, equivalía próximamente a la fanega, cuya capacidad es de 55 litros y medio; de modo que los 15 modios eran más de ocho hectolitros. Al que ponga en duda el ejemplo que se refiere diré: 1.° Que en aquellos primeros siglos de la era cristiana había hombres de fuerza extraordinaria como aquel "*Ursus*" de la novela histórica *¿Quo Vadis?* 2.° Que todavía en nuestros días vemos cosas tan sorprendentes de fuerza física, que a muchos parecen imposibles.

(6) Ejemplo parecido al que leemos en el Evangelio (*Luc.*, 8-30 ss.).

(7) Era el demonio quien hablaba, sirviéndose de la lengua del poseso. Y adviértase que el historiador que refiere este detalle es el gran orientalista S. Jerónimo.

(8) El "bactriano" (oriundo de la región de Bactriana —Asia Central—) tenía dos corcovas; el "arábico" es más pequeño.

(9) Ya se ha visto que S. Antonio, por su autoridad, sus virtudes y milagros, fue llamado *el Grande* (o *el Magno*) por sus contemporáneos y por la historia.

(10) N. de Tamietti *ad Vit. s. Hils,* 1. c., p. 121. El barrio *Bruchium* situado en la orilla sur-oeste del lago Mareótides (cfr. P. IV, c. 11, n. 3).

(11) No es *Epidaurus*, como dice la edición de 1895, sino *Epidamnus* (cfr. Perthes).

(11 bis) *Malea*, promontorio al sur-este de Grecia, tiene al sur-oeste la isla de *Citera*, hoy Cérigo. En este estrecho sucedió el milagro que refiere S. Jerónimo.

(12) *Chipre*, situada en el golfo formado por el Asia Menor y la Siria, con 9,282 km^2, está cruzada por dos cadenas montañosas de este a oeste, con alturas de unos 2.000 m.

(13) N. de Tamietti.

(14) Ibíd.

SAN PABLO EL SIMPLE, SANTA TAIS Y EL ABAD PAFNUCIO

1. En este capítulo juntamos brevemente otras tres glorias de S. Antonio, a saber: 1.ª S. Pablo el Simple, quien, bajo su dirección, al cabo de un año llegó a un alto grado de santidad y fue llamado "el mayor discípulo de S. Antonio", 2.ª La conversión de Tais, la gran pecadora de Alejandría, por otro insigne discípulo del Santo Fundador, el abad Pafnucio. 3.ª La revelación de la santidad de Tais al citado S. Pablo.

I. "EJERCITACION DE S. PABLO EL SIMPLE" (1) (SU FIESTA EL 7 DE MARZO)

2. "Refiérese en las Vidas de los Padres del Yermo que cierto rústico labrador, vecino de una aldea, de 60 años de edad, llamado Pablo, en alto grado inocente y sencillo de corazón, se había casado con una mujer de buenas apariencias pero de malvadas costumbres, la cual por espacio de mucho tiempo estuvo faltando a la fidelidad del Santo Matrimonio sin que su marido se diera cuenta. Llegó, sin embargo, un día en que regresó inesperadamente del campo y sorprendió en su crimen a la esposa infiel, permitiéndolo así la Divina Providencia para conducir a Pablo hacia un fin altísimo de santidad. Ayudado por la gracia de Dios, en lugar de enfurecerse ante tal iniquidad, con mucha calma despidióse de su casa y resolvió consagrarse a Dios."

3. "Sin decir nada a nadie, púsose en camino; y después de un penosísimo viaje, llegó al monte Colzum, donde se hallaba entonces S. Antonio, y llamó a la puerta de su celda. Saliendo el Santo, le pregunta: "¿Qué quieres? —Quiero ser monje, le contestó.

—"Un anciano de 60 años (dijo S. Antonio) aquí no puede ser monje; más bien vete a la aldea y ponte a trabajar, que bien puedes salvarte haciendo vida de labrador y sirviendo a Dios de todo corazón. Porque tú no puedes soportar las penalidades de la vida solitaria."

—"Si quisieras enseñarme algo, yo lo haré" —contesta el anciano.

—"Te he dicho —replicó S. Antonio— que tú, en esa edad que tienes, no puedes ser monje: vete... Y, si tan empeñado estás en hacerte monje, vete a ingresar en un convento (2), donde viven en comunidad muchos Hermanos, los cuales te ayudarán a sobrellevar la vida religiosa, a causa de tus escasas fuerzas. Porque has de saber que yo vivo solo (3) y no como nada sino de cinco en cinco días y padezco hambre, y tú, sin estar acostumbrado a esta vida de prolongados ayunos, no podrías resistir." Con estas palabras procuraba S. Antonio persuadirle a que se fuera; hasta que, por fin, dijo que no le admitía y cerró la puerta. Así pasaron tres días; y saliendo de nuevo el Santo, como viera todavía a Pablo, le dijo: "Vete de ahí, anciano ¿no ves que me molestas? No puedes quedarte aquí". A lo cual repuso Pablo: "No es posible que yo me vaya a morir en otra parte; sino al contrario, antes que irme, aquí moriré."

4. "Entonces, observando bien S. Antonio y viendo que no traía nada de lo que es necesario para subsistir: ni pan, ni agua, ni otra clase de alimento, y notando que había pasado ya al cuarto día en ayunas, pensó consigo mismo en el peligro que corría de morir de inanición, como quien no estaba acostumbrado a prolongar tanto el ayuno, y "entonces —decíase— recaerá tal vez sobre mi alma la responsabilidad". Por esa razón le admitió, diciendo: "*Puedes, salvarte, si obedeces,* y si hicieres lo que oigas y me veas hacer a mí". Pablo contestó:

—"Haré todo cuanto me mandareis."

5. Duras pruebas. Ejercítale en la obediencia y en el trabajo. "Así, pues, previendo ya S. Antonio lo que podía esperarse de

la ejercitación de aquel anciano, mas queriendo antes asegurarse de sus buenas disposiciones, empezó por someterle a duras pruebas; y para esto, él mismo tomó sobre sí una norma de vida tan áspera como la que había guardado en los mejores días de su juventud. Por tanto, para probar su docilidad y obediencia, le dijo: "Quédate ahí y ora, mientras que yo entro y preparo lo que necesitas para tu trabajo." Entrando, pues, S. Antonio en la cueva (4), al observar por la ventana, vio que permanecía inmóvil todo el día y toda la noche, siempre en el mismo sitio donde le había dejado. Salió, por fin, después de humedecer unos cuantos manojos de palmas que llevaba y le dijo: "Toma y haz una cuerda, como yo hago". Así lo hizo el anciano, y con gran trabajo y afanándose cuanto pudo, hizo quince brazas de cuerda hasta la hora Nona (las 3 de la tarde). Mas, al ver S. Antonio el trabajo hecho, no le gustó nada, y así le dijo: "No está bien hecho este trabajo: destrenza la cuerda y vuélvela a hacer". Y téngase presente que todos aquellos días había estado sin comer; pero S. Antonio le estaba probando y por esto le afligió de tal manera, a ver si el viejo perdía la paciencia y se iba, abandonando la vida de los monjes. Sin embargo, Pablo tomó la cuerda, la destrenzó pacientemente y luego volvió a hacerla, con mayor trabajo que antes porque las palmas habían quedado arrugadas y retorcidas en la primera prueba."

6. "Viendo, pues, el Grande Antonio que ni había murmurado, ni decaído su ánimo, ni perdido en lo más mínimo la serenidad de su rostro, tuvo compasión de él, movido de ternura. Y a la puesta del sol, le dijo: —"Padrecito ¿quieres que comamos un trocito de pan?" —"Como le parezca", respondió Pablo.

Y aquí otro detalle que conmovió a S. Antonio, y es que no acudió en seguida, al primer anuncio de la comida, sino que le dejó todavía en libertad para cuando quisiera dar principio.

—"Prepara, pues, la mesa", dijo S. Antonio, y Pablo obedeció. Vino S. Antonio con los panes y puso sobre la mesa cuatro panecillos de ración, de a seis onzas cada uno, echando a remojar uno para sí y tres para Pablo."

7. Ejercítale en el ayuno y en la oración. "Cantó S. Antonio, junto con Pablo, el salmo que éste sabía; y después de repetirlo

doce veces, oró asimismo doce veces para probarle también en esto. Y no obstante, el viejo, junto con el Grande Antonio, hizo muy bien la oración y aun con mayor agilidad y alegría. Luego, después de estas doce oraciones, dijo a Pablo S. Antonio el Grande: "Siéntate ahora y no comas hasta la noche; cuida solamente los alimentos."

Y habiendo llegado la noche, y estando Pablo sin comer, díjole S. Antonio: "Levántate, haz oración y échate a dormir". Dejando, pues, la mesa, así lo hizo. Después le despertó a media noche, llamándole a la oración, que se prolongó hasta el día siguiente."

8. **Por fin, comen su frugalísima vianda.** Y en efecto: "Puesta de nuevo la mesa; y después de cantar y orar, como en el día anterior, al anochecer sentáronse a comer. Luego que S. Antonio hubo comido un panecillo, no tocó el otro. Mientras tanto, el viejo, comiendo más despacio, aún no había acabado su primer panecillo. Aguardaba, pues, S. Antonio hasta que Pablo hubiera concluido y le dijo:

—"Come, Padrecito, otro pan". A lo cual repuso Pablo:

—"Si vos coméis más, yo también comeré; pero si no coméis vos, yo tampoco voy a comer." Díjole S. Antonio. "A mí me basta porque yo soy monje."

—"Y a mí también me basta (repuso Pablo), puesto que yo también quiero ser monje."

9. **Le ejercita en la vigilia.** "Habiéndose levantado de la mesa, hacen las doce oraciones y cantan los doce salmos. Y rezadas, además, las oraciones que precedían al primer sueño, durmiendo un poco, y de nuevo se levantaron a media noche para el canto de los salmos, que terminó al amanecer."

10. **Ultimos detalles de la ejercitación de Pablo.**

a) *Peregrinación.* "Después le envió a recorrer la soledad del desierto, diciéndole: "Volverás aquí dentro de tres días."

"Sucedió que, al regresar, habían llegado algunos Hermanos para visitar a S. Antonio y Pablo con mucha atención le observaba esperando que le dijera lo que tenía que hacer."

b) *El silencio.* "Díjole entonces S. Antonio: "Sin hablar nada, sirve a los Hermanos, y no pruebes bocado hasta que ellos

se hayan marchado". Mientras tanto los Hermanos estaban rogándole que les hablase, diciendo: ¿Cómo es que no dices nada? Y al ver S. Antonio que no les contestaba, le dijo: "¿Por qué estás callado? conversa con los Hermanos". Y así empezó a hablarles."

c) *Varios trabajos*. "Habiendo alguno obsequiado en cierta ocasión a S. Antonio con una anforita de miel, se la dio a Pablo, diciendo: "—Rompe la jarra y que se derrame la miel." Así lo hizo Pablo. Y luego le dio otra orden, a saber: "Ahora recoge la miel que puedas, sirviéndote de la escudilla para que no haya suciedad alguna."

Acto seguido, le mandó que sacara agua todo el día; y al ver que se le había roto el vestido, mandóle que se lo cosiera.

11. El premio a la perfecta obediencia. "Finalmente, en tan alto grado practicó este hombre la virtud de la obediciencia, que hasta mereció recibir de Dios la gracia singular de lanzar los demonios de los posesos. Viendo, pues, S. Antonio el Grande que el viejo había obedecido dócilmente y de buena gana, sin abrir nunca la boca para quejarse, sino más bien siguiendo con prontitud sus indicaciones para la ejercitación de la vida monástica, le dijo:

—"Mira, Hermano: Si puedes continuar así todos los días, quédate conmigo". A lo cual respondió Pablo: "Yo no sé si aún tenéis algo que enseñarme, pues lo que hasta aquí os he visto hacer, eso lo hago yo también, fácilmente y sin trabajo, con la gracia de Dios."

12. "Entonces, después de pasar todavía unos días, díjole S. Antonio: "EN NOMBRE DE JESUS, HE AQUI QUE HAS LLEGADO A SER MONJE". Y, teniendo el Grande Antonio bien experimentado que este siervo de Cristo era un alma muy perfecta, pues, siendo sumamente sencillo y simplísimo, en su ingenua naturalidad manifestaba todo el fondo de su corazón: por esto, pasados unos meses, el mismo Santo le hizo, con la ayuda de Dios, una celda a tres o cuatro millas distante de la suya y le dijo: "He aquí que, por virtud de Cristo, que te ha dado su gracia, por fin has llegado a ser monje. De hoy en adelante habitarás separado en esta celda que te he construido, para que te ejercites en la

lucha con los demonios, que en la soledad te buscarán para ver de derribarte". Y Pablo el Simplísimo, habiendo habitado tan sólo un año en aquella su celda, mereció recibir de Dios la gracia de echar los demonios y de curar toda clase en enfermedades; al paso que seguía fiel en la observancia perfecta de todas las prácticas de la "ejercitación" propia de la vida monástica que S. Antonio le había enseñado."

13. S. Pablo brilla por sus milagros. "He aquí que un día un jovencito, fieramente atormentado por el demonio, fue llevado a S. Antonio para que le librase. Y era este demonio uno de los principales y cruelísimo, el cual le hacía blasfemar como un energúmeno, echando por su boca horribles maldiciones e injurias contra el cielo y contra Dios. Parecía un condenado. Habiendo observado el gran S. Antonio a este joven, dijo a los que se lo habían conducido: "No es para mí esta empresa, pues contra este género de demonios, que son los principales y más feroces, todavía no se me ha concedido la gracia, pero en cambio la tiene Pablo el Simple. Y así diciendo les condujo a todos hasta donde se hallaba Pablo, a quien tenía bien probado, y le dijo: "Abad Pablo, echa el demonio de este hombre, para que vuelva curado a su casa y glorifique al Señor". Pablo le contesta: "Pero, ¿y vos?" 'Yo no tengo tiempo —dijo S. Antonio—; estoy ocupado en otra cosa". Dejó, pues, al joven allí S. Antonio y regresó a su celda. Por tanto, puesto de pie el viejo inocente, hizo con todo fervor una oración eficaz y empezó a provocar al maligno espíritu con estas palabras: *"Sal de este hombre, dice S. Antonio Abad"*. Pero el demonio (por boca del infeliz poseso), echando insultos y maldiciones, gritaba diciendo: "No saldré, ambicioso, viejo, hipócrita". Tomando, pues, su piel de oveja (5), le sacudía por la espalda, mientras el monje seguía repitiendo: *"Sal fuera, dice el santo Abad Antonio"*.

Mas el demonio arrojaba maldiciones contra Pablo y S. Antonio, diciendo: "¡Estos ambiciosos en su vejez, imbéciles, holgazanes, insaciables; que nunca están contentos con lo suyo y quieren echarnos de nuestro lugar! ¿Por qué tenéis que meteros con nosotros? ¿qué os importa de nosotros? ¿por qué venís a dominar con vuestra tiranía y perseguirnos donde quiera que estemos?"

Por fin, díjole Pablo: *"O sales de aquí, o yo me voy a decirlo a Jesucristo* y El hará que sientas descargar sobre ti su poder omnipotente, al cual no puedes resistir ¡desgraciado!..." Entonces quedó libre de la tiránica posesión del maligno aquel jovencito. Porque, al pronunciar San Pablo el nombre de Jesús, no pudo resistir más y salió el demonio. ¡Cuánto poder tiene este dulcísimo nombre para vencer las tentaciones, llenando de espanto a todo el infierno!

II. LA CONVERSION DE TAIS Y EL ABAD PAFNUCIO (6)

14. La maravillosa conversión de esta gran pecadora, llevada a cabo por el Abad Pafnucio, es también una gloria de S. Antonio, que así supo infundir en sus discípulos el celo apostólico (7).

Estando, pues, el citado monje recogido en su celda, tuvo noticia de que había en Alejandría una desgraciada pecadora, llamada Tais, que en su vida desastrosa era un anzuelo de Satanás para llevar a innumerables almas al infierno. Movido de caridad, para evitar tantos males y ver si podía reducir a la infeliz a mejor vida, después de consultarlo con S. Antonio y pedir su bendición y oraciones, el piadoso Pafnucio dejó el desierto y se fue a la ciudad. Y como el verdadero amor de Dios sabe ingeniarse de mil maneras para salvar almas, no paró hasta presentarse a la pecadora en el palacio que ocupaba ésta en el centro de Alejandría.

Probablemente, Tais había recibido de su madre una buena educación cristiana; y en medio del lodazal de los vicios, conservaba en el fondo de su alma un poquito de santo Temor de Dios y algunos remordimientos de conciencia. De tales sentimientos supo aprovecharse Pafnucio para insinuarse en su corazón, al recuerdo de sus años de inocencia y del presente estado de su alma. Le representó vivamente los justos juicios de Dios, la eternidad de las penas del infierno, los males infinitos de la perdición de tantas almas de que ella era causa con sus escándalos. "Contigo hablo, Tais (decíale): vuelve en ti y mira que con tus obras ofendes a un Señor que es dueño del cielo y de la tierra, y que se dejó enclavar en una cruz para salvarte ¿y quieres, obstinada en tus vicios, que su divina Pasión no te sirva de provecho, sino de eterna condenación? Y ¡qué desgracia fuera si el supremo Juez te

diese ahora la última sentencia! ¡Y qué felicidad si usara contigo de misericordia! Pues haz cuenta que te ves en este juicio y que piadosamente se te concede tiempo para que hagas penitencia; y no la dilates para mañana, pues no sabes si habrá mañana para ti. Esto te suplico por nuestro Señor Jesucristo crucificado, y que te duelas de tu alma y de las que se pierden por tu culpa... ¡Oh Tais! abraza el bien que te ofrece Dios; deja de una vez para siempre la mala vida y vuélvete, confiada, a nuestro Señor, que, como al hijo pródigo, te espera con los brazos abiertos."

15. Con estas y otras muchas reflexiones se convirtió de veras la pública pecadora; y al pedir a Pafnucio que le impusiera la condigna penitencia, éste le contestó que recogiese todas las cosas que había habido con sus pecados y las quemase en la plaza contigua a su palacio, para reparar tantos escándalos. Y luego de hacer esto, para huir de toda ocasión de recaer en el pecado, salió de su casa; y tomando una nave, dirigióse a un monasterio de Vírgenes consagradas a Dios en Hermópolis magna, en la isla de Tabenna y separado de Antínoe por el Nilo (8), donde hizo rigurosísima penitencia, como vamos a referir.

III. S. PABLO EL SIMPLE Y LA GLORIFICACION DE SANTA TAIS, LA PENITENTE (CUYA FIESTA CELEBRA LA IGLESIA EL 8 DE OCTUBRE)

16. Con este párrafo terminamos la historia de S. Pablo el Simple, según la refieren Paladio y Rufino (ap. Bold., Aptgs., n. 57):

"Habiendo permanecido la penitente Tais en su pequeña celda por espacio de tres años, enterado el abad Pafnucio de su perfecta conversión, compadecióse de su admirable penitencia. Al momento dirigióse al Santo Abad Antonio (que se hallaba en Pispir) para oír de su boca si el Señor había perdonado o no, completamente, a Tais sus pecados. Después de contarle Pafnucio en todos sus detalles lo extraordinario de aquella conversión, reunió el Santo Fundador a sus discípulos y ordenóles que: "Aquella noche la pasasen todos en vigilia, entregados a una oración fervorosa, hasta que Dios se dignase declarar a alguno de ellos el objeto solicitado por el Abad Pafnucio".

"De consiguiente, habiéndose retirado todos a sus celdas respectivas, y estando en fervorosa oración, he aquí que el Abad Pablo, llamado "el mayor discípulo de S. Antonio", vio de repente en el cielo un trono adornado con preciosas colgaduras, al cual hacían guardia de honor tres Vírgenes de celestial belleza. Y como dijera Pablo consigo mismo: "Tan grande premio no estará destinado para otro si no es para mi Padre S. Antonio", oyó una voz que decía: "Este trono no es para tu Padre Antonio, sino para Tais, la meretriz".

17. Al oír S. Antonio de boca de Pablo esta visión; reuniendo de nuevo a sus discípulos, describióles la maravillosa conversión de la gran pecadora Tais, que por la misericordia de Dios se había hecho una Santa, por medio de la oración y penitencia, como lo demostraba la hermosa revelación que Pablo había tenido. Y terminó exhortándoles a la confianza en la infinita bondad de Dios y a la humildad con que debemos tratar a los demás; pues, por muy pecadores que fueren, con la gracia de Dios pueden llegar a superarnos en el cielo."

18. Alegría de Pafnucio y de Tais. Santa muerte de la penitente. Con infinita alegría dirigióse el Abad Pafnucio a la Santa, comunicándole que Dios la había perdonado y que la esperaba para muy pronto en el cielo, no sólo por su penitencia, sino principalmente por el dolor de sus pecados y por su perseverancia en la oración. Con humildad y confianza, repetía: Señor Dios mío: Tened misericordia de mí, que soy una gran pecadora. Con tales consuelos, recibidos de su director espiritual, se preparó Santa Tais para la muerte, que, efectivamente, sobrevino a los pocos días.

He aquí, pues, brevemente descritas, las tres maravillas de la gracia que anunciamos al principio de este capítulo, las cuales son como las tres facetas de otro gran brillante que refulge en la corona del Santo Fundador de la vida monástica, S. Antonio.

NOTAS

(1) Este es el título que pone Bolando al referir esta historia (c. 8, n. 50 ss. de los Apotegmas), que extractamos. El a su vez la toma de Rufino y de Paladio. Del contexto se deduce que el hecho tuvo lugar en Colzum y antes del 341, sin poder precisar la fecha.

(2) Alude a los conventos de S. Pacomio en la isla de Tabenna (cfr. P. I, c. 1, n. 6, n. 5).

(3) Si vivía "solo", no estaba en Pispir, sino en Colzum, y era antes del 341, pues en esta fecha fueron a vivir con el Santo Fundador Amatas y Macario.

(4) Otro detalle que demuestra que todo esto pasaba en Colzum, pues en Pispir no tenía por celda ninguna cueva, pero sí en Colzum.

(5) Se refiere a la capita (*palliolum*), hecha de piel de oveja (cfr. P. II, c. 6).

(6) *"Abbas Paphnutius":* así le llaman Rufino y Paladio (ap. Bold., ibíd., n. 57), donde añade Bolando: *"Confer Acta S. Thaisis, quae 8 Octobr. colitur, ubi de Paphnutio plura".* Ceballos le confunde con el "Confesor S. Pafnucio" (cfr. § *78*, P. III, c. 9, n. 4). Un autor moderno atribuye dicha conversión al "monje Serapión", por el hecho de "haberse encontrado *cercanas* una de otra las tumbas de este último y la de Santa Tais en Antínoe"; pero no prueba nada frente a los testimonios antedichos. Tal proximidad de sepulturas se debe a una mera casualidad, como se deduce de lo que decimos en la N. 8 (cfr. Paladio, *Hist. Laus.*).

(7) No teniendo a mano las "Actas de Santa Tais" (citadas en la nota precedente), extractamos esta narración de la de Ceballos (ibíd.), quien a su vez, cita a Fr. Lorenzo Surio.

(8) Distante unos 384 km. de Alejandría, se hallaba un monasterio de monjes en Antínoe, sobre la orilla oriental del Nilo; Hermópolis, con su monasterio de mujeres, estaba situada dentro de la isla, a unos 2 km. al suroeste de Antínoe. Dice Paladio (ibíd.) que, al morir una de dichas religiosas, llevaban el cadáver hasta la orilla occidental del río y desde aquí lo transportaban los monjes, en su barca, para sepultarlo en el cementerio, común a los dos monasterios. Así lo dispuso S. Pacomio para tales fundaciones a lo largo de la isla de Tabenna (cfr. P. I, c. 1, n. 6, N. 5). Al lado del cadáver recién enterrado se abría otra sepultura, como aviso perenne de la incertidumbre de la vida presente, según nos advierte nuestro Divino Salvador.

APOTEGMAS

Ofrecemos una traducción castellana de los apotegmas que se encuentran en la colección alfabética bajo el nombre de abba Antonio.

El P. Mauro Matthei o.s.b. ha publicado anteriormente algunos de ellos en CUADERNOS MONASTICOS (1966, n. 1): una selección de quince piezas, de las treinta y ocho que se encuentran en la colección de Antonio.

Por otra parte, la Hna. M. P. Pedrero o.c.s.o. tradujo al castellano y publicó en Cistercium *24 (1972) n. 127, pp. 193-202, los treinta y ocho apotegmas antonianos, vertiéndolos de la traducción francesa del P. J.-Cl. Guy.*

En los números 11 y 12 de esta colección, ofrecemos la serie alfabética de Los Apotegmas, o Dichos de los Padres del Desierto.

Martín de Elizalde, o.s.b.

APOTEGMAS DE SAN ANTONIO

1. El santo abba Antonio, mientras vivía en el desierto, cayó en la acedia y se oscurecieron sus pensamientos. Dijo a Dios: "Señor, quiero salvar mi alma, pero los pensamientos no me dejan. ¿Qué he de hacer en mi aflicción? ¿Cómo me salvaré?". Poco después, cuando se levantaba para irse, vio Antonio a un hombre como él, trabajando sentado, que se levantaba de su trabajo para orar, y sentábase de nuevo para trenzar una cuerda, y se alzaba para orar, y era un ángel del Señor, enviado para corregir y consolar a Antonio. Y oyó al ángel que le decía: "Haz esto y serás salvo". Al oír estas palabras sintió mucha alegría y fuerza, y obrando de esa manera se salvó.

2. El mismo abba Antonio, investigando la profundidad de los juicios de Dios, rogó diciendo: "Señor, ¿por qué mueren algunos tras una vida corta y otros llegan a extrema vejez? ¿Por qué algunos son pobres y otros ricos? ¿Por qué los injustos se enriquecen y los justos pasan necesidad?". Entonces vino hasta él una voz que le respondió: "Antonio, ocúpate de ti mismo, pues eso es el juicio de Dios, y nada te aprovecha el saberlo".

3. Uno interrogó a abba Antonio, diciendo: "¿Qué debo observar para agradar a Dios?". El anciano le respondió diciendo: "Guarda esto que te mando: adondequiera que vayas, lleva a Dios ante tus ojos; y cualquier cosa que hagas, toma un testimonio de las Sagradas Escrituras; y cualquiera sea el lugar que habitas no lo abandones prontamente. Observa estas tres cosas y te salvarás".

4. Dijo abba Antonio a abba Pastor: "Este es el gran esfuerzo del hombre: poner su culpa ante Dios, y estar preparado para la tentación hasta el último suspiro".

5. Dijo el mismo: "El que no ha sido tentado no puede entrar en el Reino de los cielos. En efecto, suprime las tentaciones —dijo— y nadie se salvará".

6. Preguntó abba Pambo a abba Antonio: "¿Qué debo hacer?". Le respondió el anciano. "No confíes en tu justicia, ni

te preocupes por las cosas del pasado, y contiene tu lengua y tu vientre".

7. Dijo abba Antonio: "Vi todas las trampas del enemigo extendidas sobre la tierra y dije gimiendo: ¿quién podrá pasar por ellas? Y oí una voz que me respondía: la humildad".

8. Dijo también: "Algunos hay que afligieron sus cuerpos con la ascesis, y porque les faltó discernimiento, se alejaron de Dios".

9. Dijo también: "La vida y la muerte dependen del prójimo. Pues si ganamos al hermano, ganamos a Dios, y si escandalizamos al hermano, pecamos contra Cristo".

10. Dijo también: "Como los peces mueren si permanecen mucho tiempo fuera del agua, de la misma manera los monjes que se demoran fuera de la celda o se entretienen con seculares, se relaja la intensidad de su tranquilidad interior (*hesiquía*). Es necesario que, como los peces del mar, nos apresuremos nosotros a ir a nuestra celda, para evitar que, por demorarnos en el exterior, olvidemos la custodia interior".

11. Dijo también: "El que permanece en la *hesiquía* en el desierto, se ve libre de tres combates: del oído, de la palabra y de la vista. Tiene sólo uno: el de la fornicación".

12. Unos hermanos fueron adonde estaba abba Antonio, para comunicarle las visiones que tenían, y para aprender de él si eran verdaderas o procedían de los demonios. Tenían un asno, que había muerto en el camino. Cuando llegaron a la presencia del anciano, anticipándose, éste les dijo: "¿Por qué murió el pequeño asno en el camino?". Le dijeron: "¿Cómo lo sabes abba?". Les respondió: "Me lo mostraron los demonios". Le dijeron: "Por eso veníamos nosotros a preguntar, pues vemos visiones y muchas de ellas son veraces, y no queremos equivocarnos". Los convenció el anciano con el ejemplo del asno, que esas visiones procedían de los demonios.

13. Un hombre que estaba cazando animales salvajes en el desierto, vio a abba Antonio que se recreaba con los hermanos y se escandalizó. Deseando mostrarle el anciano que es necesario a veces condescender con los hermanos, le dijo: "Pon una flecha en tu arco y estíralo". Y así lo hizo. Le dijo: "Estíralo más". Y lo estiró. Le dijo nuevamente: "Estíralo". Le respondió el cazador. "Si estiro más de la medida, se romperá el arco". Le dijo el anciano: "Pues así es también en la obra de Dios: si exigimos de los hermanos más de la medida, se romperán pronto. Es preciso pues de vez en cuando condescender con las necesidades de los hermanos". Vio estas cosas el cazador y se llenó de compunción. Se retiró muy edificado por el anciano. Los hermanos regresaron también, fortalecidos, a sus lugares.

14. Oyó hablar abba Atonio de un joven monje, que había hecho un milagro estando en camino. Pues vio a unos ancianos que viajaban y estaban fatigados, y ordenó a unos onagros que se acercaran y los llevaran hasta la celda de Antonio. Los ancianos se lo contaron a abba Antonio, el cual les dijo: "Paréceme a mí que este monje es como un navío cargado de bienes, pero no sé si llegará a puerto". Y después de un tiempo, comenzó de repente abba Antonio a llorar, arrancarse los cabellos y lamentarse. Le dijeron sus discípulos: "¿Por qué lloras, padre?". Les respondió el anciano: "Acaba de caer una gran columna de la Iglesia (se refería al joven monje). Pero id —les dijo—, adonde está él, y averiguad qué sucedió" Fueron los discípulos y vieron al monje sentado sobre una estera, llorando el pecado que había cometido. Al ver a los discípulos del anciano les dijo: "Decid al anciano que le pida a Dios me conceda diez días solamente, y espero dar satisfacción". Mas en el plazo de cinco días murió.

15. Un monje fue alabado por los hermanos en presencia de abba Antonio. Cuando éste lo recibió, lo probó para saber si soportaba la injuria, y viendo que no la soportaba, le dijo: "Pareces una aldea muy adornada en su frente, pero que los ladrones saquean por detrás".

16. Dijo un hermano a abba Antonio: "Ruega por mí". Le dijo el anciano: "No tendré misericordia de ti, ni la tendrá Dios, si tú mismo no te esfuerzas y pides a Dios".

17. Fueron unos ancianos adonde estaba abba Antonio, e iba con ellos abba José. Los quiso probar el anciano y les propuso un pasaje de la Escritura preguntándoles su sentido, comenzando por los menores y uno a uno respondían según su capacidad. A cada uno de ellos decía el anciano: "No lo has encontrado todavía". Por último, le preguntó a abba José: "¿Qué dices tú acerca de esta palabra?". Respondió: "No sé". Dijo abba Antonio: "Abba José encontró el camino, pues dijo: No sé".

18. Unos hermanos fueron desde Escete para ver a abba Antonio, y al subir a una nave para dirigirse hasta él, hallaron un anciano que también quería ir. Los hermanos no lo conocían. Sentados entonces en la nave hablaban de las palabras de los Padres y de las Escrituras, y después, acerca de su trabajo manual. El anciano callaba. Cuando llegaron al puerto supieron que el anciano iba también a visitar a abba Antonio. Cuando llegaron adonde estaba él, les dijo (abba Antonio): "Tuvisteis buena compañía, este anciano". Dijo después al anciano: "Encontraste buenos hermanos, padre". El anciano respondió: "Buenos son, en efecto, pero su casa no tiene puerta, y el que lo desee puede entrar en el establo y desatar el asno". Decía esto porque hablaban lo que les venía a la boca.

19. Fueron unos hermanos adonde estaba abba Antonio y le dijeron: "Dinos una palabra: ¿qué debemos hacer para salvarnos?". El anciano les dijo: "¿Oísteis la Escritura? Pues eso es bueno para vosotros". Le dijeron ellos: "Pero queremos escucharlo de ti, padre". Les dijo el anciano: "El Evangelio dice: Si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra". Le respondieron: "No podemos hacer esto". Díjoles el anciano: "Si no podéis ofrecer la otra mejilla, al menos soportad que os golpeen en una". Le dijeron: "Tampoco podemos esto". Dijo el anciano: "Si no podéis esto, no devolváis el mal que recibisteis". Respondieron: "Tampoco podemos hacer esto". Dijo entonces el anciano a su discípulo: "Prepárales una papilla, porque están enfermos. Si no podéis hacer esto, ni queréis hacer lo otro, ¿qué puedo hacer yo por vosotros? Necesitáis oraciones".

20. Un hermano que había renunciado al mundo y dado sus bienes a los pobres, había, sin embargo, conservado algo para sí. Fue a ver a abba Antonio. Enterado de todo ello, le dijo el anciano: "Si quieres llegar a ser monje, ve a esa aldea, compra carne y ponla sobre tu cuerpo desnudo y vuelve aquí". Así lo hizo el hermano, y los perros y las aves lo lastimaban. Fue adonde estaba el anciano, quien le preguntó si había hecho lo que le había aconsejado. Cuando le hubo mostrado su cuerpo herido, le dijo el santo abba Antonio: "Los que renunciaron al mundo y quieren poseer riquezas, son despedazados así por los ataques de los demonios".

21. Fue tentado un hermano en el cenobio de abba Elías. Expulsado de allí fue al monte donde estaba abba Antonio. Permaneció el hermano con él durante algún tiempo, y le envió después al cenobio del que había salido. Cuando lo vieron los hermanos, lo expulsaron de nuevo. Volvió el hermano a abba Antonio, diciendo: "No quisieron recibirme, padre". Lo envió de nuevo el anciano diciendo: "La nave naufragó en el mar, perdió la carga y apenas si pudo salvarse llegando a tierra; pero vosotros queréis hundir aquello que logró salvarse en tierra". Ellos, al oír que lo enviaba abba Antonio, lo recibieron enseguida.

22. Dijo abba Antonio: "Pienso que el cuerpo tiene un movimiento natural, adaptado a él, pero que no actúa si no lo quiere el alma; indica solamente en el cuerpo un movimiento sin pasión. Mas hay otro movimiento, que proviene de la alimentación y del abrigo del cuerpo por la comida y la bebida; es así que el calor de la sangre excita el cuerpo para la acción. Por ello dice el Apóstol: No os embriaguéis con vino, en el que está la impureza. Y también el Señor en el Evangelio amonesta a los discípulos diciendo: Mirad que no se entorpezcan vuestros corazones con la crápula y la ebriedad. Hay todavía otro movimiento para los que combaten, que procede de las trampas y la envidia de los demonios. Hay que saber, pues, que hay tres movimientos del cuerpo: uno es natural, el segundo viene de la abundancia de alimentos, el tercero viene de los demonios".

23. Dijo también: "Dios no permite que esta generación sea atacada como la de los antiguos, pues sabe que es débil y no puede resistir".

24. Le fue revelado a abba Antonio en el desierto: "En la ciudad hay un hombre semejante a ti, de profesión médico, que da lo superfluo a los necesitados y todos los días canta el trisagio con los ángeles".

25. Dijo abba Antonio: "Viene el tiempo en que se enloquecerán los hombres, y cuando vean a uno que no está loco, se volverán contra él, diciendo: 'estás loco', pues no es semejante a ellos".

26. Fueron algunos hermanos a abba Antonio, y le dijeron una palabra del Levítico. Salió el anciano al desierto, y lo siguió ocultamente abba Amonas, que conocía sus costumbres. Y alejándose, el anciano, puesto de pie para la oración, exclamó con voz fuerte: "Oh, Dios, envía a Moisés para que me explique esta palabra". Y llegó una voz que conversó con él. Dijo abba Amonas que él oyó la voz que conversaba con el anciano, mas no comprendió el alcance de esas palabras.

27. Tres padres tenían la costumbre de ir cada año a ver a abba Antonio y mientras dos lo interrogaban acerca de los pensamientos y la salvación del alma, el tercero callaba absolutamente y nada preguntaba. Después de mucho tiempo, le dijo abba Antonio: "Vienes desde hace tiempo y no me preguntas nada". Le respondió diciendo: "Abba, me basta con verte".

28. Decían que uno de los ancianos rogó a Dios le concediese ver a los padres, y los vio, excepto a abba Antonio. Le dijo al que se lo mostraba: "¿Dónde está abba Antonio?". Le respondió: "En el mismo lugar en que está Dios, allí está".

29. Un hermano en el cenobio fue acusado calumniosamente de fornicación y levantándose fue adonde estaba abba Antonio. Los hermanos del cenobio fueron también para curarlo y llevarlo consigo, y trataron de convencerlo que había hecho aquello. El, por el contrario, afirmaba: "No lo hice". Estaba allí abba Pafnucio Céfalas, quien les dijo esta parábola: "Vi en el borde del río a un hombre, hundido en el fango hasta las rodillas, y fueron unos para darle la mano, y lo hundieron hasta el cuello". Y les dijo

abba Antonio acerca de abba Pafnucio: "Este es un hombre veraz, capaz de curar a las almas y salvarlas". Movidos a arrepentimiento por las palabras de los ancianos, hicieron la metanía al hermano. Y amonestados por los Padres, recibieron al hermano en el cenobio.

30. Decíase de abba Antonio que llegó a ser pneumatóforo (portador del Espíritu Santo), pero que no quería hablar a causa de los hombres. En efecto, reveló lo que acontecía en el mundo y lo que había de venir.

31. Recibió abba Antonio una carta del emperador Constancio, invitándolo a ir a Constantinopla, y reflexionaba acerca de lo que debía hacer. Le preguntó a abba Pablo, su discípulo: "¿Debo ir?". Y le respondió: "Si vas, te llamarás Antonio; si no vas, te llamarás abba Antonio".

32. Dijo abba Antonio: "Ya no temo a Dios, sino que lo amo. En efecto, el amor expulsa el temor".

33. Dijo el mismo: "Habéis de tener siempre ante los ojos el temor de Dios. Acordaos de quien da la muerte y la vida. Tened odio al mundo y a todo lo que está en él. Renunciad a esta vida, para vivir para Dios. Recordad lo que prometisteis a Dios; eso es lo que se os pedirá en el día del juicio. Sufrid el hambre, la sed, la desnudez, las vigilias; entristeceos y llorad, gemid en vuestros corazones; probaos si sois dignos de Dios; despreciad la carne, para salvar vuestras almas".

34. Visitó abba Antonio a abba Amún en la montaña de Nitria, y cuando se hubieron encontrado, le dijo abba Amún: "Ya que el número de los hermanos se ha multiplicado gracias a tus oraciones, y algunos de ellos desean construirse celdas retiradas para vivir en el recogimiento (*hesiquía*), ¿a qué distancia de las actuales dispones que se edifiquen esas celdas?". Le dijo: "Comeremos a la novena hora, y saldremos a recorrer el desierto para reconocer el lugar". Cuando hubieron marchado por el desierto hasta la puesta del sol, abba Antonio dijo: "Oremos, y plantemos una cruz, para que construyan aquí los que lo que desean. Así los

hermanos que vengan de allá para ver a los que están aquí, lo harán después de tomar una ligera refección a la hora novena, y los encontrarán en este momento. Lo mismo los que vayan de aquí para allá, se conserven de este modo sin distracción en las visitas mutuas". La distancia es de doce millas.

35. Dijo abba Antonio: "El que trabaja un bloque de hierro, observa primero en su pensamiento lo que desea hacer: una hoz, una espada o un hacha. De la misma manera, nosotros debemos pensar qué virtud buscamos, para no esforzarnos en vano".

36. También dijo: "La obediencia y la continencia someten las fieras a los hombres".

37. Dijo también: "Conozco monjes que cayeron después de haber soportado mucho, y que llegaron al orgullo del alma porque esperaron en sus obras y desconocieron el mandato que dice: "Interroga a tu padre y él te enseñará".

38. Dijo también: "El monje debería manifestar confiadamente a los ancianos, si fuera posible, cuántos pasos hace o cuántas gotas de agua bebe en su celda, para no tropezar en ello".

INDICE

Páginas